ANNA FREUD

EL YO Y LOS MECANISMOS DE DEFENSA



Titulo del original alemán

DAS ICH DIE ABWEHRMECHASNISMEN

Publicado por

“IMAGO VERLAG”
Viena

Traducción de

Y. P. DE CARCAMO Y C S. CARCAMO

PROLOGO PARA ESTA VERSIÓN

La conducta, humana, está condicionada por un neo y profundo equipo de tendencias qué opera como dinamismo motivador desconocido por el propio individuo. Ello hace

del hombre un ser complejo que ha de ser interpretado. Quizá sea ésta la afirmación fundamental del psicoanálisis, la razón última de la honda renovación que introdujo en la antropología contemporánea y la qué lo ha ubicado en su situación de la escuela más típica de nuestra época y una de las más significativas de todos los tiempos. El Psicoanálisis debía, pues, provocar las más variadas reacciones —desde el hostil rechazo hasta la devota, exaltación. No obstante un capitulo suyo que cruza toda la obra por su palpable verdad, y utilidad inestimable es aceptado casi universalmente y sin discusión: el relativo a aquel hecho esencial. T*ratase se los mecanismos de defensa, de los recursos psicológica típicos* por *los "cuáles el organismo Psíquico busca preservar su sentimiento placentero de seguridad, resguarda contra (evita, suprime soslaya) las angustias de los conflictos internos y el miedo á las acechanzas del mundo exterior. Estos recursos defensivos (regresión, racionalización, inhibición, aislamiento, represión, conversión, desplazamiento, proyección, introyección, identificación, sublimación, negación de la realidad, formación reactiva. . .), por los cuales la personalidad humana obtiene o pierde su equilibrio anímico son admitidos, en efecto, por la ciencia psicológica actual sin distinción de banderías escolásticas, y muy a menudo figuran en la nueva producción psicológica no psicoanalítica sin mención de su fuente originaria.* Es *que han trascendido ya su condición de teoría de una escuela* para, constituirse en materia incorporada al acervo general universal de la ciencia psicológica: su empleo no es ya exclusividad del psicoanalista.

No obstante ello, faltaba en castellano una exposición completa en lo teórico -histórico y sistemático- y en lo práctico de este fundamental aspecto del psicoanálisis, indispensable tanto para su cabal dominio cuanto para la comprensión y manejo pedagógico y terapéutico del hombre y del niño, sano y enfermo. Este examen lo cumple ***ANNA FREUD*** en la obra que el lector tiene entre sus manos. Tai paternidad implica, de un lado, la garantía de una exposición autorizada 7 de didáctica claridad, y de otro, la certeza de abarcar el estado actual asi problema. En efecto, la autora, no sólo recoge todo cuanto el *jefe* y su escuela elaboraron antes, sino también los últimos criterios y aportes debidos en especial a ella misma.

La Editorial Paidós se complace en *ofrecer* a la consideración del estudioso de habla castellana este título que, por su tema, por su significado y por su realización constituye la obra capital de una de las más altas autoridades del psicoanálisis y, en general, de la psicopatología del presente. Por todo ello -tiene la certeza de brindarle -un material valioso que contesta a sus mejores intereses.

LOS Editores

Prefacio

Este *libro de* ANNA FREUD, que por primera vez se da a publicidad en nuestro idioma, tiene un doble interés, teórico *y* práctico.

Desde el punco de vista de la teoría psicoanalítica es el trabajo de conjunto -mis completo que se ha realizado sobre el tema, y constituye la mejor introducción a la psicología del YO al estudio de los principios y problemas generales de la conducta y de la técnica del psicoanálisis.

Los procesos o mecanismos defensivos son aquellos medios psicológicos que le yo utiliza para solucionar los conflictos que surgen entre las exigencias instintivas y la necesidad de adaptarse al mundo de la realidad bajo determinadas influencias del ambiente familiar y social.

Toda la conducta humana está condicionada, dinámicamente configurada, por las actividades conscientes y fundamentalmente por las reacciones inconscientes del yo, que es el núcleo organizado en el que se integran fundamentalmente los otros sectores del aparato anímico. Su conocimiento es en este sentido imprescindible si se desea, adquirir nociones básicas acerca del desarrollo de la personalidad humana, y comprender tanto sus manifestaciones normales como patológicas.

El psicoanálisis hubo de construir progresivamente su doctrina sobre los fenómenos psicológicos y elaborar en forma paulatina su propio método de investigación y de terapéutica. El descubrimiento y la utilización de las reacciones defensivas del YO en la teoría y, en la práctica psicoanalíticas señalan una época decisiva en su desenvolvimiento, en la que se modificaron algunas de sus bases doctrinarias y se lograron solucionar muchos problemas difíciles en el dominio de su aplicación técnica.

Anna Freud es una figura representativa del psicoanálisis actual. Sus méritos son auténticos *y* mundialmente reconocidos. Nació en Viena en 1895 *y* allí ejerció durante años su profesión de pedagoga en una escuela primaria. Tuvo la inestimable posibilidad de formarse científicamente en el medio mismo donde surgió el psicoanálisis, la Sociedad Psicoanalítica de Viena, fundada *y* dirigida por *Freud* *y* sus colaboradores. Cumplidos Los requisitos exigidos, Llegó a ser miembro titular *y* didáctico del instituto, conferenciante *y* luego presidenta del mismo, desempeñando además el cargo de vicepresidenta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena hasta 1933, época en que emigró a Inglaterra *a* causa de sucesos bien conocidos.

Allí continuó trabajando en la Sociedad Psicoanalítica de Londres, *y* durante la última guerra desarrolló la magnífica obra científica *y* filantrópica expuesta en sus recientes publicaciones.

Toaos sus trabajos revelan una original capacidad de observación y una sensibilidad profundamente humana para comprender los problemas psicológicos de sus semejantes. Llevan además el sello inconfundible que distingue- a todos- los- que- desde la primera hora- consagraron sus esfuerzos al desarrollo y difusión de la ciencia psicoanalítica.

CAPÍTULO I

EL YO COMO OBJETO DE OBSERVACION

Definición del Psicoanálisis. - *El yo y el psicoanálisis. La teoría analítica como psicología del inconsciente. Nueva orientación iniciada por Freud. La tarea del psicoanálisis. El ello, el yo y superyó en la autopercepción. - La observación del ello. Contenidos obtenibles de la percepción intrapsiquica. El yo como observador. - La observación del ello y del superyó a través del yo. El yo como observador. Pasaje de los impulsos de una infancia a otro proceso primario y proceso secundario. Modificación de los impulsos del ello por los recursos defensivos la tarea del analista las irrupciones del ello y del yo como material de observación. - Defensas del yo contra el ello reconstrucción retrospectiva de las defensas. inaversibilidad de la formación*

reactiva las irrupciones del ello al yo como fuente de información. Infructuosidad del reposo anímico para la observación.

Definición del psicoanálisis. - Durante cierta época del desarrollo de la ciencia psicoanalítica, el estudio teórico de yo individual resultaba francamente impopular. Muchos analistas habían llegado al convencimiento de que la labor analítica sería tanto mejor, científica *y* terapéuticamente, cuanto más profunda fuese la investigación de los estratos de la vida anímica. Todo intento de innovación que se propusiera trasladar este interés científico -hasta entonces centrado en las capas psíquicas profundas- hacia las más superficiales; todo cambio en la dirección de ello hacia el *yo,* era generalmente considerado como una apostasía del psicoanálisis. La denominación de psicoanálisis había de reservarse para los nuevos descubrimientos de La vida psíquica inconsciente, esto es, el conocimiento de los impulsos instintivos reprimidos, de los afectos y fantasías. Cuestiones como las de la adaptación del niño o del adulto" al mundo exterior, valiosos concentos como salud y enfermedad, virtud o vicio, no debían interesar ai psicoanálisis. Las fantasías infantiles continuadas en la vida adulta, las vivencias de placer imaginarias y del temor a los castigos que podrían sobrevenir como réplica, constituían su objeto exclusivo.

No es raro encontrar cal definición del psicoanálisis en la literatura analítica de la época, acaso explicable por el uso idiomático entonces corriente, que empleaba las expresiones "psicoanálisis" y "psicología profunda" como sinónimas. Quizá La historia del psicoanálisis justifique esta costumbre, pues construida sobre pase empírica, la teoría psicoanalítica fue, ante todo una psicología del inconsciente o —según la expresión de la actualidad— del ello. Pero, aplicada a la terapéutica psicoanalítica, tal definición pierde su exacto significado - Desde un principio, su objeto fue el yo y sus perturbaciones la investigación del ello y sus diversas maneras de actuar siempre constituyeron sólo" el medio para lograr aquel fin. Y este ha sido invariablemente el mismo: la extirpación de estos trastornos y el restablecimiento de la integridad del yo.

Con sus trabajos *Psicología de las masas y análisis del yo y Más allá del principio del placer,* Freud inicia una nueva orientación, merced a la cual el estudio del yo pudo librarse de la antipatía que, provocaba su *carácter* aparentemente antianalítico, y las instancias "del yo centralizaron el interés de la investigación, científica en forma definitiva. A partir de entonces, la expresión... "Psicología profunda" no abarca con precisión la totalidad' de - la investigación analítica.'

Si debiéramos definir en la actualidad la tarea del Psicoanálisis, diríamos: consiste en adquirir el mayor conocimiento posible de las tres instancias supuestas como constitutivas de la personalidad psíquica, así como de sus relaciones entre si *y* con el mundo externo. en lo tocante al *yo,* entraña el estudio sus contenidos, sus límites *y* funciones, *y* la historia de sus relaciones con el mundo exterior, con el ello y el superyó, bajo *cuyas* influencias se ha formado. En relación con el ello implica: la descripción de los instintos, los contenidos del ello *y el* estudio de sus transformaciones.

El ello el superyo en la autopercepcion. - es sabido que las tres instancias psíquicas difieren grandemente en su accesibilidad a la observación el conocimiento del ello -del sistema antes llamado inconsciente- solo parece adquirirse merced a los derivados que pasan a los sistemas preconsciente y consciente.

Cuando en el ello domina un estado de calma y satisfacción cuando ningún impulso instintivo tiene motivo para invadir el yo en busca de gratificación y producir allí sentimientos de tensión y displacer, carecemos de toda posibilidad de conocer sus contenidos. Por ende, teóricamente al menos, el ello no es accesible a la percepción en cualquier circunstancia.

La situación es por supuesto diferente en lo que atañe al superyo. Sus contenidos son en gran parte conscientes lo cual tórnalos directamente accesible a la percepción intrapsiquica sin embargo la imagen del superyo se esfuma cuando entre el yo y el superyo existe armonía entonces hacemos esta formulación el yo y el superyo coinciden, es decir desde el momento en que el superyo como instancia aislada no es reconocible a la autopercepcion ni al observador sus límites únicamente cuando el superyo enfrenta al yo de una manera hostil o por lo menos de una manera crítica; cuando cierta crítica suscita estados perceptibles en el yo como, verbigracia, los sentimientos de culpa.

El yo como observador. - De esto resulta que el yo constituye el terreno apropiado sobre- el cual debemos dirigir constantemente nuestra observación es por expresarnos así, la vía por donde buscamos capturar una imagen de las otras dos instancias.

Cuando existen entre ambos sistemas pacíficas relaciones de vecindad, el yo cumple admirablemente su papel de observador del ello. Los diferentes impulsos instintivos avanzan siempre desde el ello hacia el yo; y desde aquí se procura la entrada en el aparato motor, mediante cuyo auxilio logran su satisfacción. En los casos favorables, el yo naca tiene que objetar al intruso; limitase a percibir y pone sus fuerzas a su disposición. Siente el ataque del impulso instintivo, el aumento de tensión con los sentimientos de displacer que le acompañan, y, finalmente, la relajación de la tensión en las vivencias placenteras satisfactorias. La completa observación de este proceso nos ofrece una imagen nítida y fiel del impulso instintivo con sus propias catexias libidinales y del fin que busca. En esta imagen, el yo, de acuerdo con el impulso instintivo, no se destaca.

Por desgracia, el pasaje de impulsos instintivos de una instancia a otra acarrea posibilidades de conflictos y simultáneamente, la interrupción de la observación del ello. En su camino hacia el logro de gratificación, - los impulsos del ello deben atravesar el territorio del yo, encontrando aquí una atmósfera extraña. En el ello prevalece el así llamado proceso primario ninguna síntesis une entre si las representaciones: los afectos son desplazables los opuestos no se excluyen mutuamente o bien coinciden y la condensación se establece en forma espontanea; el principio del placer rige soberano los procesos del ello. En cambio en si *yo* el curso -de las -representaciones hallase sujeto a estrictas condiciones que sintéticamente denominamos proceso secundario. Tampoco los impulsos instintivos pueden lograr espontáneamente la satisfacción buscada requiérase de ellos consideraciones a las exigencias del la realidad y, además respeto por las leyes éticas *y* morales que desde el superyo quieren determinar el comportamiento del *yo.* De esta suerte, los impulsos instintivos corren el riesgo de desagradar a las instancias que le son esencialmente extrañas. Se exponen a la crítica *y al* rechazo *y* deben resignarse a toda dase de modificaciones. De ahí que las relaciones pacificas entre los poderes vecinos alcancen su término. Los impulsos instintivos perseveran en lograr sus fines mediante su propia tenacidad y energía, y con la esperanza de vencerlo sorpresivamente, emprenden hostiles irrupciones en el *yo.* El *yo,* por su parte, tornase desconfiado, inicia contrataques y avances en el territorio del ello. Su propósito es obtener una permanente paralización instintiva mediante recursos defensivos apropiados que aseguren sus fronteras.

Las imágenes de estos procesos que nos brinda, la capacidad de observación del *yo,* son más confusas, pero mucho más valiosas. Nos muestran al mismo tiempo dos instancias en acción. Ya no contemplamos un impulso no deformado del ello, sino un impulso del ello modificado por los recursos defensivos del *yo.* El analista enfrenta la tarea de redescomponer el conjunto del proceso - que representa un compromiso entre las instancias- en las partes que corresponden al ello, al yo y también eventualmente al superyó.

Las irrupciones del ello y del yo como material de observación. – nos llama la atención que las irrupciones de ambas instancias ostenten muy diferente valor desde el punto de vista de la observación. Todas las medidas defensivas del yo contra el ello ocurren en forma silenciosa e invisible. En rigor no es dable seguirlas en su transcurso y sólo es posible reconstruirlas retrospectivamente esto acontece por ejemplo, al triunfar la represión. El yo nada sabe de ésta. En general, la percibimos ulteriormente, al verificar la ausencia de ciertos fenómenos: verbigracia, cuando en el examen objetivo de un determinado individuo faltan aquellos impulsos del ello que esperaríamos encontrar en el yo en busca de satisfacción. Si estos impulsos no emergen, podremos admitir que su acceso al *yo* les ha sido definitivamente vedado que han sucumbido a la represión. En lo concerniente al proceso de la regresión carecemos de otra experiencia.

Igual cosa no es dable decir a propósito de una lograda formación reactiva: una de las más importantes medidas defensivas del yo como ello permanente protección contra el ello. En el curso del desarrollo infantil, tales formaciones producense de una manera casi inadvertible. No siempre es cosible afirmar que el impulso instintivo opuesto -el sustituido por la formación reactiva- haya ocupado antes el centro de la atención del yo. Este habitualmente desconoce el impulso rechazado y el conflicto- total que- condujo a la instalación de la nueva, característica. A no mediar cierros y determinados rasgos de exageración obsesiva que sugieren su carácter reactivo encubridor de un antiguo conflicto, durante la observación analítica fácilmente se le tomaría como un aspecto del ulterior desarrollo espontaneo del yo. En todo caso, tampoco la observación de esta, forma de defensa reveía nada del proceso que la ha originado.

Podemos comprobar que, hasta, este, punto, la totalidad de las informaciones de, importancia nos han sido suministradas por el estudio de las irrupciones del lado opuesto del ello al yo. Así como la represión instaurada con éxito es oscura, en el movimiento inverso resulta transparente, v. gr.: cuando el material reprimido retorna — según se observa en las neurosis. Aquí nos es posible seguir gradualmente el conflicto entre el impulso instintivo y la defensa del *yo* similarmente, el mecanismo de la formación reactiva es susceptible de mejor estudio cuando se halla en

desintegración, en tales casos, avance del ello estriba en un refuerzo de la carga (catexia) libidinal del primitivo impulso instintivo que se ocultaba tras la formación reactiva.

El impulso fuerza así el paso hacia la conciencia y por algún tiempo el impulso instintivo y la formación reactiva son visibles en el yo uno unto a la otra. Tal situación, sobremanera favorable a la observación analítica dura solo unos instantes, esto a causa de otra función del yo la tendencia a la síntesis. Entre los derivados del ello y la actividad del yo nace entonces un nuevo conflicto en el que se habrá de decidir cual entre ambos el vencedor o qué compromiso se establecerá entre ellos si merced a un esfuerzo de sus cargas ce energía defensiva, el yo triunfa, la fuerza invasora del ello sucumbe y el reposo anímico se restituye, creándose así una situación infructuosa para la observación.

Capítulo II

APLICACION DE LA TECNICA ANALITICA AL ESTUDIO DE LAS INSTANCIAS PSIQUICAS

LA TÉCNICA HIPNÓTICA DEL PERÍODO PREANALITICO. - El yo en la técnica hipnótica. Búsqueda, de los contenidos del inconsciente. El yo como factor perturbador. ***LA ASOCIACIÓN LIBRE. -***Papel negativo del yo en el comienzo de asociación libre. El acotamiento absoluto de la regla analítica a fundamental. Rebelión del yo contra la imposición de pasividad: las resistencias. Observación de las defensas del yo. Desinterés de los elementos inconscientes del yo por hacerse conscientes. El psicoanalista y el análisis del yo. La tarea de reconocimiento del mecanismo defensivo y de frustración de yo actuado por la defensa. El psicoanálisis como un ir y venir observacional del ello al yo. Sus tecnicas restantes. *LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS. -* El estado psiquico durante el sueño y durante el análisis. La interpretación de los sueños y la exploración del ello, del yo y de sus defensas. *LA INTERPRETACION DE LOS SÍMBOLOS.* -La interpretacion abreviada, por la traducción de los símbolos. *ACTOS FALLIDOS.* -Lapsus y olvidos. Su significación.

La *transferencia -s*u importancia. Definición. Clasificación: a)Transferencia de tendencias libidinales (amar, odio, celos, angustia) antiguas, b) Transferencia de las acyividades defensivas ("maniobras de camouflage" o de "burla" racionalizaciones, engaños voluntarios). c) Actuación en la transferencia. Su valar para, el conocimiento del paciente. Su escaso beneficio terapeutico. Dificultad de manejo. *"analisis del yo y análisis del ello.* -El análisis y los elementos inconscientes -del yo, del ello y del superyo. Las analistas y el análisis del yo. Unilateralidad de los diversos métodos. imparcial combinación de las formas de investigación.

El peligro de la unilateralidad su ilustracion por el analisis infantil.

Hasta aquí hemos estudiado las condiciones en que debe realizarse la observación psicoanalítica de los procesos anímicos haremos una confrontación entre la técnica analítica *y* la forma en que ésta ha debido desarrollarse y definirse ajustándose a dichas condiciones *la técnica, hipnótica del periodo preanalitico.* - En la técnica hipnótica del período pre-analítico el yo no desempeñaba papel alguno. Se proponía comprender los contenidos del inconsciente, *y* sólo consideraba el *yo* como un factor perturbador. Sabíase ya entonces que con ayuda de la hipnosis era factible eliminar o vencer el yo del paciente. Lo novedoso del procedimiento descrito en los *Estudios sobre la histeria,* radicaba en que el médico podía aprovechar esta eliminación del *yo c*ara introducirse en el inconsciente del paciente -en el silo de la actualidad- hasta ese momento bloqueado por aquél. De esta manera, el descubrimiento del inconsciente constituía el objeto buscado, el yo, el obstáculo, y la hipnosis, el medio para el alejamiento temporal de este último. Durante la hipnosis el médico facilita la entrada en el yo del material inconsciente reprimido, y la imposición a la conciencia de este material reprimido brinda la solución del síntoma. Mas el propio yo queda excluido del proceso terapéutico *y ú*nicamente soporta al intruso en tanto el médico que ha ejecutado la hipnosis conserva su influencia. Luego se rebela, surgiendo un nuevo conflicto de defensa; una lucha contra el material del ello que le ha sido impuesto y que desbarata el éxito terapéutico penosamente obtenido. Así, el mayor triunfo de la técnica hipnótica -la eliminación completa durante la exploración -transformase en factor dañoso de la perduración del éxito y conduce a decepciones en el tratamiento.

La asociación libre. - En la asociación libre -que más tarde sustituyó a la hipnosis como recurso de exploración- el papel del yo es al principio igualmente negativo. Se renuncia, es cierro, al empleo de la fuerza para su eliminación: en su lugar exígese al yo del paciente que se elimine por sí mismo. El analizado debe anular toda crítica a las ideas que se le ocurran y descuidar la necesidad habitual de una conexión lógica entre las mismas. Por así expresarnos, se le pedirá al yo que calle, y bajo la promesa de que en su acceso a la conciencia sus derivados no encontrarán los obstáculos acostumbrados, se invitara a hablar al ello. Naturalmente, no se prometerá a estos derivados del ello que al aflorar al yo lograrán algún objetivo instintivo. La concesión solo es válida para transformar los contenidos en representaciones verbales, mas no para actuar a través del aparato motor -intención que mueve a tales contenidos al emerger a la conciencia. De antemano, la motricidad estará excluida o paralizada por las severas regías de la técnica analítica. De este juego a que se somete al impulso instintivo, por una parte, la invitación a que se exprese y, por otra, una constante y simultánea negativa a que se satisfaga, nace una de las numerosas dificultades en el manejo de la técnica analítica.

Aun en el presente muchos psicoanalistas recién iniciados creen que deben conseguir que sus pacientes expresen fiel a incesantemente todas sus asociaciones, sin modificación ni inhibición; que han de obedecer de un modo absoluto a la regla, analítica fundamental. Mas esta situación ideal no aportaría, progreso alguno y reconduciría a la situación hipnótica superada, en la que unilateralmente el médico reconcentraba, su interés sobre el ello. Por fortuna, para el análisis, semejante obediencia del sujeto es prácticamente imposible. Esta regla analítica fundamental sólo se acata hasta cierto punto. El yo permanece silencioso un tiempo, y los derivados del ello aprovechan este reposo para irrumpir en la conciencia. El analista se apresura a tomar conocimiento de sus expresiones. Luego el yo se agita de nuevo, rebelase contra la impuesta actitud de tolerancia pasiva y se inmiscuye con cualquiera de sus habituales

medidas de defensa, perturbando el curso de las asociaciones. El enfermo transgrede la regla analítica fundamental o, según acostumbramos decir, hace "resistencias". Esto significa: que al avance del ello hacia el yo ha seguido un contraataque del yo en dirección inversa. Por consiguiente, la ascensión del observador, enderezada a las asociaciones, desplazase hacia las resistencias: del contenido del ello a la actividad del yo el analista tiene ahora oportunidad de ver actuar una de las difícilmente visibles medicas defensivas del yo contra el ello, anteriormente descritas, y debe hacerla objeto de su exploración. Entonces comprueba que con el trueque de objetivo súbitamente se ha modificado la situación analítica. Durante el análisis del ello el espontáneo surgimiento de los derivados inconscientes secundaba al analista en su tarea: el trabajo del análisis y las tendencias del material que debían analizarse orientábanse hacia un mismo fin. En cambio, durante el análisis de las actividades defensivas del yo es lógicamente inútil hablar de tal similitud de fines. Los elementos inconscientes del yo no tienen inclinación ni ventaja alguna en hacerse conscientes. De ahí que cada parte del análisis del yo resulte - mucho más insatisfactoria que el análisis del ello. El análisis procede con rodeos; no es factible seguir directamente la actividad del yo, sin reconstruirla a partir de sus electos sobre las asociaciones del paciente. Esperamos descubrir el tipo de defensa utilizada por el yo a modo de protesta por la influencia de su intervención sobre las asociaciones: emisiones de material, inversión del mismo, desplazamiento del sentido, etcétera el analista ha de reconocer, pues, ante el mecanismo de defensa. Con ello ha realizado una parte del análisis del yo. Su tarea próxima será la de frustrar lo actuado por la defensa: adivinar y restaurar lo omitido por la represión, rectificar lo desplazado, reunir lo fragmentado. Con el restablecimiento de las conexiones interrumpidas, su atención vuelve del análisis del yo al análisis del ello.

No es la sujeción a la norma analítica fundamental en sí lo que entonces nos interesa, sino el conflicto para su aplicación. Es este ir y venir observacional, del ello al yo esta doble dirección en el examen de ambos aspectos del hombre puesto ante nosotros, lo que constituye -a diferencia de la unilateralidad en la técnica hipnótica- el denominado *psicoanálisis.*

Es lícito, pues, calificar los restantes métodos empleados en la técnica analítica como métodos complementarios, según sea la postura- adoptada por el observador en una u otra dirección.

La interpretación de los sueños. -La actitud del analista en la interpretación de los sueños produce una vez más la de la observación en las asociaciones libres. El estado psíquico del soñante difiere muy poco de la situación anímica del paciente durante la sesión analítica. La restricción de las funciones del yo que -respetando la regla analítica fundamental- voluntariamente debe realizar el paciente, establécese en forma automática, por el estado, onírico. Durante el sueño, la posición de reposo sobre el sofá analítico, que le impide al enfermo satisfacer activamente sus deseos instintivos, hallase sustituida por la actitud, fisiológica del reposa de la motilidad. Y los efectos de la censura, la transposición de los contenidos latentes del sueño en manifiestos -con las deformaciones, condensaciones, desplazamientos, inversiones y omisiones que involucra- corresponden a las deformaciones que sufren las asociaciones bajo la presión de la resistencia. La interpretación del sueño sirve, pues, a la exploración del ello en tanto que logra extraer los pensamientos latentes del sueño (contenido del ello), y a la exploración de las instancias del *yo y* de sus actividades de defensa en tanto reconstruye las medidas del censor por sus efectos sobre el pensamiento del sueño.

La interpretación de los símbolos. -Desde luego, el conocimiento de los símbolos oníricos -elemento complementario de su interpretación- suministra una gran ayuda en la exploración del ello. Los símbolos son relaciones constantes y universalmente validos entre determinados contenidos del ello y particulares representaciones conscientes de palabras o cosas. El conocimiento de dichas vinculaciones nos faculta para extraer conclusiones precisas acerca de las manifestaciones conscientes de lo inconsciente, sin necesidad de deshacer previa y penosamente toda una medida defensiva del yo. La técnica de la traducción del símbolo nos permite, pues, alcanzar la interpretación por un camino abreviado, o mejor dicho, saltar desde los estratos más elevados de la conciencia, a los más inferiores del inconsciente, ahorrando el pasaje a través de los intermedios -constituidos por antiguas actividades del yo, que en su tiempo acaso obligaron a determinados contenidos del ello a asumir una forma específica del yo. A objeto de lograr la comprensión del ello, el conocimiento del lenguaje de los símbolos tiene idéntico valor al que en las matemáticas asignase a las fórmulas aplicadas en la resolución de problemas típicos. Se las puede emplear con ventaja. No importa que se ignore el camino que originalmente condujo a otorgarles su significación actual; pues aunque no contribuyan a nuestra comprensión de las matemáticas, igualmente nos ayudan a la solución de los problemas. De igual manera, sin profundizar realmente en la comprensión psicológica del individuo que se tiene en tratamiento, la traducción de los símbolos nos descubre los contenidos del ello.

Actos fallidos. - Mediante las irrupciones del ello que designamos actos fallidos, de vez en cuando es dable lograr un rápido atisbo en el inconsciente. Tales irrupciones no se constriñen exclusivamente a la situación analítica. Pueden darse en cualquier momento en que por cualquier, circunstancia, la vigilancia del yo resulta disminuida, o desviada, y cuando por cualquier motivo un impulso inconsciente recibe un inopinado refuerzos. Naturalmente, tales actos fallidos -en especial el lapsus y el olvido- pueden aparecer también durante el tratamiento- analítico; entonces, a la manera de un relámpago, iluminan el trozo del inconsciente que la interpretación analítica había tratado de descubrir, acaso durante mucho tiempo. En los comienzos de su técnica, el analista utilizaba de buen grado estas felices coyunturas, a fin de poner a los pacientes difícilmente accesibles a la exploración frente a una evidencia casi irrefutable de la existencia del inconsciente. Los analistas alegrábanse asimismo dé poder demostrar con ejemplos de fácil comprensión diversos mecanismos: desplazamiento, condensación, omisión, etc. Pero, cotejada con la importancia de aquellas irrupciones del ello que voluntariamente se ponen al servicio de nuestra tarea, analítica, la significación de tales incidentes casuales es de ordinario mínima.

La transferencia. - La misma distinción teórica, establecida entre la observación del ello y la del yo aplicase a la interpretación de la transferencia, que acaso constituye el instrumento analítico más importante y decisivo. Llamamos transferencia a todos aquellos impulsos experimentados por el paciente en relación con el analista que no dependen de la situación analítica actual. _sino que remontan su origen a tempranas vinculaciones con el objeto reavivadas durante el análisis bajo la influencia del impulso repetitivo. Por lo mismo que estos impulsos son recurrencias *y* no creaciones nuevas, la transferencia adquiere incomparable valor en la investigación de las pretéritas experiencias afectivas del paciente, puniendo clasificarse 'conforme a sus manifestaciones y según el grado de complejidad, en varios tipos:

a) Transferencia de impulsos libidinales -el primer tipo es sumamente sencillo: las relaciones con el analista se ven perturbadas por violentos sentimientos experimentados por el paciente: amor, odio, celos, angustia no justificados por ningún hecho vinculado con la actual situación analítica. El propio paciente se defiende de estos sentimientos, siéntese avergonzado y humillado por tales manifestaciones independientes de su voluntad. A menudo, y sólo insistiendo en la observancia de 1a regla analítica fundamental, consigúese tornar conscientes estos contenidos. La investigación analítica señala estos sentimientos como irrupciones -así ello. Se originan en antiguas constelaciones inconscientes —cales como el complejo de Edipo y el de castración- y si sacándolas de la situación analítica devienen comprensibles y justificadas, las transportamos e insertamos en alguna de las precitadas situaciones afectivas infantiles. La referencia de estos sentimientos a su primitivo y antiguo origen nos permite llenar un vacío amnésico en el pasado del paciente y nos procura un nuevo conocimiento de su vida instintiva y afectiva infantiles. De ordinario, el enfermo coopera gustosamente con nosotros en la labor interpretativa. el mismo percibe los impulsos afectivos como cuerpos extraños. El retorno del impulso afectivo a su lugar en el pasado, lo libera en el presente de su carácter extraño ante el yo, capacitándolo así para adelantar en el trabajo analítico. La interpretación de este primer cipo de transferencia sirve exclusivamente a los fines de la observación del ello.

b) Transferencia de la defensa. - No acontece lo mismo con este segundo tipo de transferencia. El impulso receptivo que domina al paciente durante la situación analítica, - extiendese no sólo a los viejos impulsos del ello, si no, concomitantemente, a las antiguas medidas de defensa contra el instinto. Por lo tanto, el paciente no sólo transfiere los no deformados impulsos infantiles "del ello, que al penetrar en la conciencia se ven secundariamente sujetos a una censura del yo adulto; asimismo transfiere los impulsos del ello en todos aquellos modos de deformación que ya se habían adquirido en la vida infantil. En casos extremos puede suceder que el impulso instintivo mismo no entra nunca en la transferencia, y que únicamente lo haga, la defensa, específica adoptada por el yo contra una señalada actitud libidinal positiva o negativa: verbigracia, la reacción de huida ante el peligro de una fijación amorosa, positiva en la homosexualidad latente femenina, o la actitud de- sumisión femenina masoquistica, descrita por Wilhelm Reich en pacientes masculinos cuyas relaciones con el padre habíanse, caracterizado por una acentuada agresividad. En mi entender, si a estas reacciones defensivas que se manifiestan en la transferencia las calificamos como maniobras de camouflage o de burla o como cualquier otra suerte de engaño voluntario para con el analista, se incurre en injusticia con el paciente y ciertamente, muy arduo nos será persuadirlo insistiendo en la regía analítica fundamental, presionándolo para que sea sincero, para que exprese el impulso del ello oculto bajo la forma de defensa manifestada en la transferencia. El paciente es sincero ya al expresar su impulso o afecto en la única forma que le es posible: deformado por la defensa. Creo que en tal caso el analista no debe omitir todos los grados intermedios de la transformación del instinto, y que a fin de introducirlo en la conciencia del analizado, se impondrá la tarea de alcanzar, a toda costa, el primitivo impulso instintivo contra el cual el yo a erigido su defensa. En lugar de orientar la atención analítica hacia el instinto el método más apropiado consiste aquí en estudiar previamente el mecanismo de defensa especifico contra el instinto, vale decir, proceder del ello al yo. Si logramos despistar el camino transitado con el instinto en sus varias trans- formaciones, el beneficio analítico será doble el fenómeno de la transferencia estudiado descompónese en dos partes -ambas originadas en el pasado en un elemento Libidinal o agresivo perteneciente- al ello y en un mecanismo de defensa atribuible al yo en - los casos más

instructivos, al yo del mismo período infantil en que el impulso del ello surgió por vez primera. Procediendo de esta, manera, no sólo cubrimos lagunas existentes en la memoria de la vida instintiva del paciente -cosa que también hacemos cuando interpretamos el primer *y* simple tipo de transferencia—, sino que recogemos daros que completan la historia del desarrollo del *yo,* o, en otros términos, la historia de las transformaciones, de los instintos.

La interpretación del segundo tipo de transferencia es más fructifera que la del primero, pero ocasiona la mayoría de las dificultades técnicas entre el analista y el paciente. El analizado no percibe las reacciones de la transferencia del segundo tipo como cuerpos extraños. Ello no nos sorprenderá si se tiene presente el importante papel desempeñado por el yo —aunque sea el de los primeros años- en la producción de tales reacciones. No es fácil convencer al paciente del carácter repetitivo de estos fenómenos. Ellos emergen en su conciencia como procesos sintónicos con el yo (ich *gerecht).* Las deformaciones del impulso exigidas por la censura han sido ejecutadas en el pasado infantil, y el yo adulto no ve por qué habrá de defenderse contra su afloramiento en las asociaciones libres. Por medio de sus racionalizaciones, el enfermo se engaña fácilmente en lo que atañe a las discrepancias entre la causa y el efecto que impresionan al observador siendo evidente que la transferencia carece de legitimación objetiva. En este tipo de reacciones transferenciales no es dable pues, contar con la gustosa colaboración del paciente, según ocurría en el tipo que se describió antes siempre que el trabajo interpretativo toca los elementos desconocidos del yo, sus antiguas actividades, todo él se vuelve en un antagonista del trabajo analítico. Aquí plantease a las claras la situación que usualmente designamos con la no muy adecuada expresión de análisis del carácter.

Los fenómenos descubiertos por la interpretación de la transferencia, los dividimos en dos grupos desde el punto de vista teórico uno constituido por los contenidos del ello otro por las actividades del yo; ambos revelados en cada caso a la conciencia. Los resultados i de la interpretación de la asociación libre del paciente son clasificables de una manera análoga: el ininterrumpido flujo de las asociaciones libres esclarece los contenidos del ello, el suceder de una resistencia dilucida los mecanismos de defensa, del yo. La única diferencia estriba en que las interpretaciones de la transferencia refierense exclusivamente al pasado que en un cierto momento son susceptibles de iluminar períodos enteros de la historia individual del analizado. Por el contrario, los contenidos del ello que determinan la asociación libre, no se hallan ligados a época particular alguna, y las operaciones defensivas del yo que durante la sesión analítica se manifiestan como resistencia contra las asociaciones libres, pueden' también pertenecer a la vida actual del paciente.

c) Actuación en la transferencia. - Una tercera forma de transferencia nos brinda otro acorte significativo al conocimiento del paciente. En la interpretación de los sueños, de la asociación libre, de las resistencias y de las normas de la transferencia hasta ahora descritas, invariablemente observamos al paciente dentro de la situación analítica, en un estado intrapsiquico artificial. La lucha entre "las fuerzas de las dos instancias psíquicas -el ello y el yo- se decide en favor del ello, sea por el estaco de sueño, o por la obediencia a la regía analítica fundamental. Sabemos que_las instancias del yo que aparecen como censores del sueño o resistencia contra las asociaciones libres, hallanse disminuidas y su influjo debilitario - es difícil imaginárnoslas en toda *su* magnitud *y* energía natural. Es conocido el frecuente reproche a los analistas de que pueden ser grandes conocedores del inconsciente pero malos jueces del yo de sus analizados. Tal vez esta crítica esté

justificada, pues el analista carece de oportunidades para observar en acción la totalidad del *yo* del paciente.

En una intensificación de la transferencia -durante la cual el paciente momentáneamente se sustrae a las severas normas de la técnica analítica- puede acontecer que tanto los impulsos instintivos como las reacciones defensivas contra los sentimientos transferenciales empiecen a actuar como hechos de la vida diaria. A este proceso, que hablando con estrictez sucede fuera ya del análisis, lo denominamos "actuación en la transferencia". Nos resulta instructivo desde el punto de vista analítico, pues revela la estructura psíquica del enfermo en sus proporciones naturales. Doquiera se acierte a interpretar esta "actuación", podremos dividir las actividades en la transferencia en sus componentes, y descubrir así la participación cuantitativa, momentánea y real de las diversas instancias psíquicas. En contraste con lo que observamos durante la asociación libre, esta nueva situación nos hace visible la cantidad de energía que aporta cada instancia, es decir, nos muestra la síntesis psíquica espontanea, en sus aspectos absolutos y relativos.
No obstante el valioso conocimiento que nos facilita, el beneficio terapéutico que brinda la interacción de la actuación en la transferencia es, por lo regular escaso. La posibilidad de tornar consciente lo inconsciente y la influencia terapéutica de- las relaciones entre el ello, el yo y el superyó, tal vez dependan de la situación analítica, la cual se establece en forma- artificial y es todavía muy similar a la de la hipnosis, donde la actividad de las instancias del yo hállase reducida. En tanto el *yo* continúe funcionando con libertad, o sí hace causa común con el ello y ejecuta simplemente sus órdenes, hay escasas oportunidades para los desplazamientos intrapsíquicos y las influencias exteriores. Tal, es la razón de que esta tercera forma de transferencia -la actuación- le resulte a analista aún más difícil, de manejar que la- transferencia de las defensas, comprensible, pues, que apelando las interpretaciones analíticas de las ciertamente poco analíticas prohibiciones, se busque limitarla en lo posible.

Relación entre el análisis del yo y *el análisis del ello.* - He clasificado en forma muy detallada las manifestaciones de la transferencia -transferencia de tendencias libidinales, de actividades defensivas y actuación en la transferencia-, con miras de demostrar que las dificultades técnicas del análisis son relativamente menores cuando se erara de llevar a la conciencia los derivados del ello; .dificultades que alcanzan su máximo cuando el análisis ha de enfrentar los elementos inconscientes del yo mejor dicho: las dificultades no son inherentes a la técnica analítica en sí; ésta constituye un medio apropiado para traer a la conciencia tanto los elementos inconscientes del yo como los del ello o del superyó. Sólo que para nosotros, analistas las complicaciones del análisis del yo nos son menos familiares que las del análisis del ello Por otra parte la teoría analítica ha abandonado el concepto de que el yo es idéntico al sistema consciente de percepción, vale decir: que nos hemos percatado que grandes porciones de las instancias del yo son en sí mismas inconscientes y necesitan la ayuda, del análisis para llegar a ser conscientes de ello resulta que el análisis del yo ha adquirido considerable importancia entre nosotros. Todo lo originario del yo que se inmiscuya, en el análisis, constituye un material tan bueno como cualquier derivado del ello. No nos es lícito considerarlo como una mera perturbación en el análisis del ello. Pero, naturalmente, todo cuanto proviene del yo es asimismo una resistencia en el verdadero sentido de 1a. palabra: una fuerza dirigida contra el surgimiento del inconsciente y, por consiguiente contra el trabajo del analista. Una de nuestras mayores ambiciones es aprender a dirigir el análisis del yo del paciente con tanta seguridad como

llevarnos a cabo el análisis del ello, aun cuando deba realizarse contra la voluntad del yo:

Unilateralidad y dificultades de la técnica. — De lo arriba, señalado deducirnos que el estudio de las asociaciones libres, de los contenidos latentes del sueño, de la traducción de los símbolos y de los contenidos de la transferencia, fantaseada o actuante, contribuye a la exploración del ello, pero el análisis es unilateral.

Del mismo modo resulta unilateral para la investigación de las actividades desconocidas del yo y del superyo el estudio de las resistencias, del trabajo de la censura onírica y de los diversos tipos tranferenciales de defensa relacionados con las fantasías y los impulsos instintivos. Si nos arenemos al hecho de que únicamente la imparcial combinación de ambas formas de investigación podrá ofrecemos un cuadro completo de la situación interna del analizado, habremos de deducir que toda preferencia con uno u otro de los recursos de exploración analítica, en detrimento del resto, sólo puede darnos un aspecto desfigurado, irreal, o por lo menos incompleto de la personalidad psíquica.

Una técnica, que, por ejemplo, se limite a la exclusiva interpretación- de los símbolos, arriesgaría descubrir también harto exclusivamente los contenidos del ello. Es fácil que quien procediera así se inclinase a descuidar o menospreciar los elementos inconscientes de las instancias del yo, susceptibles de llegar a ser conscientes sólo mediante los otros recursos que el análisis pone en nuestras manos. Podría intentarse legitimar esa técnica afirmando que si se elude la vía indirecta del yo, es dable: alcanzar directamente la vida instintiva reprimida- Sus resultados, empero," serian incompletos. Únicamente el análisis_de las operaciones defensivas inconscientes del yo permítenos reconstruir el conjunto de transformaciones por el instinto. Sin tal conocimiento, nos es factible, es cierto, penetrar mucho en los contenidos de los deseos instintivos reprimidos y en las fantasías, mas poco o nada, en lo que respecta a sus vicisitudes y a los diferentes caminos seguidos en la integración de la estructura de la personalidad.

Una técnica que llevara demasiado lejos en la otra dirección, instalando en el primer plano el análisis de las resistencias exclusivamente, adolecería en sus resultados de tantas lagunas como la opuesta. Semejante método nos reportaría un cuadro acabado de la estructura del yo del analizado, pero nos veríamos forzados a renunciar a un profundo y total análisis del ello.

Similares serian los resultados de una técnica que se apoyara excesivamente en la transferencia. Es indudable que los pacientes en situación de intensa transferencia, favorable a tal ensayo técnico, producen abundante material perteneciente a los estrados más profundos del ello. Pero al hacerlo así tienden a transgredir la situación analítica. Su yo no permanece ajeno a la situación transferencia!, no queda atenuado, debilitado, ni reducido al papel de un observador objetivo y pasivo de los hechos. Por el contrario, se ve inundado por los afectos y arrastrado a la acción. Aunque esté dominado por el impulso repetitivo, comportándose como un yo totalmente infantil, no dejará de actuar en lugar de analizar. De ahí que una técnica semejante, emprendida, con grandes esperanzas de obtener un exhaustivo conocimiento del paciente, remataría en toda suerte de decepciones terapéuticas, que son de esperar, según nuestros conceptos teóricos de la actuación en la transferencia.

También la técnica del análisis infantil —por la que yo misma he abogado—constituye un buen ejemplo del peligro de la unilateralidad. Si debernos renunciar a la libre asociación de ideas, hacer escaso uso de II interpretación de los símbolos y diferir en lo posible el análisis de la transferencia, nos habremos velado tres importantes vías de acceso para el descubrimiento de los contenidos del ello y de las actividades del yo. Surge pues la siguiente pregunta —que contestaremos en el capítulo próximo—: ¿Cómo

podemos reparar y evitar estos inconvenientes sin dejar empero de profundizar más allá de los estratos superficiales de la vida anímica.

Capítulo III

LAS ACTIVIDADES DEFENSIVAS DEL YO COMO OBJETO DEL ANÁLISIS

EL YO EN RELACIÓN CON EL MÉTODO ANALÍTICO. — La interpretación desde un punto de vista equidistante del ello, el yo y el superyó. El analista como colaborador y como perturbador frente y los impulsos del ello. Triple posición del yo frente a la labor analítica: el yo como aliado, como adversario y como objeto del análisis. DEFENSA CONTRA EL INSTINTO / RESISTENCIA. — La resistencia analítica como fuente para el análisis del yo. El yo del paciente y el analista. DEFENSA CONTRA LOS AFECTOS. — Los conflictos entre el yo y los instintos y la observación del yo. Defensa, del yo contra los afectos asociados a los impulsos -instintivos. MANIFESTACIONES DEFENSIVAS PERMANENTES. — El "acorazamiento del carácter' según Reich. El análisis del yo en primer plano. El denominado "análisis de la resistencia'. FORMACIÓN DE SÍNTOMAS. — Descubrimiento de las defensas por los síntomas neuróticos. Petrificaciones del acorazamiento del carácter. Los síntomas neuróticos como fijación de mecanismos defensivos. El yo y la formación de síntomas. Injerencia "a priori" de la índole de la formación de síntomas y deducción "a posteriori' de las defensas por la índole de los síntomas la represión en los histéricos; el- aislamiento en los neuróticos obsesivos. TÉCNICA ANALÍTICA Y DEFENSA CONTRA LOS INSTINTOS y AFECTOS. — Un caso. Defensa contra los instintos y afectos, formación de síntomas y resistencia. La ausencia de asociaciones libres en el niño y el análisis infantil. Los impulsos del ello en los sueños y ensueños de los niños y expresiones de la fantasía. Su empleo como sustituto de la asociación libre. Peligro de la prescindencia de la regla analítica, fundamental en el análisis de los niños según la escuela, analítica inglesa. Critica- a la equiparación entre juego y asociación libre. Necesidad de otros métodos técnicos sustituirlos. El examen de las transformaciones de los afectos infantiles (conversión en lo contrario, desplazamiento, represión). Casos.

El yo en relación con el método analítico. — La extensa. y detallada, discusión teórica del último capítulo puede resumirse prácticamente en unas pocas y sencillas frases. La tarea del analista es hacer consciente lo inconsciente la instancia psíquica a la que éste pertenece El analista dirige su atención de una manera igual y objetiva, hacia los elementos inconscientes de las tres instancias psíquicas: Por así decirlo, ejecuta su labor interpretativa desde un punto de vista equidistante del ello el yo y el superyó.

Desgraciadamente la clara objetividad que le otorga esta postura se ve perturbada por diversas circunstancias. La imparcialidad del analista no es correspondida por el paciente, y las instancias psíquicas de éste resisten en diferentes formas a sus esfuerzos de penetración. En lo que hace a los impulsos del ello, sabemos que en sí mismos no tienen propensión alguna a permanecer inconscientes. Están dotados de una fuerza ascencional propia de una permanente a aflorar a la consciencia y satisfacerse o por lo menos a avanzar sus derivados hacia la consciencia. Conforme habíamos anotado anteriormente; el trabajo del analista sigue y refuerza esta energía ascensional en idéntico sentido. Desde este punto de vista, el analista parece ser el colaborador y liberador de los elementos reprimidos del ello.

Otra es la situación frente al yo y al superyó. En tanto que las instancias del yo tratan de dominar los impulsos del ello con sus particulares métodos, el analista desempeña el papel de perturbador. En el curso de su trabajo va descubriendo represiones laboriosamente ejecutadas y destruye formaciones de compromiso cuyo efecto era en

verdad patológico, pero cuya modalidad había sido muy bien aceptada por el yo. El cometido del analista dirigido a Trasladar a la conciencia lo inconsciente y el empeño de las instancias del yo por, dominar la vida instintiva obran en sentido opuesto mientras el paciente sea incapaz de comprender el sentido dé su enfermedad las instancias del yo consideran peligrosos los propósitos del analista.
Siguiendo los razonamientos del capítulo precedente, describiremos de un triple modo la posición del yo frente a la labor analítica. El yo funciona como aliado del analista en tanto la autobservacion se daría poniendo su capacidad al servicio del analista y atraves de los derivados inconscientes llevados a su repertorio procura una visión de las instancias el yo funciona como adversario del análisis en tanto en su autobservacion se conduce con parcialidad o inseguridad y mientras al paso que registra y trasmite con fidelidad determinados hechos, clasifica y rechaza otros, escudándose contra su manifestación de esta suerte contraría exploración analítica, empeñada en ver todo cuanto surge, sin discriminación alguna. Finalmente, el mismo yo -es objeto del análisis en tanto sus mecanismos de defensa que empieza permanentemente funcionan de modo inconsciente semejante al requerido por la actividad inconsciente de cualquiera de los impulsos instintivos prohibidos— son susceptibles de ser llevados al conocimiento de la consciencia.

Defensa contra el instinto y resistencia. Por razones didácticas traté en el último capítulo de esbozar una distinción teórica, entre el análisis del ello y el del yo, en la práctica inseparables. Su resultado ha sido corroborar, una vez más, la conclusión de que todo el material que sirve para la investigación del análisis del yo surge en la técnica analítica bajo la forma de resistencia contra el análisis del ello. Es éste un hecho tan evidente, que cualquier explicación resulta superflua. Durante el análisis, el yo entrará en actividad siempre que desee prevenirse de un avance del ello mediante un contraataque. Puesto que el método analítico busca fomentar tales avances, facilitar la entrada en la conciencia a las representaciones del instinto reprimido, la acción defensiva del *yo* contra estos equivalentes o representantes del instinto automáticamente se tomará en una actividad resistente contra esa labor. Además, como el analista utiliza su influencia a fin de asegurar la observancia de la regia analítica fundamental, que permite a los contenidos reprimidos emerger en la libre asociación del paciente, la defensa del yo contra los instintos adopta la forma de oposición directa a la propia persona del analista. Esta hostilidad y el fortalecimiento de las defensas destinadas a impedir el surgimiento de los impulsos del ello, coinciden -de un modo automático. Las relaciones del yo del paciente con el analista se tranquilizan en aquellos momentos del análisis en que la defensa cede y los representantes del instinto" pueden surgir sin obstáculo en la asociación libre.
Es claro que las posibilidades de la resistencia analítica no se agotan con este tipo partícula junto a las denominadas resistencias del yo existen las conocidas resistencias de la transferencia directamente constituidas, así, como las fuerzas de oposición vencer en el análisis—, -que tienen sus fuentes *en* el impulso de repetición por consiguiente, 'no es licito afirmar" que cada resistencia sea el resultado de una, medida defensiva del *yo.* Pero, si ocurre durante el análisis toda defensa del yo contra el ello solo puede estimarse como una forma de resistencia contra el trabajo analítico el análisis de la resistencia del yo dispénsanos una buena ocasión para observar en toda su vivacidad la actividad defensiva inconsciente del yo y para convertirla en consciente.

Defensa contra, los efectos, — Los conflictos entre: el yo y los instintos no constituyen las únicas" oportunidades de- realizar una penetrante observación de las actividades del primero. El yo combate solamente con los derivados del ello que

intentan introducirse territorio para aflorar a la conciencia y obtener así su gratificación: también despliega una defensa no menos enérgica y activa contra los afectos asociados y aquellos impulsos contra los afectos asociados aquellos impulsos instintivos. Cuando pretende rechazar las exigencias instintivas, la primera tarea del yo es siempre lograr un acuerdo con estos afectos.

sea amor, nostalgia, celos, resentimiento, dolor y aflicción lo que acompañe a los deseos sexuales; sea odio, cólera, rabia, lo que se asocie a los impulsos agresivos todos estos afectos deben resignarse a soportar, toda suerte de transformaciones deben de admitir toda tentativa de dominación por parte del yo que procura defenderse contra las exigencias instintivas a las que aquellos pertenecen dondequiera que la transformación de un afecto sobrevenga dentro o fuera, del análisis, encontramos un yo activo y nos es factible estudiar su modo de operación. Sabemos que el destino de una carga afectiva no es exactamente idéntico al de la idea que representa su demanda instintiva es empero, obvio que el yo no cuenta más que con un limitado número de posibles recursos defensivos en determinados' períodos de la vida y con arreglo a su propia estructura específica, este yo individual puede seleccionar entre uno u otro método defensivo: represión, desplazamiento, transformación en lo contrario, etcétera, mecanismos que puede usar canto en el combate con el instinto cuanto en la defensa contra la liberación de afectos una vez establecido cómo un señalado individuo se defiende del surgimiento de sus impulsos instintivos, a qué tipo de resistencia del yo suele apelar habitualmente, podremos hacernos una idea acerca de cómo se comportará este mismo individuo frente a sus afectos indeseables. Si en otro enfermo se presenta muy evidente un particular modo de transformación de afectos —represión completa de ciertos sentimientos negación, etcétera— no nos sorprenderá que adopte métodos similares de defensa contra sus impulsos instintivos y asociaciones libres, es el mismo yo y en todos sus conflictos es mas menos" consecuente al utilizar los expedientes defensivos de que dispone.

Manifestaciones defensivas permanentes. — Otro campo de observación en el cual es dable estudiar las actividades defensivas del yo lo constituyen, aquellos aspectos o fenómenos a que se refiere *Wihelm Reich* en su "Análisis consecuente de la resistencia".[1] Ciertas actitudes corporales, como la rigidez y la tiesura, o ciertas maneras peculiares de ser, cómo una sonrisa estereotipada, un comportamiento burlón, irónico y arrogante, son residuos de antiguos procesos defensivos, originariamente muy vigorosos en su lucha contra los instintos o afectos correspondientes, pero que desligados más tarde de esa situación primitiva, se han transformado en rasgos permanentes de carácter, o, según la expresión de *Reich*, "en un acorazamiento del carácter". Si en el análisis logramos reconducir estos elementos residuales hasta, su origen histórico, recobrarán su movilidad y cesarán de bloquear mediante su fijación nuestro acceso a las operaciones defensivas del yo. Dado que estos modos de defensa han devenido permanentes, no es cosible vincular su surgimiento *y* desaparición de las demandas instintivas y afectos internos, y por la otra, con la situación de tentación y estímulos afectivos externos. De ahí que su análisis sea particularmente penoso. Cabe afirmar que, cuando en general no conseguimos descubrir indicio alguno de un conflicto actual entre el *yo,* el instinto y el afecto, nos hallamos autorizados a ubicar su análisis en el primer plano del trabajo analítico. Tampoco me parece justificado restringir la denominación de análisis de la resistencia a este particular fenómeno de la labor analítica, pues puede y debe aplicarse a todas las formas de resistencia.

Formación de síntomas. — El estudio de la formación de síntomas neuróticos denuncia idénticas medidas defensiva que percibimos ora como un juego activo y vivaz en el análisis de la resistencia del yo, dé la defensa contra los instintos y de las transformaciones de los afectos, ora bajo el aspecto de petrificaciones permanentes Que advertimos en el análisis del acorazamiento del carácter. los síntomas neuróticos aparecen como modos de fijación de mecanismos defensivos el papel del yo en la formación de aquellos compromisos denominados síntomas, consiste en el uso invariable o fijación de un especial método de defensa, erigido contra una particular exigencia, instintiva, que se repite exactamente con el retorno estereotipado de la misma exigencia. Sabemos[2] que ciertas neurosis guardan relaciones estables con determinados tipos de defensa, como, por ejemplo, la histeria con la represión y la neurosis obsesiva con los procesos de aislamiento y anulación. Igual conexión estable entre ciertas neurosis y señalados mecanismos de defensa la reencontramos al estudiar los tipos de defensa que un paciente utiliza contra sus afectos y la forma de resistencia adoptada por su *yo.* La actitud de un individuo frente a sus asociaciones libres durante el análisis así como su manera de comportarse cuando abandonarlo a sí mismo busca dominar las exigencias instintivas y oponerse a los afectos indeseables permítenos inferir *a priori* la índole de su formación de síntomas permítenos deducir a posteriori la estructura de sus resistencias sus defensas contras afectos e instintos. Este paralelismo nos es más familiar en los casos de histeria y de neurosis obsesiva pues en tales casos el vínculo entre la formación de síntomas del enfermo y la modalidad asumida por sus resistencias se impone con suma claridad. En la formación de síntomas como solución de conflictos con el instinto, los pacientes histéricos emplean especialmente la represión sustraen a la conciencia las representaciones ideativas de sus impulsos sexuales. Análogo modo de resistencia adoptan en la asociación de ideas las asociaciones, provocadas por la defensa del *yo* son, simplemente, apartadas. El paciente sólo experimenta un vacío en la conciencia. Calla; es decir, prodúcese en su serie de asociaciones la misma interrupción que tuvo lugar en sus procesos instintivos en el proceso de la formación de sus síntomas. En cambio observamos que el tipo de defensa utilizado por el yo del neurótico obsesivo en la formación de síntomas, es el aislamiento. En este caso el yo rompe las importantes conexiones entre los impulsos instintivos y sus representaciones, conservando aquéllos en la conciencia. Con arreglo a este mecanismo, la resistencia del neurótico obsesivo adopta una modalidad diferente. El neurótico obsesivo no calla, habla aunque se encuentra en resistencia; pero como ha roto las conexiones entre sus asociaciones, y al hablar aísla las ideas de sus afectos correspondientes, sus asociaciones nos parecen, en pequeño, tan absurdas como se nos aparentan sus síntomas obsesivos en una escala mayor.

Técnica analítica y defensa contra los instintos y afectos. — Una paciente joven me solicitó un análisis a causa de un grave estaco ansioso que trastornaba su vida cotidiana y su regular asistencia a la escuela. Pese a que concurrió a instancias de su madre, de buen grado me relató las circunstancias de su vida pasada y presente. Su actitud hacia

mí era amistosa y sincera, pero advertí que en sus comunicaciones evitaba cuidadosamente coda alusión a sus síntomas. No mencionaba los estados de angustia que se producían entre las sesiones. Su actitud amistosa cambiaba cada vez que deliberadamente trataba yo de traer al análisis su síntoma o interpretaba su ansiedad basada en ciertos inequívocos datos de sus asociaciones. En tales ocasiones me hacía objeto de observaciones burlonas e irónicas. Toda tentativa de hallar una relación entre la actitud analítica de la paciente y su comportamiento con la madre resultaba por completo infructuosa. Pero la relación consciente e inconsciente de la niña con la madre era totalmente distinta esta actitud despreciativa y burlona que siempre surgía dejábame perpleja y tornaba a la paciente inaccesible a una más amplia ayuda mediante el tratamiento. Sin embargo, profundizando el análisis observé que esta actitud irónica y bromista no tenía vinculación casi con una reacción de transferencia en el verdadero sentido y no se hallaba ligada, en absoluto a la situación analítica. La paciente la utilizaba contra sí misma en todas aquellas circunstancias de su vida afectiva en que estaban a punco de surgir sentimientos tiernos, ansiosos y angustiosos. Cuanto mis fuerte era el ímpetu del afecto, tanto más se replegaba en sus observaciones irónicas y se autorridiculizaba. Sólo secundariamente atraje hacia mí estas reacciones de defensa, porque intentando su elaboración consciente estimulé las exigencias, de los sentimientos de angustia. Aunque correctamente fundada en las asociaciones y comunicaciones de la paciente, la interpretación de los contenidos de la angustia no surtía efecto, pues toda aproximación a los afectos reprimidos conducía a un acrecentamiento de la defensa. Mientras no lograra conductas las conciencia y desbaratar así el método defensivo (desvalorizacion, burla) que de una manera automática la paciente utilizaba contra sus afectos contra sus afectos en todas las circunstancias análogas de su vida, el análisis no podía hacer consciente el contenido de la angustia. este mecanismo de defensa - desprecio y ridiculización- se aclara históricamente por una identificación con el padre fallecido, quien quiso educar a la niña en el autodominio, empleando con este propósito observaciones irónicas cada vez que ella se abandonaba a algún, arrebato emocional. El recuerdo del padre muy amado había estereotipado este modo de defensa.

El procedimiento técnico a seguir para la comprensión de este caso, era comenzar por el análisis de la defensa contra los afectos, con el objeto de llegar a aclarar la resistencia en la transferencia, y sólo entonces proseguir con el análisis de la angustia misma *y* de sus antecedentes históricos.

Este paralelismo entre la defensa que usa el paciente contra sus instintos y afectos, la formación de síntomas y la resistencia, tiene suma, importancia desde el punto de vista técnico, en especial en el análisis infantil. La dificultad más sensible en la técnica del análisis de los niños es la ausencia de asociaciones libres. Tal dificultad, no sólo obedece a la circunstancia de que es en virtud de las imágenes o representaciones mentales del instinto emergidas en las asociaciones libres del paciente que nos es dable adquirir las informaciones de mayor significación acerca de ello, pues éstas pueden alcanzarse también con otras vías. En efecto, los sueños y los ensueños de los niños, la fantasía manifestada en el juego, dibujo, etcétera, revelan los impulsos del ello sin disfraces y de un modo más accesible que en los adultos, y de esta suerte, casi permiten reemplazar en el análisis a los equivalentes o derivados del ello que afloran en la asociación libre. Pero al prescindir de la regla analítica fundamental, el conflicto que de ordinario produce su observancia desaparece, y es precisamente el examen de este conflicto lo que en el análisis de los adultos permite alcanzar nuestro conocimiento de la resistencia del yo. Hemos de recordar que este conocimiento se basa en el análisis de las operaciones defensivas que el yo opone a los derivados del ello. Por lo tanto, el análisis

de los niños nos presenta un peligro, pues si bien suministra un rico material de información acerca del ello, el conocimiento del yo infantil que por su mediación obtenemos resulta sumamente escaso.
La introducción del juego en la técnica analítica, según lo emplea la escuela inglesa con los niños pequeños, compensa esta falta de asociaciones libres, reemplazándolas por una más directa observación. Analistas de esta escuela equiparan la actividad lucida infantil con la de las asociaciones libres del adulto, utilizándola para la interacción de una manera similar. El libre curso asociativo corresponde al desarrollo tranquilo del juego; las interrupciones e inhibiciones en su transcurso equivalen a los trastornos de la "asociación libre. Por consiguiente, el análisis de las perturbaciones del juego las descubre como una medida defensiva del yo, comparable a la resistencia en la asociación libre.
Por razones teóricas dudamos en llevar esta interpretación simbólica hasta límites extremos y en aceptar una tan completa equivalencia entre juego y asociación libre. En el análisis infantil debemos echar mano, pues, a algunos otros métodos técnicos sustitutivos capaces de asistirnos en nuestra exploración del yo. Creo que este vado en el análisis infantil puede colmarse con el examen de las transformaciones de los afectos del niño. La vida, emocional infantil es menos complicada y mis fácil de comprender que la del adulto. Hemos de observar todas aquellas discordancias que tanto dentro como fuera del análisis, se presentan en la vida del niño como motivos para la liberación del afecto. Por ejemplo, un niño nota que otro es objeto de mayor atención que él; ahora —nos decimos— inevitablemente experimentará celos y se sentirá mortificado. Un deseo largo tiempo acariciado se realiza: esto habrá de proporcionarle alegría. El niño aguarda un castigo debe de sentir angustia. Un placer esperado y prometido es bruscamente diferido o negado el niño ha de sufrir una desilusión; etcétera. Confiarnos en que el niño normalmente reaccione a estos motivos particulares con estos especiales afectos. Sin embargo, al contrario de lo que anticipábamos, la observación nos muestra, un cuadro asaz diverso el niño acaso exhiba indiferencia cuando debía, de experimentar decepción, alegría y desbordante en vez de pesadumbre excesiva ternura en lugar de celos. En todos estos casos debe de haber sucedido algo que trastornó el proceso normal: una - protesta de parte del yo, a la que hemos de atribuir la transformación del afecto. El análisis y la conducción a la conciencia de los diversos modos de estas defensas contra los afectos —tratase de conversión en lo contrario, de desplazamiento o completa_ represión—, nos da informes sobre las técnicas singulares de este yo infantil, así como el análisis de las resistencias nos permite inferir acerca de su comportamiento respecto del instinto y de la naturaleza de la formación de síntomas. Es, por supuesto, de suma importancia que en la observación de los procesos afectivos en el análisis infantil no dependamos de la voluntaria cooperación del niño ni de la sinceridad o falsedad de sus comunicaciones. Sus afectos se traicionan a sí mismos contra su propósito.

El caso siguiente servirá para ilustrar lo dicho. Cada vez que sobrevenía un motivo de angustia de castración, un niño pequeño sentía impulsos guerreros, quería vestir uniforme y equipararse con sable y otras armas infantiles. Después de observarlo en varias circunstancias semejantes, conjeturé que transformaba la angustia en su opuesto, o sea, en placer agresivo. A partir de entonces, fácil me resultó inferir que detrás de cada uno de sus arranques agresivos escondíase una angustia de castración. Además, tampoco me sorprendió el descubrimiento de que se trataba de un neurótico obsesivo, puesto- que también en su vida instintiva existía una; tendencia a transformar los impulsos indeseables en lo contrario. Cierta niña pequeña no parecía reaccionar en absoluto ante situaciones que la defraudaban. Únicamente podía observarse una mueca

clónica del ángulo de la boca. Con ello traicionaba la capacidad de su yo para alejar procesos psíquicos inoportunos y sustituirlos por procesos físicos. No me extrañaría en absoluto descubrir en este caso que la niña tendiese a reaccionar históricamente frente al conflicto con su vida, instintiva.

Otra niña. que atravesaba aún el período de latencia, había logrado de tal modo reprimir la envidia al pene de su hermanito —afecto que dominaba enteramente su vida—, que inclusive en el análisis resultaba sobremanera difícil despistar sus rastros. La exploración analítica sólo nos mostraba que cada vez que tenía, oportunidad de experimentar envidia o celos del hermano, iniciaba un notable- juego fantástico en el cual representaba a un hechicero provisto del poder de transformar ei mundo entero e influir en él con sus gestos. De este modo la niña trocaba la envidia en su contrario; en una sobreacentuación de sus propias facultades mágicas que.- le ahorraba, la penosa impresión de su supuesta inferioridad corporal. Por este mecanismo de defensa —trueque en su contrario— su yo se sirve de esta especie de formación reactiva contra el afecto, y al mismo tiempo denuncia su actitud obsesiva respecto del instinto. Una vez descubierto esto, resultaba fácil inferir en el análisis la resistencia de la envidia, al pene cada vez que aparecía el juego de magia. De esta suerte aplicamos simplemente una especie de técnica de traducción del lenguaje de defensa del yo, que corresponde casi con exactitud, a la solución de las resistencias del yo en las asociaciones libres. Nuestro objetivo es el mismo que el análisis de la resistencia. Cuanto mejor logremos tornar consciente la resistencia y la defensa contra el afecto, y poner así a ambos fuera de actividad, tanto más rápidamente adelantaremos en la comprensión del ello.

CAPÍTULO IV MECANISMOS DE DEFENSA

Los mecanismos de defensa en la teoría psicoanalítica. Historia del término "defensa!': su aparición, abandono y sustitución. Restricción del significado de regresión al de "método particular de defensa!'. Otros modos especiales de defensa. Las diez técnicas defensivas en los trabajos de Freud. La tarea del psicoanalista. Comparación, de los resultados logrados por diferentes mecanismos en casos individuales. Los procesos de defensa, la histeria y la neurosis obsesiva. Historia de una enferma. La represión y los otros métodos. La represión como base de la formación de compromiso y de la neurosis. Consecuencias de las otras técnicas defensivas ensayo de una clasificación cronológica. — El conocimiento de los motivos que presiden la elección de todo mecanismo. Génesis de la proyección y de la introyección. Emplea tardío de la represión y de la sublimación. Regresión. Los mecanismos de defensa más primitivos: transformación en lo contrario y vuelta contra sí mismo. ulterioridad de la introyección y de la proyección con respecto a la diferenciación del yo y del mundo externo. Oscuridad de la cronología de los procesos psíquicos en la teoría analítica posible conveniencia de abandonar el ensayo de clasificación de los mecanismos.

Los mecanismos de *defensa*, en *la teoría* psicoanalítica. El término defensa, que tan a menudo he empleado en los tres capítulos precedentes, es el más antiguo representante del punto de vista dinámico en la teoría psicoanalítica. Aparece por vez primera en el año 1864 en el estudio de Freud sobre las neurosis de defensa y lo emplea en este y en otros de sus trabajos ulteriores *(Etiología de la histeria, Observaciones ulteriores sobre las neuropsicosis de defensa)* para describir las luchas del yo contra ideas y afectos dolorosos e insoportables. Más tarde el término es abandonado y en lo sucesivo sustituido por el de "represión". No obstante, la relación entre ambas nociones permanecía indeterminada. Sólo en un apéndice complementario a *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud retorna al viejo concepto de defensa y sostiene la indudable ventaja de emplearlo de nuevo como, designación general de todas las técnicas de que se sirve yo en los conflictos eventualmente susceptibles de conducir a la neurosis,

reservando el nombre de "represión" para uno de estos métodos de defensa que la orientación de nuestras investigaciones nos dio primero a conocer[1] Constituye ésta una réplica directa a la idea de que la represión ocupa un sitio exclusivo entre los procesos psíquicos, y se hace lugar en la teoría psicoanalítica a otros que sirven a idéntico propósito, es decir, a "la protección del yo contra las exigencias instintivas. El significado de la represión queda restringido al de un "método particular de defensa"
Este nuevo concepto acerca del papel de la represión invita a investigar los otros modos especiales de defensa, comparándolos a medida, que fueron descubiertos y descritos en los trabajos analíticos.
El mismo apéndice a *Inhibición, síntoma* y *angustia* contiene la hipótesis ya citada en el último capítulo: "que una profundización de nuestros estudios podría demostrar un íntimo vínculo entre formas especiales de defensa y determinadas enfermedades, como la que, verbigracia, se observa entre la represión y la histeria", en cambio, los métodos defensivos empleados en la neurosis obsesiva son la regresión y modificación reactiva del yo (formación reactiva), el aislamiento y la anulación.
Según estás primeras indicaciones, no resulta difícil completar la enumeración de las técnicas defensivas que aparecen en otros trabajos de Freud. Por ejemplo, en *Celos, Paranoia* y *Homosexualidad* caracteriza, como mecanismos neuróticos la introyección la identificación de la proyección, considerándolos importantes métodos defensivos que emplea el *yo* en afecciones de este tipo. En su trabajo sobre la teoría de los instintos[3], describe la vuelta contra sí mismo y la transformación en lo contrario, a los que denomina "vicisitudes del instinto". Estos dos últimos procesos deben considerarse, desde el punto de vista del yo, como métodos de defensa, porque cada uno de los destinos o vicisitudes instintivas de esta especie son referibles en su origen alguna actividad del yo. A no mediar la intervención del yo o de las fuerzas del mundo externo que el yo representa, cada instinto no conocería más que un solo destino: el de la satisfacción. A los nueve métodos de defensa, bien conocidos *y* extensamente descritos en la teoría *y* la práctica —represión, regresión, formación reactiva, aislamiento, anulación, proyección, introyección, vuelta contra sí mismo, transformación en lo contrario—, podemos agregar un décimo, más propio del estado normal que de las neurosis: la sublimación o desplazamiento del objeto instintivo.

Por lo que hasta ahora sabemos, el yo dispone de estos diez diferentes métodos en sus conflictos con los representantes del instinto y del afecto. La tarea del psicoanalista consiste, prácticamente, en descubrir en qué medida intervienen estos métodos en los procesos de resistencia del yo y de formación de síntomas que les es dable observar en los individuos.

Comparación de los resultados logrados por diferentes mecanismos en casos individuales. — Elijo como ejemplo el caso de una mujer joven, educadora en una institución. Es la hija intermedia de una familia compuesta de una serie de hermanos y hermanas. En su infancia- padeció una violenta envidia al pene de sus hermanos mayor y menor, y de celos siempre reavivados a causa de repetidos embarazos de la madre. Finalmente, la envidia y los celos combinaronse en una fuerte hostilidad contra la madre. Pero dado que su fijación amorosa a ésta no era menor que el odio que

experimentaba contra ella a un primer período de "desinhibición", caracterizado por una salvaje indisciplina y rebeldía, siguió un intenso conflicto contra los impulsos negativos. A causa de sus propios sentimientos de odio temió perder el amor materno del cual no podía prescindir, sintió angustia, ante el castigo y se criticó muy severamente por sus prohibidos deseos de venganza. Al entrar en el período de latencia esta situación de angustia y de conflicto de conciencia se aguzó cada vez más, y su yo trató de dominar los impulsos de varias maneras. A fin de resolver el problema de ambivalencia, desplazó hacia afuera un lado de esta. la madre continuó siendo un objeto amado, pero, en adelante, en la vida de la niña siempre existiría una segunda persona importante de sexo femenino intensamente odiada. Mediante este mecanismo la situación se alivió. El odio contra el objeto extraño no se acompañaba de un sentimiento de culpa tan incensó como el vivido contra la madre. Sin embargo, este odio desplazado fue causa de numerosos padecimientos. Con el andar del tiempo este primer desplazamiento resultó insuficiente para dominar la situación.

El yo de la niña puso entonces en actividad un segundo mecanismo. Dirigió contra la propia persona el odio hasta ese momento destinado al mundo en torno. Se torturó a sí misma con autoacusaciones y sentimientos de inferioridad, y a través de la infancia y adolescencia hasta la vida adulta hizo cuanto le fue posible a fin de perjudicarse y dañarse, subordinando siempre sus personales exigencias a las de los demás. Desde que empleo este método defensivo, se tornó evidentemente masoquista.

Pero tampoco esta medida fue bastante eficaz como para dominar la situación de conflicto. La paciente comenzó entonces a proyectar. El odio que había sentido contra el objeto femenino amado o su sustituto se transformó en la convicción de que ella misma era odiada humillada o perseguida por éstos. Su yo experimentó un alivio del sentimiento de culpabilidad. La niña mala que se autorreprochaba sus malos sentimientos contra las personas de su ambiente, trocóse en una niña martirizada, perjudicada y perseguida. Pero el empleo de este mecanismo dejó en su carácter un permanente rasco paranoico que le dificultó la vida sobremanera, tanto en su infancia como en la edad adulta.

La paciente inició su análisis en plena edad adulta. Aunque el mundo externo no la consideraba enferma, ella padecía agudamente. Pese a todos los esfuerzos defensivos movilizados por su yo, no consiguió dominar de veras la angustia y el sentimiento de culpa. Cualquier motivo que provocara en ella sentimientos de envidia, celos u odio, reactivaba sus mecanismos defensivos. Estos conflictos emocionales jamás llegaban a solución alguna que trajese un relajamiento del yo; además, el resultado último de la pugna de todos estos conflictos resultaba asaz pobre. Logró mantener la ficción de que ella amaba a su madre, pero se senda llena de odio, y la causa de esto desconfiaba de sí misma *y* se despreciaba. Inclusive al logró conservar el sentimiento de ser amada, pues este sentimiento quedó destruido por el mecanismo de proyección. Y no consiguió escapar a los castigos cernidos durante la infancia; por el mecanismo de vuelta contra sí mismo, ella causábase todo el mal que antes había esperado bajo la forma de castigo materno. Los tres mecanismos movilizados no pudieron impedir que su *yo* sufriese un permanente estado de intranquila tensión y vigilancia, ni tampoco aliviarlo de la desmedida necesidad de atormentarse a que se sometiera.

Comparemos estos procesos con sus correspondientes relaciones en una histeria o en una neurosis obsesiva. Admitamos que el problema sea en ambos casos el mismo dominación del odio a la madre que nace de la envidia al pene la histeria se resuelve por la represión. El odio contra la madre será borrado de la conciencia y se prohibirá enérgicamente la entrada en el *yo* de todos sus posibles derivados. Cuando existe la capacidad para la conversión y favorables condiciones somáticas los impulsos'

agresivos asociados con el odio y los impulsos sexuales con la envidia del pene pueden ser transformados en síntomas corporales. En otros casos el yo se protege contra una reactivación del conflicto primitivo desarrollando fobias y evitando así ocasiones de trastorno. Limita su actitud, con lo cual previene el encuentro con todas aquellas situaciones susceptibles de favorecer el retorno de lo reprimido.

También en la neurosis obsesiva del odio a la madre, y la envidia al pene sufren desde el principia una represión. En el transcurso ulterior, mediante las formaciones reactivas el *yo* se asegura contra el retorno de lo reprimido el niño que siente agresión contra la madre desarrollará una ternura excesiva hacia ella y cuidar extremadamente de ella; la envidia y los celos derivarán en altruismo y preocupación por los demás. La instalación de ceremoniales obsesivos y diferentes medidas de precaución protege los objetos amados contra cualquier estallido de los propios impulsos agresivos, *al paso que un código moral exageradamente estricto vigila las manifestaciones sexuales.*

El niño que domina sus conflictos infantiles a la manera de la histeria o de la neurosis obsesiva aquí descritas, presenta un cuadro más patológico que el de la paciente antes considerada. Por 1a represión ha perdido el dominio sobre parte de su vida afectiva. La primitiva relación con la madre *y* los hermanos y la importante relación con su propia feminidad ha quedado sustraída a la ulterior elaboración consciente, fijándose de una manera obsesiva irrevocable a la alteración reactiva del yo gran parte de su actividad consúmese en el mantenimiento de las contracargas (contracatexias) destinadas a asegura la represión durante la vida ulterior esta pérdida de energía se hará notar por la inhibición y restricción de otras actividades vitales pero el yo de este niño que ha resuelto sus conflictos mediante la represión, con todas sus secuelas patológicas, vive en paz. Padece secundariamente los efectos de las neurosis a que la represión le somete. Pero —al menos dentro de los límites de la histeria de conversión y de la neurosis obsesiva ha logrado vencer sus angustias depone sus sentimientos de culpa y satisface sus ideas de castigo. La diferencia consiste en que cuando el yo emplea la represión la formación de síntomas lo releva de la tarea de dominar el conflicto al paso que con el uso de otras técnicas defensivas, conflicto se mantiene en la esfera de actividad del yo o dicho con otras palabras, este afrenta constantemente.

En la práctica, el empleo de la regresión como forma aislada de defensa aquí descrita, es menos frecuente que su combinación con otros mecanismos defensivos en un solo y mismo caso. Tomo como ejemplo la historia de una enferma que igualmente sufrió en su primera infancia una muy intensa envidia al pene del padre. Las fantasías sexuales de esta fase culminaron con el deseo de morder y arrancar el pene paterno. También en este momento se instalo la defensa del yo. La idea inadmisible quedó reprimida y en su lugar establecióse lo opuesto un disgusto general contra el morder, que pronto desarrolló un trastorno alimentario, acompañado de histéricas sensaciones de repugnancia. De esta suerte, parte del proceso de la fantasía oral resultó dominada. Pero el contenido agresivo, el deseo de despojar al padre o a sus sustitutos, permaneció, no obstante; algún tiempo más en la conciencia, hasta que, desarrollado el *superyo* sentido moral del yo lo repudia. Con ayuda de un mecanismo *de* desplazamiento —al cual me referiré luego con más detalle— el placer de despojar transfórmase en una particular forma de frugalidad y modestia. El cuadro resultante *de* la sucesión *de* estos dos métodos diferentes de defensa, es el de un sustrato de neurosis histérica, con una específica modificación del yo superpuesta, que en sí mismo no entraña carácter patológico.

La impresión que recogemos a través de estos pocos ejemplos confírmase al examinar en detalle *y* de la misma manera los afectos producidos por los diversos mecanismos en otros casos. En el concepto general de defensa, dentro de la subdivisión teórica, puede

colocarse la represión junto a los otros casos específicos. No obstante, desde el punto de vista de su eficacia, comparada con los otros métodos, conserva una posición exclusiva. Dicho en términos cuantitativos, rinde más que las otras técnicas defensivas, pues es capaz de conminar inclusive fuertes impulsos instintivos frente a los cuales resultan impotentes los métodos restantes. Pero constituye una institución permanente, que demanda un gasto constante de energía, porque en tanto a los otros mecanismos de movilizárselos en cada nueva arremetida instintiva, éste opera ante todo por la contracarga (contracatexia) que asegura la represión no solo es el mecanismo ce mayor eficacia, sino también el más peligroso. la disociación del yo, producida. por la sustracción a la consciencia de porciones totales de la vida afectiva e instintiva, es susceptible de destruir en forma definitiva la integridad personal. La represión llega a ser así 1a base de la formación de compromiso y de la neurosis. Las consecuencias de las otras técnicas defensivas no son menos serias, pues aun cuando agucen su intensidad, permanecen más dentro de los límites de lo normal. Se exteriorizan en las innumerables transformaciones, alteraciones y deformaciones del yo que acompañan en parte a las neurosis o pueden sustituirías parcialmente.

Ensayo de una dosificación cronológica. — Inclusive reconociendo el lugar especial que entre los métodos defensivos del yo otorgamos a la represión, tenemos la impresión, en lo que hace al resto de los mecanismos, que dentro de 1a misma noción incluimos una serie de fenómenos heterogéneos. Técnicas como el aislamiento y la anulación hallanse junto a procesos instintivos reales tales como la regresión, la conversión en lo contrario, la vuelta contra sí mismo. Unos son capaces de dominar grandes cantidades instintivas o afectivas, otros únicamente cantidades exiguas. Los motivos que determinan al yo a la elección de un señalado mecanismo son poco conocidos. Quizá la represión combare ante todo los deseos sexuales, al paso que otros métodos defensivos se emplean con la mayor eficacia frente a otras fuerzas instintivas, especialmente contra los impulsos agresivos. Tal vez los otros métodos defensivos sólo completan lo que la regresión ha dejado inconcluso o lo que retorna de las ideas prohibidas cuando fracasa, la represión[4]. Quizá la primera aparición de un particular método de defensa se asocia asimismo con una cierta tarea de dominación de los instintos, y desee luego, con una determinada fase del desarrollo infantil[5].
El mismo pasaje de *Inhibición, síntoma, y angustia* que he citado en varias ocasiones, condene igualmente una primera contestación a esta pregunta. Puede también suceder, en efecto, que el aparato anímico emplee antes de la precisa disociación del yo *y* el ello *y* de la formación de un superyó, métodos de defensa distintos de los que pone en práctica una vez alcanzadas estas fases de su organización[6]. En términos más explícitos significa: la represión exige un *yo* consciente; por consiguiente, en tanto el yo está confundido con el ello, carece de sentido hablar de represiones. De la misma manera, cabe suponer que los métodos de la retención o expulsión de una idea o de un afecto fuera de la proyección y de la introyección dependen de la separación entre en yo y el mundo exterior la expulsión de ciertos contenidos fuera del yo y su inclusión en el mundo externo únicamente podría reportar alivio una vez que el yo hubiese aprendido a no confundirse más con el mundo externo de otra parte, la introyección desde el mundo externo hacia el yo sólo adquiriría el efecto de un enriquecimiento del yo si previamente se ha definido qué pertenece al yo y qué al mundo externo pero la situación no es tan simple la génesis de la proyección y dé la introyección es mucho más oscura[7].
La sublimación, es decir, el desplazamiento de la dirección del objeto instintivo hacia

un valor social más elevado, presupone la aprobación o, por lo menos, el conocimiento de cales valores, la existencia del superyó la represión y la sublimación serían, pues, mecanismos defensivos que sólo podrían emplearse relativamente tarde, al paso que la situación cronológica que asignaríamos a -la proyección y a la introyección depende del punto de vista teórico adoptado. procesos como la regresión y la transformación en lo contrario dependen del criterio teórico sostenido procesos tales Como la regresión, la transformación en lo contrario y la vuelta contra si contra sí mismo probablemente sean independientes del grado estructural psíquico alcanzado, y tal vez son tan antiguos como los impulsos instintivos o, cuando menos, cuando menos tan antiguos como el conflicto entre los impulsos instintivos y cualquier impedimento en el camino de su satisfacción no nos sorprendería descubrir que los mencionados constituyan los mecanismos de defensa más primitivos empleados por el yo.

Pero este ensayo de clasificación cronológica se contradice con nuestra experiencia de que las primeras manifestaciones de la enfermedad neurótica en el niño pequeño, son síntomas histéricos acerca de cuya relación con la represión no existe duda. De otra parte, las manifestaciones del masoquismo verdadero —que estriba en la versión del instinto contra la propia persona— raramente hallanse en la temprana infancia. La introyección y la proyección —que nosotros colocaríamos en una época, ulterior a. la diferenciación del yo y del mundo externo— son considerados como los verdaderos procesos sobre los cuales se desarrolla La estructura del yo y sin los cuales nunca se produciría tal diferenciación. Esto demuestra que la cronología de los procesos psíquicos constituye uno de los más oscuros sectores de la teoría analítica. Buen ejemplo de esto lo cenemos en el tan discutido problema de cuándo se forma con exactitud el superyó. Una clasificación cronológica de los mecanismos de defensa compartiría, pues, todas las dudas e incertidumbres que en el análisis aun hoy día acompañan todo intento de- precisión cronológica. De ahí que acaso sea preferible abandonar tal ensayo de clasificación de los mecanismos y estudiar mejor las propias particularidades de las situaciones de defensa.

Capítulo V

ORIENTACION DE LOS PROCESOS DE DEFENSA SEGUN EL ORIGEN DE LA ANSIEDAD Y DEL PELIGRO

MOTIVOS DE LA DEFENSA CONTRA LOS INSTINTOS. *— Tres motivos de defensa contra ¡os instintos: a) Defensas motivadas por la angustia frente al superyó en las neurosis de adultos. Necesidad terapéutica de analizar el superyó. El superyó como fuente de '.oda neurosis y las esperanzas de prevención, Necesidad de que la educación evite la formación de un superyó excesivamente riguroso, b) Defensa instintiva de un superyó real u objetiva en la neurosis infantil papel secundario del superyó en las neurosis revelado por la neurosis infantil. Angustia de castración infantil y angustia de conciencia en el neurótico adulto. Fobia neurosis posesivas, histeria: y rasgos de carácter neurótico. Activación del proceso defensivo por temor y rasgos de carácter neurótico. Activación del proceso defensivo por temor al mundo externo o al superyó pruebas que esta, defensa brinda de la influencia del mundo externo esperanza de una proiifaxia de las neurosis, c) Defensa, instintiva por angustia frente al superyó o a la realidad. Activación del prininfantil y en la vida ulterior.* ***OTROS MOTIVOS DE LA***

DEFENSA INSTINTIVA, — *un motivo, más de defensa del yo en la vida ulterior. Comunidad de origen de los dos primeros motivos de angustia frente al superyó o a la realidad. Aclaración del principio de realidad y de las defensas.* ***LOS MOTIVOS DE LA DEFENSA CONTRA LOS AFECTOS-*** *Necesidad del yo de resguardarse de los afectos que acompañan al proceso instintivo. Combates entre el yo y el instinto. Técnicas infantiles primitivas para la defensa primaria gobernada por el principio del placer. — verificación* ***EN LA PRÁCTICA ANALÍTICA. —*** *Aparición de factores determinantes en la fragmentación analítica de un proceso defensivo.* ***CONSIDERACIONES PARA LA TERAPÉUTICA PSICOANALÍTICA. —****Puntos de ataques terapéuticos. La condición preliminar más favorable. Perspectivas de éxito. El método más simple. Necesidad de influir sobre la realidad. La educación y el análisis del niño. Reacción defectuosa de los casos de defensa contra las fuerzas instintivas.*

Los peligros instintivos contra, los cuales se defiende el yo son siempre los mismos, aunque los motivos por los que percibe una determinada irrupción como riesgosa, son referibles a diferentes causas.

MOTIVOS DE LA DEFENSA CONTRA LOS INSTINTOS

Defensas motivadas por la angustia frente al superyó en las neurosis del adulto — En el psicoanálisis conócense profundamente y desde hace mucho tiempo aquellas situaciones de defensa que constituyen la base de La neurosis del adulto. En este caso el proceso se desarrolla cuando un deseo instintivo pugna por introducirse en la conciencia y conseguir su gratificación con la ayuda del yo. Este no se opondría, pero el superyó protesta entonces el yo sometese a las más altas instancias de la personalidad y obedientemente emprende el combate contra el impulso instintivo, con todas las consecuencias que este implica. Es característico de este proceso el que el yo mismo no considera en absoluto peligroso el impulso que ha de combatir. El motivo que en esta, defensa acata no depende de él. El instinto es considerado como peligroso porque hallándose prohibido, su satisfacción, por el superyó, al alcanzarla se produciría evidentemente un conflicto entre el yo y el superyó. Por lo tanto, el yo del neurótico adulto teme al instinto porque teme al superyó. Su defensa instintiva nace bajo la presión de la angustia ante el superyó mientras nos atenemos a la defensa; instintiva; del neurótico adulto, mantenemos un muy elevado concepto del superyó, que aparece como autor de toda neurosis. el seria el aguafiestas que impide que toda conciliación entre yo e instinto en nombre de sus aspiraciones idealistas considera vedada la sexualidad y declara antisocial la agresión en una medida incomparable con la salud anímica el pierde su independencia, reduciéndose al mero ejecutor de los requerimientos del superyó, hostil contra el instinto y así capaz de placer. Tras el examen de esta situación defensiva de la neurosis idílica, nos vemos inducidos a dar en *la* terapéutica una gran atención al análisis del superyó. Una disminución o, como muchos dicen exageradamente, una abolición del superyó al determinar la modificación de una de las causas del conflicto neurótico debe de aliviar al yo, por lo menos en cierro aspecto. Esta misma concepción del superyó como raíz de toda perturbación neurótica, nos proporciona grandes esperanzas en punto a la prevención de las neurosis. Si ella se produce a consecuencia de un superyó severo en demasía, la educación, desde luego, habrá de evitar todo cuanto pueda contribuir a la formación de un superyó excesivamente estricto. Los métodos de educación internalizados en el desarrollo del niño, para constituir el superyó habrán de ser indulgentes; la figura de los padres, cuyo ejemplo se apropia el superyó por identificación, debe ofrecer al niño una imagen real de seres humanos, con sus debilidades, y una actitud tolerante hacia los instintos, en lugar de

representar un código moral de tan rígida severidad que en la práctica resulte difícilmente ejecutable. La agresividad del niño debe además hallar la oportunidad de expresarse en el mundo externo a fin de que no quede estancada y no se dirija hacia adentro, lo cual imprimiría características crueles al superyó. Si la educación realizara estos principios, los seres humanos así estructurados vivirían libres de angustia, elencos de neurosis, capaces de satisfacción, y no se verían ulteriormente atormentados por conflictos internos. Pero esta esperanza de extirpar toda neurosis de la vida humana no se realiza en la práctica educacional[1] y en cuanto damos el paso siguiente en la investigación analítica del problema, es objeto de esenciales refutaciones teóricas.

Defensa instintiva por la angustia, real u objetiva en la neurosis infantil— El estudio de la defensa, en la neurosis infantil[2] demuestra que el superyó no es un facto- indispensable en la formación de la neurosis. Así como el neurópata adulto -se defiende contra sus deseos sexuales y agresivos a fin de no entrar en conflicto con su superyó, del mismo modo el niño pequeño obra con sus impulsos instintivos con, miras de no transgredir las prohibiciones paternas. De una manera análoga, el yo del pequeño no combate el instinto por su propia voluntad; el motivo al cual obedece en la defensa no depende de él mismo. Considera peligroso el instinto porque su satisfacción le está vedada por los encargados de su educación la irrupción del instinto se sigue restricción castigo amenaza la angustia de castración suscita, en el pequeño idéntico efecto que la angustia de conciencia, en el neurótico adulto.

El yo del niño teme al instinto porque teme al mundo exterior y su defensa instintiva resulta de la presión ejercida por la angustia ante el mundo externo o angustia real u objetiva.
Al observar que el yo infantil impelido por la angustia objetiva produce las mismas fobias, neurosis obsesivas, histerias y rasgos de carácter neurótico que se dan en el adulto a consecuencia de la angustia del superyó, se ve, naturalmente, disminuida. Notamos que hemos atribuido al superyó lo que en rigor era imputable a la angustia del yo. El motivo u objeto que origina la angustia del yo parece ser indiferente en lo que toca a la formación de las neurosis. El punto crucial es que la angustia del —sea como temor ante el mundo externo o como temor al superyó— activa el proceso defensivo. El síntoma que como última consecuencia del proceso defensivo luego aflora en la conciencia, no nos permite distinguir el tipo de angustia del yo que lo ha producido originalmente.
El estudio de esta segunda situación defensiva —defensa instintiva por angustia objetiva — llévanos a aquilatar el alto valor de la influencia del mundo externo sobre el niño, y anima nuevas esperanzas en una eficaz profilaxis de las neurosis. Según esta concepción, el pequeño de nuestro tiempo estaría sometido a la angustia objetiva más de lo necesario. Los castigos temidos por él como réplica de su satisfacción instintiva prácticamente han desaparecido en su mayoría de nuestra cultura. No se emplea más la castración como expiación por los goces sexuales prohibidos, ni tampoco la mutilación punitiva a título de sanción de actos agresivos. Pero persiste aún en nuestros métodos educacionales cierta, lejana semejanza con aquellos castigos bárbaros de épocas primitivas, suficiente para reavivar oscuros temores y presentimientos que a modo de residuos han ido trasmitiéndose a través de la herencia. Algunos optimistas sostienen la posibilidad de evitar tales remotos presagios de amenazas de castración y medidas de violencia, que sí no se ejecutan en los métodos educacionales actuales refléjame por lo menos en el ademán y en el tono de la voz de los educadores. Esperaríase con ello que- finalmente podrían extirparse de nuestra educación estas formas arcaicas de la angustia basadas en aquellas antiguas formas de castigo. Lograda así la disminución de la

angustia objetiva infantil, estableceríase un cambio radical en las relaciones entre el yo y los instintos, y sería dable salvar definitivamente gran parte de las condiciones favorables al desarrollo de la neurosis.

Defensa, instintiva. Por la angustia frente a la fuerza del instinto. — Nuevas experiencias psicoanalíticas contribuyen aún a desbaratar las perspectivas fundadas en tina efectiva profilaxis de las neurosis. Por su misma naturaleza, el yo humano nunca es terreno apropiado para una total satisfacción instintiva; el yo sólo es amigo del instinto en tanto en el proceso de su - formación se ha diferenciado aún poco del ello. En cambio transformase en un terreno extraño al instinto en cuanto ha pasado- siguiendo su propio desarrollo - del proceso primario al secundario, del principio del placer al principio de la realidad según se ha descrito anteriormente. Siempre existe cierta, desconfianza del yo frente a las exigencias instintivas, apenas perceptible en condiciones normales e inadvertida, durante el combate mucho más tumultuoso que el superyó y el mundo externo entablan, en el terreno del yo contra los impulsos del ello. Cuando el yo se siente abandonado por aquellos altos poderes protectores, o cuando la reivindicación de los impulsos instintivos llegan a ser excesivos, tal silenciosa hostilidad contra el instinto aumenta hasta la angustia. "Ignoramos qué es lo que el yo tema del mundo exterior y de la libido del ello; sólo sabemos que es el sojuzgamiento o la destrucción, pero no podemos precisarlo analíticamente"[3]. ROBERT WAELDER lo designa como el "peligro de que la total organización del yo pueda ser destruida o sumergida"[4]. Esta angustia del yo ante la fuerza instintiva no opera como lo hemos descrito hasta ahora como angustia, ante el superyó y angustia objetiva moviliza los mecanismos de defensa contra el instinto, conduciendo a todos los conocidos efectos de la formación de neurosis y de características - neuróticas. Tal defensa contra los instintos, provocada por la angustia frente a las fuerzas instintivas puede estudiarse mejor en la vida infantil, donde la pedagogía y terapéutica analíticas se han esforzado en alejar los motivos de angustia objetiva y de angustia de conciencia que frecuentemente la oculta en la vida, ulterior es dable -observarla-, en plena actividad en cualquier circunstancia en que un súbito aumento de la energía entre las instancias anímicas, según suele ocurrir habitual y fisiológicamente durante la pubertad y el climaterio o - por modificaciones patológicas, como suceda en, los comienzos de los procesos psicóticos.

Otros motivos de la defensa instintiva. — A estos tres grandes fundamentos de defensa contra los instintos (defensa por angustia ante el superyó; por angustia objetiva y angustia ante la fuerza del instinto) agréganse los motivos que en la vida ulterior surgen de la necesidad del yo de lograr o mantener su síntesis. El yo adulto requiere una especie de armonía entre sus impulsos; de allí surgen todos los conflictos entre las tendencias opuestas, tales como la homosexualidad y la heterosexualidad, la pasividad y la actividad. etc. que Alexander ha descrito detalladamente[5]. En cuanto a prever cuál de los dos impulsos opuestos será rechazado o admitido, o a que compromiso llegarán, depende en los casos individuales de la magnitud de las cargas (catexias).

Los dos primeros motivos de angustia examinados hasta aquí (defensa por angustia frente al superyó y por angustia objetiva), pueden además referirse a un origen común. Si en estos casos pudiera lograrse la satisfacción instintiva no obstante las protestas del superyó o del mundo externo, produciríase en verdad un placer primario, pero secundariamente un displacer a consecuencia del sentimiento de culpa emanado del inconsciente y de los castigos infligidos por el mundo externo. La defensa contra la satisfacción instintiva activada por estos dos motivos, corresponde, desde luego, al principio de realidad, y tiene ante todo el designio de eludir este displacer secundario.

Los motivos de la defensa contra, los afectos. — Los mismos motivos ya conocidos por nosotros, que promueven al yo en su defensa instintiva son, también, sin transformación, el fundamento de los procesos defensivos contra el afecto. Doquiera se defienda el yo contra los impulsos instintivos por uno de los motivos precitados, estará obligado a guardarse también de los afectos que acompañan al proceso instintivo. Poco importa la naturaleza de los afectos en cuestión; el afecto puede ser agradable, doloroso, o amenazador con respecto al yo esto es indiferente, pues el yo nunca lo experimentará tal como es. Cuando el afecto se vincula con un proceso instintivo vedado; su destino hállase decidido de antemano el solo hecho de estar así asociado basta para, inducir al yo a adoptar una postura defensiva contra él.

En rigor, los motivos para la defensa afectiva previenen simplemente de los combates entre el yo y el instinto. Existe además otra relación más primitiva entre el yo y el afecto, sin equivalente en la que hemos examinado entre el yo y el instinto. Una satisfacción instintiva al principio invariablemente contiene algo de placer. Pero un afecto puede ser primariamente agradable o doloroso, según sea su naturaleza. Cuando el yo no tiene objeción alguna, que hacer contra, el proceso instintivo: cuando no tiene por este lado ningún motivo que le obligue a la defensa, contra el afecto, la posición del yo hacia este último se hallará entonces determinada exactamente por el principio del placer. Aceptará con gozo el afecto placentero y se defenderá contra el dolor. Pero en verdad, inclusive en el caso de la represión instintiva, en que la angustia y el sentimiento de culpa obligan a que se forme una defensa contra el afecto, podremos observar restos de esta elección según el principio del placer. El yo muéstrase tanto más dispuesto a, defenderse contra, los afectos asociados con impulsos sexuales prohibidos cuanto más penosos pudieran ser tales afectos, v. gr., del dolor la nostalgia, el duelo. De otro lado, el yo puede resistir una prohibición por cierto lapso en el caso de afectos positivos, simplemente por su carácter placentero y, ocasionalmente puede llegar a tolerarlos durante un corto tiempo cuando irrumpen repentinamente en la conciencia Esta simple defensa contra los afectos primariamente dolorosos corresponde también a la defensa contra estímulos primariamente dolorosos que afluyen al yo desde el mundo externo. Veremos luego que, para estas formas primitivas de defensa, nuevamente gobernadas por el principio del placer, el niño dispone de técnicas de índole aún más primitivas.

Verificación en la práctica analítica. — Los hechos laboriosamente reunidos y descritos en esta exposición teórica, son demostrables sin mayor dificultad, comprobándoselos prácticamente en el análisis de nuestros pacientes. Cuando deshacemos analíticamente un proceso defensivo encontramos los diferentes factores que han contribuido a su realización. Por la fuerza de la resistencia a nuestros empeños encaminados a resolver una represión, evaluamos durante el análisis la cantidad de energía empleada en el establecimiento de las represiones. De la misma, manera, cuando en el análisis tratamos de reintroducir este impulso en la conciencia, por el estado espiritual del paciente nos incautamos del motivo que ha conducido a la defensa contra un impulso instintivo, Cuando desbaratamos una defensa neurótica establecida bajo la presión del superyó, el analizado experimenta sentimientos de culpa, es decir, angustia ante el superyó. De otra parre, cuando anulamos la defensa establecida por el mundo externo, surge la angustia objetiva. Cuando en el análisis hacemos revivir en el niño afectos dolorosos reprimidos, resiente aquel mismo displacer que experimenta el yo y que le obligara a recurrir a los mecanismos de defensa; y, finalmente, cuando intervenimos en un proceso defensivo motivado por la angustia ante la fuerza de los instintos, ocurre exactamente lo que el yo querría evitar: que los derivados del ello hasta ese momento reprimidos penetren en el terreno del yo sin obstáculos.

Consideraciones para la terapéutica psicoanalítica. — Esta descripción de los procesos defensivos nos muestra al mismo tiempo y con toda nitidez los diversos y posibles puntos de ataques en la terapéutica analítica. Cuando el proceso analítico quiebra la defensa, obliga a los impulsos instintivos o a los afectos reprimidos a reingresar en la conciencia, para luego abandonar al yo y al superyó la tarea de ponerse de acuerdo con ellos sobre una mejor base. La condición preliminar más favorable a una feliz solución de los conflictos, encuéntrase ahí donde la defensa instintiva provenía de la angustia del superyó. En este caso el conflicto es genuinamente intrapsíquico y puede resolverse entre las diversas instancias, en especial si mediante el análisis de las identificaciones sobre las cuales el superyó está edificado y el análisis de la agresividad incorporada a su actividad, se torna más accesible a las reivindicaciones de la razón. La angustia del yo ante el superyó llega así a reducirse, desapareciendo los motivos que hacían necesarios los métodos defensivos acompañados de consecuencias patológicas.

La terapéutica analítica tiene grandes perspectivas de éxito, inclusive en el análisis infantil, donde la defensa ha sido motivada por la angustia, real u objetiva. Aun cuando esté menos de acuerdo con los principios del análisis, el método más simple para el analista consiste en que, una vez anulados los procesos defensivos en el psiquismo del niño, proceda a influir sobre la realidad, verbigracia, modificando la actitud de los educadores, a fin de que al disminuir la angustia objetiva, el yo del niño pueda asumir una actitud menos severa contra el instinto y requiera menos la defensa instintiva. En otros casos, durante el análisis se observa que las diversas angustias que han conducido a la defensa pertenecen a una situación real ya pasada. Aquí el yo reconoce que nada tiene que temer ante esta realidad. Compruébase con frecuencia que lo que carece ser angustia objetiva tiene su origen en una exagerada, imperfecta o falsa, noción de la realidad, basada en situaciones antiquísimas, que se dieron realmente, pero que ya no existen. El análisis desenmascara esta, "angustia objetiva" y la definirá como el producto de la fantasía contra la cual no es necesario ya instalar una defensa instintiva.

El anulamiento de una defensa erigida contra el afecto por el yo a objeto de evitar el displacer, exige una intervención complementaria del análisis, a fin, de que el resultado sea eficazmente permanente: el niño debe aprender a tolerar cantidades progresivamente mayores de displacer sin tener necesidad de apelar inmediatamente a sus mecanismos defensivos. Sin embargo, reconocemos que, teóricamente, es ésta una tarea que pertenece más a la educación del niño que al trabajo analítico.
Los estados patológicos basados, en una defensa contra la angustia a las fuerzas instintivas, reaccionan mal frente, a la labor analítica. El anulamiento de la defensa trae en tales casos un peligro para el yo sin que nos sea dable prestarle una ayuda inmediata. En el análisis siempre tranquilizamos al paciente que teme admitir los impulsos del ello en la conciencia, asegurándole que un impulso consciente es menos peligroso y más dominable que en su estado inconsciente. Pero esta situación defensiva por angustia frente a las fuerzas del instinto, es la única ante la que al análisis no le es posible mantener sus promesas. Este violento combate del yo contra la invasión del ello —como se observa por ejemplo en los accesos psicóticos—, es un problema fundamentalmente cuantitativo. En este combate, el yo sólo requiere un reforzamiento. En tanto el análisis puede reforzarlo tornando conscientes los contenidos inconscientes del ello ejercerá también efectos terapéuticos. Pero cuando al traer a la conciencia las actividades inconscientes del yo, el análisis descubre los procesos defensivos y los saca de actividad, provocará un debilitamiento del yo y un avance del proceso patológico.

B. EJEMPLOS DE DEFENSAS CONTRA EL DISPLACER Y LOS PELIGROS OBJETIVOS

(Etapas preliminares de la defensa.)

Capítulo VI
LA NEGACION EN LA DEFENSA

Función de los métodos de defensa. Los tres principales tipos de angustia (instintiva, objetiva y de conciencia) como motivación a que está expuesto el yo. Desarrollo histórico de la investigación analítica de los procesos defensivos: conflictos entre el yo y las instancias del yo (histeria, neurosis obsesiva, etc.); conflicto entre el yo y el superyó (melancolía); conflictos entre el yo y el mundo externo (fobia infantil a los animales). Negación del yo a aceptar una parte del ello en todas estas situaciones conflictuales. Las medidas de defensa la seguridad del yo y la evitación del displacer. El principio del placer en el yo del niño pequeño. Resistencia del infantil a las impresiones del mundo externo; su importancia en la formación del yo y del carácter: su significación no patógeno ejemplo clínico de proceso de defensa simultáneamente dirigidos hacia dentro y afuera: la fobia de Juanito a los animales, métodos utilizados. Ejemplos de fantasía de animales. La ambivalencia, frente al padre en la fantasía de animales. La inversión de la realidad tomo fuente del placer de los regalos y fantasías de animales. — Desplazamiento de la angustia frente al padre hacia los demás en los cuentos infantiles. Las fantasías y la insensibilización frente a un sector desagradable de la realidad. Restantes mecanismos defensivos contra los instintos y la formación de las neurosis. Normalidad de este mecanismo de defensa en el yo infantil; su valor sintomático en la vida ulterior. La fantasía, infantil y la ilusión psicótica. Capacidad del yo de negar la realidad y capacidad reconocerla y valoraría críticamente, pérdida por el yo de la posibilidad de compensarle mediante la fantasía. Su ocurrencia, en el período de latencia y la de formación del carácter. Su ocurrencia en la edad adulta y la producción de psicosis.

La totalidad de los métodos de defensa que ha descubierto el psicoanálisis hasta ahora, sirve exclusivamente para la lucha del yo con su vida instintiva. Hállanse motivados por los tres principales tipos de angustia a los que está expuesto el yo: la angustia instintiva,

la angustia objetiva y la angustia conciencia. También el simple conflicto originado en el combate entre impulsos instintivos contradictorios basta para movilizar los mecanismos de defensa.
La investigación analítica en torno a los problemas defensivos ha seguido el camino evolutivo siguiente su punto de partida son los conflictos entre el yo y los instintos del yo (histeria, neurosis obsesiva, etc.), llega al conflicto entre el yo y el superyó (melancolía) y de allí pasa a la observación de los conflictos entre el yo y el mundo externo (fobia infantil de los animales, en *Inhibición, síntoma y angustia).* En todas estas situaciones conflictuales el yo niégase a aceptar una parte del ello. La instancia que construye la defensa y las fuerzas contra la cual se dirige esa defensa, no cambian. Los factores que varían son los poderes bajo cuya presión el yo recurre a medidas defensivas. En último término, cada una de estas medidas de defensa sirven siempre para dar seguridad al yo y ahorrar el displacer.
Pero el yo no sólo protege del displacer de origen interno. En la misma temprana época en que aprende a conocer los peligrosos estímulos instintivos interiores, aprende a experimentar, el displacer originado en el mundo exterior. El yo hallase en estrecho contacto con este mundo exterior del cual toma sus objetos amorosos, extrayéndolos de las impresiones que su percepción registra y que su inteligencia elabora. Cuanto mayor importancia tenga este mundo como fuente de placer y campo de interés, tanto mayores serán las posibilidades de experimentar el displacer, El yo del pequeño niño vive aún según el principio del placer. Tarda mucho en acostumbrarse por la educación a soportar el displacer el displacer. En este período el individuo es todavía demasiado débil para oponerse activamente al mundo externo, para escudarse contra él por medio de sus fuerzas corporales y modificarlo con arreglo a su propia voluntad: en general el niño es físicamente harto débil; para emprender una huida, al paso que su encendimiento es demasiado limitado para comprender y someterse razonablemente a lo inevitable. En esta época de inmadurez a dominar el estímulo instintivo interno, el yo ensaya todo género de esfuerzos dirigidos a resguardarse contra el displacer procedente del exterior y los peligros objetivos que le amenazan.
El origen de las teorías psicoanalíticas basadas en la investigación de las neurosis, explica por qué la observación analítica ha apuntado fundamentalmente hacia el combate interno entre el instinto y el yo, cuya secuela son los síntomas neuróticos. El trabajo del yo infantil para evitar el displacer mediante la resistencia directa de las impresiones del mundo externo pertenece a la psicología normal. Sus efectos acaso sean muy significativos en la formación, del yo y del carácter, pera, no son patógenos. Cada vez que aluden a esta particular función del yo los trabajos de clínica psicoanalítica no parecen estimarla como objeto propio de su investigación, sino como un mero producto secundario de la observación.
Volvamos nuevamente a la fobia de Juanito a los animales, que nos brinda un ejemplo clínico de los procesos de defensa simultáneamente dirigidos hacia adentro y afuera. Sabemos[1] que la neurosis de este niño se basa, en los impulsos normales de su complejo de Edipo. El niño ama a la madre y por celos adopta una actitud agresiva contra el padre, actitud que debido a su amor cierno hacia este último entra secundariamente en conflicto. La agresión contra el padre suscita la angustia de castración, la cual es vivida como angustia objetiva y moviliza todo el aparato de la defensa instintiva. Los métodos utilizados por la neurosis de Juanito son: el desplazamiento (la, angustia ante el padre se desplaza hacia la angustia ante el animal) y la transformación de la amenaza contra el padre, en su contrario, en la angustia de ser amenazado por él. Una regresión hasta la fase oral, la idea, de ser mordido, viene a agregarse al cuadro para desfigurarlo por completo. Los mecanismos esgrimidos cumplen ajustadamente el propósito de la defensa

contra los instintos el amor, impulso libidinal prohibido hacia la madre y la agresión peligrosa contra el padre han desaparecido de un modo radical de la conciencia. La angustia de castración en relación con el padre hállase asociada con el síntoma de la angustia de los caballos; pero el ataque de angustia puede eludírselo merced ai mecanismo de la fobia, a la imposición de una inhibición neurótica: de renuncia a salir de casa.
La tarea en el análisis de Juanito consiste en desbaratar el trabajo de estos mecanismos de defensa. Los impulsos instintivos serán liberados de la deformación; la angustia será reconducida a su verdadero origen —del caballo al padre, referida a su propio objeto, disminuida, y finalmente reconocida, como irreal. Entonces la ligazón amorosa con la madre podrá revivirse, adentrarse un poco más en la conciencia; pues desaparecida la angustia de castración, el sentimiento hacia la madre queda libre de toda idea de peligro. Además, una vez liquidada la angustia de castración, tórnase innecesaria, la tensión que ella imponía, y una vez más la Libido podrí volver a su desarrollo hacia el nivel físico. Por consiguiente, la neurosis del niño está curada.
Tales son las vicisitudes de los procesos defensivos que se dirigían contra la vida instintiva pero Juanito permaneció algún tiempo perturbado, aun después del restablecimiento de su vida instintiva normal mediante las interpretaciones analíticas. El mundo externo constantemente enfrentábale con dos factores objetivos con los cuales todavía no podía reconciliarse. Su propio cuerpo —ante todo su órgano genital— era naturalmente más pequeño que el de su padre lo cual conferíale a este último un carácter de rival invencible. Estos motivos reales, objetivos, constituíanse en motivo se vinculaban también con la madre y la hermana, a las que envidiaba por el placer que compartían durante los afectos corporales que la madre prodigaba a la hija, al paso que él se constreñía a desempeñar el simple papel de espectador. Difícilmente podríamos esperar que un niño de cinco años poseyera un entendimiento lo bastante consciente y razonable como para aceptar frustraciones objetivas y dejarse consolar con promesas de posible satisfacción en un futuro muy lejano, o en todo caso aceptando este displacer, del mismo modo como finalmente había admitido los hechos de su vida instintiva infantil una vez que los hubo elaborado conscientemente por el análisis.
Esta exposición pormenorizada de la historia de Juanito en el "Análisis de un niño de cinco años", ofrécenos en rigor otros informes sobre el destino de estas dos frustraciones objetivas. Al final de su análisis, Juanito relata dos ensueños diurnos: la fantasía de atender *y* limpiar muchos niños en el baño y luego la fantasía de un plomero que le saca las asentaderas y el pene con unas pinzas para, darle otros más grandes y mejores. El analista, que era el padre de Juanito, fácilmente reconoció en estas fantasías el cumplimiento de dos deseos que nunca habían sido realizados objetivamente. Juanito posee, al menos imaginativamente, un órgano genital como el del padre, y niños con los cuales le es dable hacer lo que la madre con su hermanita.
Con estas nuevas realizaciones imaginativas, Juanito —cuyo síntoma de la agorafobia había desaparecido ya antes de estas fantasías—, recuperó finalmente su buen humor. Las fantasías ayudábanle a reconciliarse con la realidad, así como mediante su neurosis había logrado ponerse de acuerdo con sus impulsos instintivos, sin que en ello de nada le sirviese la aceptación consciente de lo irreparable.
Juanito niega la realidad por medio de su fantasía, la transforma según sus particulares designios y sus propios deseos y sólo entonces le es posible aceptarla.
Del examen de los procesos defensivos en el análisis de Juanito parece resultar que el destino de su neurosis hallábase determinado desde el momento en que desplazó su agresión y angustia del padre hacia el caballo. Pero esta impresión nos engaña. Tal sustitución de un objeto humano por uno animal no es, en sí mismo, un proceso

neurótico: puede darse frecuentemente en el desarrollo normal del niño y cuando se produce es susceptible de conducir a los más diversos "resultados. Por, ejemplo, un niño de siete años analizado por mí... solía divertirse con la siguiente fantasía: él poseía un león manso; el león espantaba a todos y sólo a él quería; obedecíale a la palabra y lo seguía, a todas partes como un falderillo. Atendía al león, cuidaba de su comodidad y alimento y de noche preparábale un lecho en su propio dormitorio. Como es habitual en los ensueños diurnos, a continuación se desarrollaban numerosos episodios agradables en torna a esta fantasía básica. En cierro ensueño diurno, verbigracia, el niño concurre a una fiesta de disfraces y divulga que el león que trae consigo no es sino un amigo disfrazado. Pero esta noticia es falsa, pues el amigo disfrazado es un verdadero león. Goza al imaginar el espanto de la gente si adivinar su secreto. Al propio tiempo percibe que su angustia es infundada; el león es inofensivo mientras lo tiene bajo su dominio.
A través del análisis del niño fácil me resultó descubrir que este león es un sustituto del padre, a quien —como Juanito— odia y teme como un verdadero rival en relación con su madre. La Transformación de la agresión en angustia y el desplazamiento del padre hacia el animal transcurren de la misma manera en ambos niños. Pero más tarde divergen los caminos seguidos en la elaboración de los afectos. Juanito configura su neurosis sobre la base de la angustia frente al caballo: imponese la renuncia a sus deseos instintivos, internaliza todo el conflicto y valiéndose de un mecanismo de fobia rehuye todas las situaciones de tentación. Mi paciente se las arregla mejor. Niega simplemente (al igual que Juanito en la fantasía del plomero) un hecho doloroso de la realidad y lo convierte —como en la fantasía del león— en su opuesto agradable, el se hace amigo del animal productor de angustia, cuyas fuerzas ahora sirven al niño en lugar de asustarle. Y en los episodios imaginados sólo la angustia de la gente descubre aún el primitivo significado del león como objeto de angustia[2].

Agregaré aquí otra fantasía de animales, de un niño de diez años. En cierta época de la vida de este niño los animales desempeñaron un papel de suma importancia. El ensueño diurno en torno a esto llevábale gran parte de su tiempo, y aun posee recuerdos escritos relativos a estos episodios imaginarios. En tales fantasías es el dueño de un importante circo y al par domador de fieras. Bajo su dirección, los animales salvajes que en libertad serían los más mortales enemigos, conviven pacíficamente. El los doma, es decir, les enseña a cuidarse recíprocamente, a no agredirse y luego a que no ataquen tampoco a los seres humanos. En este adiestramiento jamás usa el látigo anda desarmado entre los animales.
El elemento central de todos estos episodios de animales se encuentra en La siguiente historia: un día durante la función del circo que reunía todos las animales, un ladrón que se encontraba entre el público, repentinamente disparo un tiro de pistola contra el domador inmediatamente se unieron todos los animales para protegerle; y con mucho cuidado de no lastimar a ninguna- persona, sacaron al ladrón de entre la muchedumbre. La fantasía se refiere luego a cómo los animales —siempre por amor a su dueño— castigan al ladrón lo encarcelan, lo encierran y erigen triunfalmente sobre él una gigantesca torre construida con sus propios cuerpos. Luego se lo llevan a su madriguera, donde deberá permanecer tres años. Aun en el momento de su liberación final, una larga fila de elefantes le pega con sus trompas, y al término de ella se le advierte y amenaza con un dedo levantado (!) "de que no volverá a hacerlo más". El ladrón promete "que no volverá a hacerlo más mientras yo esté con mis animales". Una notable observación final asegura aún, que después de la descripción de codo cuanto el ladrón debió soportar de los animales, estos le alimentaron bien durante su cautiverio, de modo que no había perdido fuerzas.

La elaboración de la actitud ambivalente hacia el padre por medio de la fantasía de animales, expresada simplemente en el niño de siete años en su fantasía del león, es considerablemente sobrepasada en esta fantasía circense. También aquí, por conversión en la fantasía, el temido padre de la realidad transfórmase en los animales protectores. Pero el mismo objeto peligroso paterno reaparece una vez más en la forma del ladrón. En la historia del león no se precisa con certeza contra quien será en verdad empleada La protección del suscrito: la posesión del bien simplemente acrece la importancia del niño ante la consideración general de los demás. Pero en la fantasía del circo acusábase con suficiente claridad que el poder paterno desplazado a los animales sirve como amparo contra el mismo padre. La acentuación del anterior carácter salvaje de los animales denuncia, una vez más que en el pasado fueron vistos como antiguos complejos de angustia. Es evidente que sus fuerzas y habilidad, así como sus trompas y el dedo admonitorio pertenecen en la realidad al padre. El niño en la fantasía sustrae al padre estos valiosos atributos para adjudicárselos a sí mismo y de esta suerte vencerlo. La fantasía invierte, pues, los papeles. Se le exigirá al padre que "no lo vuelva a hacer más", *y* ha de pedir perdón. Es sorprendente que la promesa de seguridad que, obligado por los animales, finalmente el padre hace al niño, queda condicionada por la posesión de éstos. En el detalle último de la alimentación del ladrón aparece triunfante el otro aspecto de la ambivalencia frente al padre. Es visible que el soñador diurno debe tranquilizarse de que no obstante toda su agresividad nada hay que temer por la vida del padre.

Los temas empleados por ambos niños en los sueños diurnos descritos, no constituyen un fenómeno particularmente individual, pues se los encuentra muy a menudo en las fábulas *y* en la literatura infantil[3]. En este punto, recuerdo la "historia del cazador *y* de los animales", la que suele hallarse en los cuentos infantiles *y* en otras narraciones extraídas del folklore: a causa de una falta trivial, un cazador fue injustamente despedido por el rey malo, que desalojándolo de la casa, lo expulsó a la selva. Llegado el momento de marcharse, el cazador, muy disgustado y triste, pasea, una vez más por el bosque. Allí se topa sucesivamente con un león, un tigre, una pantera, un oso, etcétera, y cada vez que apunta para matar al animal éste, ante su gran asombro, empieza a hablar y le ruega le perdone la vida. ("Querido cazador, déjame vivir, y yo te daré en cambio dos cachorros".) En cada oportunidad el cazador acepta, el trato y sigue su camino con los cachorros obtenidos. De esta manera reúne un numeroso séquito de jóvenes animales salvajes, y advertido de la fuerza de su ejército, dirígese a la ciudad, hacia el palacio real. Asustado ante la amenaza de que el cazador pudiera desencadenar, contra él la salvaje ferocidad de los animales, el rey le da satisfacción, e impelido por la angustia-cédele además la mitad de su reino y le ofrece a su hija por esposa.

En el cazador del cuento no es difícil reconocer la figura del hijo en conflicto con el padre. El combate entre ambos decídese aquí por un peculiar rodeo. El cazador renuncia a vengarse en el gran animal salvaje —primer sustituto del padre y por ello recibe los cachorros, que personifican las fuerzas del animal Coa estas nuevas energías, que ahora le pertenecen, vence al padre obligándole además a ofrecerle una mujer. También aquí la fantasía convierte la situación real en su contrario. Un hijo fuerte enfrenta al padre, quien, a la vista de su potencia, tórnase débil, transige y termina por acceder a todos sus deseos. Los universales cuentos infantiles utilizan los mismos métodos que los de la fantasía circense de mi paciente.

Además de las historias de animales, en la Literatura infantil hallamos episodios equivalentes de la fantasía del león descrita. Entre los numerosos libros para niños,

acaso se destaque con mayor relieve (en las historias del pequeño Lord Fauntleroy[4] y del Little Colonel[5]) la figura de un pequeño, niño o niña, que contra cuanto era de esperar, es capaz de "domar" a un hombre viejo, malo, poderoso o rico, temido por todo el mundo. Como único medio de captarse sus sentimientos, el niño logra hacerse querer por el hombre, aunque este odie a los demás mortales sin excepción. Este hombre viejo, hasta, entonces indómito e indomable, déjase finalmente dominar y dirigir por el pequeño, quien lo induce a realizar todo género de buenas acciones para coa sus semejantes.

El carácter placentero de estos relatos, así como el de las fantasías animales, resulta de una total inversión de la realidad. El niño no solo aparece como el poseedor y dominador de la potente figura paterna, (el león), elevándose así por encima del resto de los hombres, sino que al par se constituye también en el educador que poco a poco transforma lo malo en bueno. Recordaremos además que el león de la primera fantasía referida fue educado a fin de que no atacase a los hombres, y que en la segunda los animales del director del circo ante todo debían aprender a gobernar su agresividad contra ellos y contra los hombres. En estos cuentos infantiles la angustia ante el padre tiene el mismo destino que en las fantasías de animales: se somete a un análogo mecanismo de desplazamiento hacia, los demás, pero traiciónase en la angustia ajena que el niño calma, si bien esta ansiedad sustitutiva representa una fuente de placer adicional.

El metodo utilizado para evitar la angustia y el displacer objetivos que hemos descubierto en las dos fantasías de Juanito y en las fantasías de animales de mi enfermo, es muv simple. El yo del niño alégase a aceptar una parte desagradable de la realidad. Se aleja ante todo de la realidad, la rechaza y sustituye aquel aspecto indeseado por la fantasía de la situación inversa. Así el padre malo conviértese en la fantasía en el animal protector, en tanto el débil niño será el dominador de los poderosos sustitutos paternos; Lograda esta transformación, y una vez que mediante la elaboración de estas fantasías el niño se ha insensibilizado a ese sector desagradable de la realidad, el yo se salva del desarrollo de la angustia, y con esto de los restantes mecanismos defensivos contra, los instintos y la formación de neurosis.

Este mecanismo de defensa pertenece a una fase, normal del desenvolvimiento del yo infantil. Pero si la encontramos en la vida ulterior, será indicio de un grado avanzado de enfermedad psíquica. En ciertos episodios agudos de confusión psicótica el yo del individuo no se comporta de otra manera frente a la realidad. Bajo los efectos de un shock —como, verbigracia, la impresión de una súbita pérdida de un objeto de amor— niega el hecho real y sustituye algún aspecto de la realidad insoportable por una ilusión de algo deseado.

Confrontando la formación de la fantasía infantil y la ilusión psicótica, empezaremos a comprender por qué el yo humano no puede usufructuar más ampliamente este mecanismo tan simple y al propio tiempo de tantísima eficacia, de negar las fuentes objetivas de displacer y de angustia la capacidad del yo de negar la realidad, hállase en radical contradicción con otra función muy apreciada por él: la capacidad de reconocer a realidad y valorarla críticamente. En la primera infancia esta contradicción no opera aún como trastorno. En Juanito, en el dueño de león y en el director del circo, la función de examen de la realidad consérvase intacta por completo. Desde luego no creen en la real existencia de sus animales o en su preponderancia sobre el padre. En lo intelectual es perfectamente hacedera la distinción entre fantasía y realidad; pero en su vida

afectiva el hecho penoso hállase desvalorizado y la fantasía opositora está sobrecargada, de suerte que el placer obtenido en la imaginación puede triunfar sobre el displacer objetivo.

Difícil es precisar cuándo pierde el yo esa posibilidad de compensar grandes cantidades de displacer objetivo mediante la fantasía. Es sabido que también en la vida adulta el ensueño diurno todavía suele desempeñar un papel, sea ampliando los límites de una realidad harto estrecha, sea trocando una situación real por otra imaginaria. Pero, en la edad adulta el ensueño diurno no es mucho más que un producto secundario de naturaleza, lúcida, de escasa carga libidinal, que a lo sumo puede dominar muy pequeñas cantidades de malestar o engañar al individuo suministrándole el alivio ilusorio de un menor displacer. Su importancia originaria como defensa contra la angustia, objetiva parece perderse ya hacia el fin del primer período de la infancia. En este respecto suponemos que la función del examen de la realidad se ve objetivamente reforzada, de modo que aún es dable mantenerse dentro de la esfera de la vida afectiva. En la vida ulterior, la necesidad de síntesis, prevaleciente en el yo, impide en general la coexistencia de los opuestos; y también, tal vez en la edad adulta la anexión del *yo* maduro con la realidad sea más enérgico que la de *yo* infantil, de modo que la fantasía pierde aquel elevado valor, característico de los primeros años. De todos modos, es exacto que, con la adultez.

la satisfacción en la fantasía se ve desprovista de su candor; que fantasía *y* realidad resultan incomparables en cuanto se trata de catexias considerablemente mayores; que necesita resolver entre una y otra, y que la gratificación mediante imágenes alucinatorias de un impulso que irrumpe en el yo, representa en el adulto el camino que lleva a la neurosis. Un yo que procura ahorrarse angustia, agota este mecanismo al renunciar al instinto y evitar la neurosis por medio de la negación de la realidad. Si ocurre en el período de latencia, sobrevendrá —como en el caso de los dos niños cuya historia he referido— una deformación del carácter. Si sucede en la edad adulta, las conexiones del yo con la realidad se verán profundamente perturbadas. En el presente es imposible decir qué ocurre en el yo del adulto cuando elige la satisfacción ilusoria y abandona la función del examen de la realidad. Se aleja del mundo exterior y, en especial, deja de registrar los estímulos externos. En la vida instintiva tal insensibilidad a los estímulos internos sólo puede adquirirse por el mecanismo de represión.

Capítulo VII
LA NEGACION EN ACTOS Y PALABRAS

Libertad del yo infantil de negar la realidad displacentera. Su valor de motivación básica de los juegos infantiles: el juego al teatro. Su fomento en la vida diaria. Suevo fun-damento teórico para mediar en la discrepancia entre los criterios de la pedagogía infantil. ¿En que medida la educación debe procurar la asimilación del niño a la realidad y hasta dónde permitir la fuga en la fantasía? Condiciones bajo las cuales los adultos aceptan la negación infantil de una realidad dolorosa y tu transformación en la opuesta. El justo límite entre juego y obsesión. Juego al "papá'" de un niño de siete años. Prehistoria de un paciente infantil. Restricciones a que se sujeta esta técnica defensiva. Condiciones externas de la aplicabilidad de este mecanismo defensivo. El mundo extenso como factor decisivo del destino del proceso angustioso y la formación de una neurosis. Peligros de un programa de prevención de las neurosis infantiles basado sobre la indulgencia para con las negaciones de la realidad. Deformaciones, extravagancias y singularidades del yo que ocasiona el empleo excesivo de este mecanismo.

Durante varios años el yo infantil retiene la libertad de negar cuanto le produzca displacer en la realidad, conservando intacto su juicio acerca de la misma. Utiliza esta, posibilidad de la manera más amplia a la que n0 constriñe en forma exclusiva a la esfera, de- las puras ideas y fantasías; pues no sólo piensa, también actúa. En la dramatización e inversión de las situaciones de la realidad o cera con los más diversos objetos del mundo exterior. Naturalmente, la negación de la realidad igualmente constituye una de las tantas motivaciones básicas de los juegos infantiles en general y en particular del juego tan común e infantil al teatro.

En este punto cabe recordar un pequeño libro de versos de un escritor inglés, que con mucho ingenio describe esta yuxtaposición de fantasía y realidad en la vida de su pequeño héroe ("When we were very joung", de A. A. Milne). En el cuarto de juegos de este amo, de tres años de edad, hay cuatro sillas. Sentado sobre !a primera, el niño es un aventurero, que navega de noche aguas arriba por el Amazonas; sobre la segunda, es un león rugiente que asusta a la niñera; sobre la tercera, un capitán que gobierna su barco en el mar; sobre la cuarta —una sillita alta para pequeños—, el protagonista trata, de imaginarse que sólo es el mismo, un pequeño niño. Fácil es adivinar lo que el autor quiso expresar los elementos que intervienen en la construcción de este grato mundo fantástico están al alcance del niño, quien únicamente debe recogerlos y elaborarlos en la modificación imaginativa de los hechos de la realidad.

Es curioso observar la disposición de los adultos a aplicar estos mecanismos en sus relaciones con los niños. Gran parte del placer que en general el adulto procura al niño resulta de su cooperación en tales negaciones de la realidad. En la vida diaria suele halagarse al pequeño diciéndole "qué grande eres" y afirmando contra toda evidencia que es fuerte "como el padre", hábil "como la madre", y valiente "como un soldado", resistente "como el hermano mayor". Es comprensible que el adulto se sirva de tales transmutaciones de la realidad para consolar al niño. Así sucede cuando a un niño que se ha lastimado se le asegura que la herida "no duele más", o que los platos que le repugnan "tienen rico gusto", y si está afligido porque alguien se ha ido, que "volverá en seguida". Muchos niños inclusive recogen ulterior mente esas fórmulas de consuelo y las aplican de una manera estereotipada a fin de expresar algo doloroso. Por ejemplo, cada vez que la madre desaparecía de la habitación, una niñita de dos años reaccionaba con un mecánico murmullo: "mamá vuelve en seguida". Otro niño (inglés) cada vez que se le presentaba algún remedio de mal gusto, solía exclamar con una voz lastimosa: "like it, like it"[1], residuo de una expresión que empleaba, su niñera para persuadirlo de que las gotas tenían sabor agradable.

También muchos de los regalos que se hace a los niños obran, en idéntico senado. Una cartera, sombrilla, o paraguas pequeños servirán luego para hacerle vivir a la niña la ficción de "ser una señorita". Un bastón, un uniforme y todo tipo de equipos ayudanle al niño a representar su masculinidad. Finalmente, además de sus diversas utilidades para otros fines, las muñecas brindan igualmente la ilusión de la maternidad, así como los tranvías, automóviles y cajas de construcciones no sólo sirven de medios para la realización de múltiples deseos *y* ofrecen posibilidades de sublimación, sino que al par acicatean la grata fantasía de dominación del mundo. Esto nos conduce desde la investigación de los procesos defensivos y de elusion propiamente dichos hasta, el estudio de las condiciones del juego infantil —objeto de minuciosa, discusión en el campo de la psicología académica. Enfocado desde diversos ángulos, el - conflicto planteado y aún irresuelto entre los varios métodos de educación infantil (FROEBEL contra Montessorí) puede hallar ahora, un nuevo fundamento teórico.

El problema en discusión es el de precisar en qué medida la educación de un niño debe dirigir todo su esfuerzo a partir de su más tierna infancia, induciéndole únicamente en el

sentido de la asimilación de la realidad, o hasta dónde es permisible estimular su huida de ella auxiliándole en la elaboración de su mundo de fantasía.
Cuando los adultos aceptan a voluntad que el niño niegue una realidad dolorosa, transformándola ficticiamente en la opuesta, lo hacen respetando en todos los casos ciertas estrictas condiciones. Esperase del niño que conserve la representación de su mundo de fantasía dentro de señalados límites. Así, por ejemplo, un niño que poco antes jugaba al caballo o al elefante, relinchando o resoplando en cuatro patas, debe estar listo para sentarse a la mesa con tranquilidad y observar maneras. El domador de leones debe estar dispuesto a someterse de nuevo a su niñera; el explorador o pirata debe admitir que se le mande en el justo momento en que acaso emprendía su más interesante aventura en el mundo de los adultos. La benevolente actitud del adulto frente al mecanismo de negación infantil, cesa en el mismo instante en que la transición de la fantasía a la realidad no se ejecuta con facilidad y oportunidad, como, verbigracia, cuando de sus fantasías el niño quiere derivar consecuencias para su comportamiento actual, o, dicho con exactitud en "él" mismo instante en que la actividad de la fantasía infantil deja de ser un juego para convertirse en automatismo o en obsesión.

Por ejemplo, una niñita que tuve ocasión de observar, no se resignaba a aceptar la diferencia de los sexos. Tenía un hermano mayor y otro menor, y su comparación con ellos era fuente de un constante y atormentador displacer que de algún modo la impelía a defenderse o a elaborarlo. En este sentido el exhibicionismo desempeñaba un importante papel en el desarrollo de su vida instintiva. Es así como su envidia y afán de tener un pene, se expresó en el anhelo de que ella también querría poseer algo que mostrar, como sus hermanos. De conformidad con lo que sabemos de otros desarrollos infantiles, la niña disponía de varios recursos para lograr la realización de este deseo. Esa necesidad de mostrar algo pudo —verbigracia— haberla desplazado de los genitales al resto de su lindo cuerpo; pudo haber desarrollado un interés por los vestidos hermosos, tornándose "coqueta" o, por el contrario, haber buscado descollar en pruebas acrobáticas o de gimnasia, sustituyendo así las posibilidades del pene de los hermanos, etcétera. En rigor, escogió un medio más expeditivo aún. Negó la propia falta del pene —ahorrándose de esta manera La necesidad ¿e crearse un sustituto—. y a partir de ese momento sufrió la exigencia obsesiva de mostrar el órgano inexistente. Esta compulsión expresábase físicamente por la necesidad ocasional de alzar su falda para exhibirse. Con ello vendría a decir: "¡miren que cosa linda tengo!" En toda coyuntura de la vida diaria, solía llamar a la gente para que viniera y admirara algo que en realidad no existía[2]. Por ejemplo: "¡ven a mirar cuántos huevos han puesto las gallinas!"; "mira, aquí está el coche que trae al tío!" Naturalmente, ni las gallinas habían puesto huevos ni tampoco había llegado el coche que se aguardaba. En un principio, los adultos acogían estas bromas con risas y agasajos; pero en sus hermanos desencadenaba mares de lágrimas al provocar así repetidas y frecuentes desilusiones. Podríamos decir que su conducía manteníase aún en el justo límite entre juego y obsesión.

Este proceso lo percibimos de una manera todavía más aparente en un niño de siete años —el domador de leones del último capítulo. Según lo demostró su análisis, con sus fantasías no solamente quería compensar los rasgos de displacer y de malestar; de esta manera trataba asimismo de vencer su violencia angustia de castración. El hábito de negar la realidad fue acrecentándose hasta el punto de que ya no le era posible al niño acomodarse a la necesidad de transformar todo objeto temible del mundo exterior en un amigo protector o sumiso. Avanzó en sus tentativas con mayor energía y procedió a desvalorizar cada vez más todo cuanto le inspiraba angustia. Así todo lo que produce

angustia se trueca en un objeto ridículo como el mundo entero le causa angustia, el mundo entero mueve a risa. A La presión de su angustia de castración, replica con un permanente tono jocoso. Esta actitud, que en un comienzo no pasaba de ser un rasgo juguetón, dejó luego entrever su carácter obsesivo, ya que sólo mediante bromas podía librarse de la angustia y toda tentativa suya de acercarse con seriedad al mundo exterior debía pagarla con un ataque de ansiedad.

No consideramos anormal la figura del pequeño "hombrecito", que con el sombrero y el bastón del padre quiere aparecer como un adulto grande, y que juega al "papá". Más bien nos es una figura bien familiar. Un comportamiento de este tipo me fue dable rastrear en la prehistoria de uno de mis pacientes infantiles, que cada vez que veía un hombre grande y fuerte padecía un intenso mal humor. Se ponía el sombrero del padre y comenzaba a pasearse, y en tanto nadie le molestara en este juego, sentíase contento y feliz. Esa misma, conducta, se repitió durante unas vacaciones enteras con una mochila asegurada a sus espaldas. La única diferencia entre este niño y el pequeño "hombre", estriba en que mi pequeño enfermo tomaba su juego en serio, pues cada vez que en la casa se le obligaba a sacarse el sombrero al sentarse a la mesa o al ir a dormir, reaccionaba con intranquilidad y mal humor.

Lo que inició con el sombrero del padre desplazóse luego a una gorra de visera que le habían regalado y que aparentaba ser de persona mayor. A todas panes llevaba su gorra, y cuando no se le permitía ponérsela, apretábala convulsivamente entre sus manos. Sin embargo, la constantemente renovada experiencia de que algunas veces las manos han de servir también para otros fines, llevóle a buscar ansiosamente un lugar donde colocar su gorra, y fue así como descubrió la posibilidad que a tal fin ofrecíale la bragueta. Con súbita decisión empujo la gorra dentro de la abertura de sus pantalones, quedó con las manos libres, y con gran alivio verificó que en adelante no tendría necesidad de desprenderse de ella. Manifiestamente, la gorra alcanzó el lugar que desde un principio le correspondía en virtud de su significación simbólica: el de más inmediata proximidad a los genitales.

Hasta aquí, a falta de una palacra más adecuada, he venido describiendo reiteradas veces la conducta de estos niños como obsesiva. Y, en verdad, para un observador superficial exhibe una gran semejanza con los síntomas de neurosis obsesiva. Más si se las examina con mayor detenimiento, efectivamente se aprecia que no se trata de acciones obsesivas en el sentido propio y verdadero del término. Su estructura no corresponde, en modo alguno, a lo que consideramos característico de la elaboración del síntoma neurótico en general. Es cierto que, como comienzo del proceso que lleva a la producción de los actos infantiles en cuestión, así como a la formación de los síntomas neuróticos, acaso exista siempre una frustración real o una desilusión; más, en el caso del niño, el conflicto así originado no será internalizado, sino que, por decirlo de este modo, permanecerá adherido al mundo externo. Los métodos de defensa que el yo llama en su auxilio no se dirigen contra la vida instintiva, sino directamente contra el mundo exterior que los frustra o amenaza. En la misma forma que en el conflicto neurótico la percepción de un estímulo instintivo prohibido hará que éste sea desviado o defendido por la represión, así mediante la negación, el yo infantil se opone a incautarse de alguna penosa impresión del mundo exterior. El síntoma neurótico es expresión de un proceso defensivo dirigido contra un peligro subjetivo o interno. La negación infantil lo es de un proceso de defensa orientado contra un motivo de displacer externo u objetivo.

En la neurosis obsesiva la represión estará asegurada por una formación reactiva que contiene el reverso del impulso instintivo reprimido (compasión en vez de crueldad; vergüenza en vez de exhibicionismo); similarmente, en las situaciones infantiles descritas, la negación se completará y sostendrá, por medio de las fantasía de la palabra o de actos de conducta con los que el niño invierte o transmuta los hechos de la realidad. La formación reactiva del neurótico obsesivo exige para su mantenimiento un permanente desgaste de energía, que conocemos por contracarga (contracatexia). También para el mantenimiento y dramatización de las fantasías agradables se requiere un continuo desgaste del yo del niño. Los hermanos de la niñita cuya historia referí más arriba, ostentaban constantemente ante ella su masculinidad:
a esto respondió con actitudes incesantes de autoseguridad, que significaban: ***"yo*** también tengo algo que mostrar". Haciendo de esos objetos un testimonio palpable de su propia - masculinidad, el niño de la gorra oponía ininterrumpidamente un sombrero, una gorra o una mochila a los hombres de su derredor que en todo momento acuciaban su envidia. Cada vez que un factor externo interfiera el desarrollo de estos tipos de conducta, se producirá idéntico resultado al que provoca un impedimento externo de las actividades en verdad obsesivas. Se perturba el equilibrio penosamente logrado entre lo defendido y la defensa; el estimulo externo o el estimulo instintivo reprimido consigue: introducirse en la conciencia ***y*** promover sentimientos de angustia ***y*** de displacer en el ***yo.***
La técnica defensiva de la negación por la palabra y los actos está sujeta, en cuanto a su empleo temporal, a las mismas restricciones que la negación en la fantasía a que me referí en el capítulo precedente[3]. Sólo es empleable en tanto pueda coexistir con la función de examen de la realidad, sin perturbarla. Con las condiciones de la organización de un ***yo*** adulto unificado por su capacidad de síntesis, desaparece, y resurge cuando las relaciones con la realidad han sufrido grave conmoción y se ha suspendido el examen de la misma. Por ejemplo, en la representación delirante de la psicosis un tronco de madera sirve para significar un objeto que el paciente ha deseado o perdido, de idéntica manera a como en la infancia se utilizan cosas similares para re talismán del neurótico obsesivo. Más no me arriesgo a decir si la posesión del mismo —al cual esos enfermos se aferran tan convulsivamente— representa, la protección contra impulsos internos, contra amenazadores poderes externos o si en una sola se han reunido las dos funciones de defensa.
El método de la negación en la palabra y actos sujetase a una restricción ulterior más amplia aún que la de la negación en la fantasía. En tanto no las comunica a nadie, en sus fantasías el niño es dueño absoluto; lo exterior no tiene motivo ni oportunidad para inmiscuirse. Por el contrario, la dramatización de la fantasía en palabras y actos exige su cumplimiento en el mundo externo. Por consiguiente, la tolerancia del mundo externo para con tales dramatizaciones infantiles constituye la condición externa imprescindible para la aplicabilidad del mecanismo defensivo, así como el grado de compatibilidad con la función del examen de la realidad en su condición interna. En el niño de la gorra —por ejemplo—, el éxito de sus tentativas de defensa depende enteramente del permiso de los adultos para quedarse a cubierto adentro de la casa, en la escuela o en el jardín de infantes. De otra parte, el juicio del mundo externo acerca de la normalidad o anormalidad de tales mecanismos de defensa no se condiciona por la estructura interna de la forma defensiva, sino solo por el carácter insólito de la conducta. En tanto el niño pasea obsesivamente con su sombrero, presenta un "síntoma", que Lleva a considerarlo extravagante y en todo momento corre peligro de verse despojado de su objeto de protección contra la angustia. En una época ulterior de su vida, sus deseos de autoprotección tornáronse más moderados; depuso la mochila *y* los sombreros y se

contentó con llevar permanentemente una lapicera en su bolsillo. A partir de este momento se le consideró normal. Acomodó su mecanismo defensivo a la observación *y* exigencias ajenas. Naturalmente, esto no modificó en absoluto su situación interna de angustia. Por el contrario, continuó tan obsesivamente fijado al acto de Llevar consigo la lapicera que, de no hacerlo, sufre ataques de displacer *y* angustia de igual intensidad a los que antes sufría ante cada pérdida o separación eventual de sus equivalentes protectores.
La tolerancia o intransigencia del mundo externo frente a tales medidas autoprotectoras del niño, es a menudo lo que decide si el desarrollo de la angustia quedará detenido allí *y* ligado al "síntoma" primitivo, o si, fracasada la instintiva de defensa, el desarrollo angustioso progresará. En este último caso, conduce directamente a un conflicto interno, al retorno de la búsqueda de defensa contra la vida instintiva, y con ello a la formación genuinamente neurótica. Mas sobre tal indulgencia para con las negociaciones de la realidad sería peligroso basar un programa preventivo de las neurosis infantiles. Al emplearse este mecanismo con exceso, el *yo*- adquiere- deformaciones, extravagancias y singularidades que —inclusive una vez superada la época de las negociaciones primitivas— se vuelven difícilmente modificables.

Capítulo
VIII RESTRICCION DEL YO

Un cuso. El método de la negación ante la imposibilidad de rehuir una realidad penosa. Carácter primitivo y normal de este mecanismo de elusión del displacer. Dificultad de examinarlo en forma aislada. Análisis del mismo niño. Buena inteligencia y escaso rendimiento en niños neuróticamente inhibidos. Modificación de las condiciones ambientales y restitución de la capacidad de trabajo. Escasa influibilidad *de las verdaderas inhibiciones mediante alteraciones* ambientales ejemplo de defensa *contra el* peligro *y el displacer* objetivo*. Caso de dos alumnas. Una explicación errónea de* esas *restricciones del yo. Casos. Represión y negación. Divergencia entre inhibición y restricción del yo. Normalidad de la restricción* del *yo y* de *las diversas formas de negación. Experiencias pedagógicas recientes malogradas por la subestimación de la disposición del yo infantil a eludir* el *displacer. Paradoja*l *empobrecimiento del yo resultante del afán de la pedagogía moderna de brindarle al niño mayor libertad y libre elección. Los adultos y la producción o evitación de las neurosis infantiles.*

Al comparar los mecanismos de la negación de la represión, de la formación de fantasías y de la formación reactiva, trazamos un paralelo entre los diferentes métodos esgrimidos por el yo a fin de evitar el displacer de origen extremo *y* de origen interno. El mismo paralelo pudimos observar al estudiar otro mecanismo defensivo más simple. El método de la negación —en el que se basa la fantasía de conversión de la realidad en lo contrario— se empleará en toda situación en que es imposible rehuir una impresión penosa procedente del una libertad de movimiento físico y posibilidades de acción psíquica mucho más grandes, con lo cual su yo sé capacita para eludir los estímulos displacientes sin tener que recurrir a una operación psíquica tan complicada como la negación. En lugar de percibir la impresión dolorosa y subsecuentemente anular sus erectos, sustrayendo sus cargas o catexias, el yo usa la libertad de preservarse, esquivando abordar la peligrosa 'situación externa. El yo puede, pues, huir y así "evitar" la producción de displacer en el verdadero sentido de la palabra. Este mecanismo de

elusión del displacer es tan primitivo y natural, y además se halla tan indisolublemente unido al desarrollo normal del yo, que no resulta fácil desprender: o de sus habituales conexiones y examinarlo en forma aislada, aun cuando el propósito sea su estudio teórico.
El análisis:" del mismo niño — al que conocemos como el niño de la gorra— cuya historia relate en el capítulo precedentes me dio oportunidad de observar una serie de esfuerzos en este sentido, destinados a eludir el displacer. Un día encontró en mi mesa un pequeño cuaderno con hojas mágicas que llamó sobremanera su atención. Con todo entusiasmo se dio a pintar las diferentes hojas con un lápiz de color y se alegró de que yo hiciera lo mismo. Pero al dar un vistazo a mi trabajo, de súbito se detuvo y dio la impresión de hallarse muy perturbado. En seguida, dejó el lápiz, empujó hacia mí todo el aparato, que hasta este memento había guardado con celo, se levantó *y* me dijo: "hazlo sola; prefiero mirar". Evidentemente, al observar mi dibujo éste le había parecido más lindo, mejor terminado o más perfecto que el suyo; comparación que sin duda le produjo un shock. Con toda rapidez decidió entonces abandonar esa competencia, muy dolorosa, y renunciar a la actividad hasta ese momento tan placentera para él. Asumió el papel de espectador, quien no haciendo nada, se ahorraba la comparación de su propia obra con otra extraña. Por esta restricción del *yo,* se preservaba de la repetición de la impresión penosa.

Este incidente no fue el único. Un juego en el cual no me pudiera ganar; una calcomanía suya más defectuosa que la mía; cualquier acción en la que no lograse imitarme con exactitud, bascaba para provocar ese mismo cambio de ánimo. Poníase triste, inactivo, automáticamente desviaba su interés de la ocupación que dejaba de serie agradable y durante muchísimo tiempo permanecía ocupado de una manera obsesiva en otras tareas, en las cuales sentíase superior a mí. Claro está que al iniciar su vida, escolar n0 pudo comportarse en ello sino de la manera que antes habia observado conmigo. Se negaba constantemente a participar en el juego o en las lecciones con otros niños caca vez que no se sentía entera, mente seguro de sí mismo. Se limitaba a andar entre los niños y "a mirar". Su método de dominar el displacer conviniéndolo en lo opuesto agradable ha cambiado: limita o restringe las funciones del yo; se retira de toda situación externa que pudiera acarrearle el temido displacer —todo ello con grave perjuicio para su desarrollo. Sólo en la convivencia con los niños menores se conducía sin restricciones y le era agradable mostrarse activamente interesado en lo que hacían.
En los jardines de infantes *y* establecimientos escolares modernos, donde la instrucción de conjunto desaparece en favor de un trabajo individual libremente escogido, no es raro encontrar el tipo de mi pequeño de la gorra. Los educadores que ahí enseñan nos informan que entre dos grupos habituales de niños, constituido el uno por niños despiertos interesados y aplicados, y el otro por niños intelectualmente torpes, desinteresados y perezosos, se forma un grupo intermedio, o por así decirlo, como una entrecapa de niños cuyo cipo a primera vista es difícil clasificar en alguna de las categorías conocidas de escolares con trastornos de aprendizaje. No obstante ser estos niños muy inteligentes, a pesar de su buen desarrollo y de apreciarlos sus condiscípulos como buenos compañeros, no es posible inducirlos a participar en un ejercicio regular de juego o de trabajo. Condúcense como si estuvieran intimados, aun cuando la técnica escolar evite escrupulosamente toda crítica, reproche o censura. Es que el mero hecho de comprar sus realizaciones con las de los otros basta para que desvaloricen su pronto trabajo. Si fracasan en una tarea, o en un juego, reaccionan con una permanente aversión a repetir el esfuerzo. De ahí que se mantengan inactivos, no quieran aceptar ningún puesto u ocupación y se contenten con mirar mientras los otros trabajan. Su

pereza y pasividad, que pasean de un lado a otro, tiene secundariamente un efecto antisocial, pues, por aburrimiento, entran en conflictos con los otros niños, absorbidos por el trabajo o el juego.
Es evidente que basados en el contraste entre su buena inteligencia y su escaso rendimiento, hemos de considerar a estos niños como neuróticamente inhibidos, y cabe conjeturar que detrás de este trastorno descubriremos los mismos" procesos *y* contenidos habituales ""en" el análisis y conocidos como genuinas inhibiciones. En ambos casos el cuadro exhibe idéntica relación con el pasado. Pero en ninguno de ellos el síntoma, se vincula directamente con el motivo primitivo real, sino sólo con un sustituto actual, contemporáneo, representante de un interés dominante: en el pasado del individuo. Así, por ejemplo: en la inhibición para calcular o para pensar de los alumnos, o en la de los adultos para hablar, del músico para ejecutar; la actividad que en rigor se-quiere evitar no es la operación mental con números o ideas, la pronunciación de palabras, el manejo del arco o el contacto con las teclas del piano. Estás actividades del yo, en sí inofensivas, sólo se han vuelto temibles al vincularse con antiguas actividades sexuales prohibidas, cava representación han asumido, atrayéndose desde entonces la defensa. Dicho con más propiedad: con actividades que se han "sexualizado". De la misma manera, el displacer experimentado por los niños, y contra el cual defiéndense al comparar sus realizaciones con las de los otros, es de índole simplemente sustitutiva. La obra ajena más perfecta que el mundo exterior les opone a la propia, constituye una representación —por lo menos así ocurría en mi paciente— de los genitales mayores que los suyos y a los cuales envidiaba. En esta difícil situación que debe afrontar, el niño lucha por eludir la competencia Infructuosa con el sustituto actual del rival de la fase edipiana o con el penoso testimonio de la diferencia sexual.
Sin embargo, los dos tipos de trastornos que venimos examinando exhiben otra disimilitud. Los niños que en su vida escolar asumen la actitud de espectadores, pueden y recobrar su capacidad de trabajo si se modifican hay condiciones ambientales en que deben realizarlo. Por el contrario, las verdaderas inhibiciones son inminentes poco influibles por las alteraciones del mundo ambiental Por ejemplo, una niña del mencionado grupo infantil, a la que por circunstancias externas se obligó a permanecer un tiempo alejada de la escuela, a la que concurría por primera, vez, y en la mal limitábase a "mirar", al tomar lecciones particulares en forma de juego, dominó rápidamente asignaturas que en presencia, de los otros niños le habían resultado inaccesibles. Un cambio similar pude apreciar también en otra niña, de siete años que recibía, instrucción auxiliar a fin de compensar su escaso progreso escolar. En esas lecciones privadas, su comportamiento era normal y no se observaba inhibición alguna, si bien su rendimiento escolar no seguía un desarrollo paralelo. Por consiguiente, esos dos alumnos sólo podían aprender cuando no debían soportar la competencia de sus condiscípulas. Mi pequeño paciente únicamente podía participar en los juegos cuando sus compañeros eran más pequeños. Aparentemente estos niños comportábanse como si la propia actividad estuviera sometida a inhibiciones internas *y* externas. En rigor, una señalada actividad cesa automáticamente cuando puede ocasionar una impresión desagradable. La situación psíquica de estos niños es similar, pues, a la que parece ser característica de las niñas llegadas a un punto decisivo de su desarrollo libidinal —tal como ha demostrado el *Estudio de La feminidad*[1]. Sabemos que en cierta época de su desarrollo, prescindiendo del castigo y de la angustia de conciencia la niña, renuncia a su masturbación clitoriana restringiendo así sus oscilaciones masculinas. El cotejo con el niño, mejor equipado para la masturbación, mortifica, su amor propio y no quiere recordar constantemente esta humillación con la repetición del acto masturbatorio.

Sería erróneo creer que tales restricciones del *yo* sólo tendrían el propósito de evitar el displacer causado por la comprobación de la propia inferioridad en el cotejo con los otros, es decir, por la desilusión y el desaliento. En el tratamiento de un enfermo de diez años me fue dable ver en actividad —como síntoma pasajero— este mismo proceso de evitación de la angustia objetiva inmediata, pero producido por motivos inversos. En cierta fase de su análisis, este niño se convirtió en un brillante futbolista. Aunque era mucho más joven, los niños mayores de su escuela apreciaban, sus éxitos deportivos *y le* permitían, compartir sus juegos en paridad de derechos.

Poco después me comunicó este sueño: *Estaba jugando al fútbol. Un niño mayor tira la pelota, con ¡al fuerza que él sólo dispone del tiempo justo para saltar a fin de* esquivar *el impacto.* Se despierta con angustia. La interpretación reveía que su orgullo por el trato con niños más grandes habíase de pronto convertido en angustia. Temía una agresión de ellos, que podrían envidiar su juego. La placentera situación inicial, obtenida por él mismo con su propia destreza deportiva, truécase anota en angustia poco después este mismo tema se repite en una fantasía en el momento de dormirse. Imaginó ver a los otros niños arrojando a sus pies una gran pelota. Vio volar la enorme pelota en su dirección y pateó en la cama, levantando los pies en el aire para resguardarlos. Como demostró su análisis, los pies tenían en él una especial significación, pues mediante asociaciones con sensaciones olfatorias e ideas de rigidez y parálisis, habían pasado a simbolizar sus genitales. A raíz del sueño y de la fantasía, su nueva pasión por el juego se vio perturbada. Su actitud deportiva decreció, perdiendo por esta causa rápidamente el prestigio que había gozado en la escuela. Su restricción y fracaso venían a decir: "No hay por qué amenazarme Los pies, puesto que ya no soy un buen jugador".
Mas con esta particular restricción de su yo el proceso no se detuvo. Al hacer abandono del deporte de buenas a primeras reforzó otro muy diverso aspecto de su capacidad: una permanente inclinación a ser escritor y poeta. Me levó algunas poesías suyas me trajo novelas que había escrito cuando sólo tenía siete años e hizo amplios provectos para una futura carrera literaria. El jugador de fútbol se había transformado en literato. En el Curso de una sesión de este período me hizo una demostración gráfica exhibiéndome su aptitud para diversas aficiones y profesiones masculinas. La literatura hallábase repre sentada, en el medio de su dibujo por un punto grande y espeso; en un círculo estaban ordenadas las ciencias de toda categoría, al paso que las profesiones prácticas se indicaban en puntos mis alejados. Finalmente, en uno de los ángulos superiores, y completamente al borde de la hoja, un minúsculo punto representaba el deporte hasta hacía poco tan importante para él. Así quería expresar el supremo desprecio que sentía por tales diversiones. Es sobremanera instructivo este hecho, de que bajo la influencia de la angustia, en el transcurso de pocos días como por una especie de racionalización —, había modificado su valoración consciente de señaladas actividades. Sus producciones de aquella, época en el terreno de la poesía, eran realmente sorprendentes. El vacío en el funcionamiento del yo, ocasionado por el abandono del deporte, quedó en cierta medida colmado mediante un sobreentendimiento en otro sentido. Naturalmente, el análisis dilucidó que la angustia ante la venganza de los niños mayores cobraba intensidad por repetir su rivalidad con el padre.
Una niña, de diez años concurre a su primer baile abrigando grandes ilusiones. Le complacía su aspecto, ataviada con vestido y zapatos nuevos, acerca de los que había meditado mucho, *y* desde el primer momento se enamoró del joven mejor parecido *y* más elegante de la fiesta. Aunque le era completamente desconocido, la casualidad quiso que él llevara, idéntico apellido que el suyo, lo que le sirvió de motivo para la fantasía de hallarse ambos unidos por una secreta, vinculación. Se comportó como

enamorada, sin encontrar la menor aprobación: en la otra parte, inclusive tras un baile, juntos, hizo él una observación burlona a propósito de su torpeza. Su decepción alcanzó la magnitud de un shock humillante-- A partir de entonces rehuyó tales reuniones, perdió toda gusto hacia, los *vestidos* y no se preocupó de aprender a bailar. Durante algún tiempo hasta experimentó cierto placer en contemplar desinteresada y seriamente cómo danzaban los otros muchachos, rechazando doña eventual invitación. Poco a poco llegó a estimar con soberbio desprecio esta parte de la vida. Pero, simultáneamente, compensó esta restricción del yo en la misma forma que lo había hecho el jugador de fútbol. Luego de renunciar a los intereses femeninos, acreciendo sus capacidades en el sentido intelectual, y emprendiendo un largo camino indirecto, logró finalmente ganar el aprecio de muchos jóvenes de su edad. El análisis ulterior puso de manifiesto que el rechazo sufrido de parte del joven que llevaba su mismo apellido, había significado la repetición de un ejercicio traumático de su muy temprana infancia. El elemento de la situación ante el la cual su yo huía, tampoco aquí está representado por la angustia o el sentimiento de culpa, sino por un intensísimo displacer causado por una pretensión frustrada.

Retomemos una vez más a la diferencia entre inhibición y restricciones del yo. El neurótico inhibido se defiende contra la realización de un acto instintivo prohibido, desde luego, contra la liberación de un displacer por algún peligro interno. Aun cuando su angustia y su defensa —según ocurre en la fobia —en apariencia se dirijan contra el *mundo* externo, te asimismo sus propios procesos internas. Rehúye la calle para no enfrentarse con sus propias antiguas tentaciones. Elude su " angustia no para esconderse contra el animal mismo, sino contra sus personales impulsos agresivos y sus consecuencias suscitados por el encuentro con el animal. De otra parte,, *si* método de la restricción del yo evita las in presiones desagradables del mundo externo en el presente, que podrían provocar el resurgimiento de similares impresiones pasadas. Insistiendo en la compa ración entre represión y negación, diremos que la divergencia entre inhibición y restricción del yo estriba en que el proceso defensivo de la inhibición se orienta contra los propios procesos internos y el de la restricción del yo contra los estímulos del mundo externo.

Esta fundamental distinción entre ambos procesos anímicos permítenos inferir cierras diferencias entre los mismos. En la base de toda actividad neuróticamente inhibida subyace un deseo instintivo. El empeño con que cada impulso aislado del ello busca procurarse el objeto de satisfacción, convierte el proceso de inhibición simple en síntoma neurótico fijado, con lo cual el deseo del ello y la defensa estableada por el yo entran en conflicto permanente. En este combate el individuo agota sus energías, y mientras el ello queda —con ligeras modificaciones de su parte— ligado al deseo de ejecutar diversos actos —que según nuestros ejemplos pueden ser calcular, recitar, tocar el violín, etc. —, el yo, simultáneamente, *y* con idéntica persistencia, trata de impedir o por lo menos menoscabar la ejecución de esos deseos.

En el caso de restricción del yo a consecuencia de la angustia objetiva y del displacer, falta esa relación con la actividad abandonada. La actividad misma no ocupa el primer plano sino en virtud del placer o displacer suscitado por ella_ En su búsqueda del placer y en sus esfuerzos por evitar el displacer, el yo utiliza libremente todos los recursos a su discusión. Interrumpe o abandona las actividades que conducen a la liberación del displacer o de la angustia y desiste del deseo de realizarlo Retira su interés de sectores-enteros de actividad para luego de experiencias desagradables, reorientarlo en lo posible en direcciones completamente- opuestas. Así, de un jugador de fútbol, tenemos un escritor, de una bailarina decepcionada, una excelente alumna. Naturalmente el yo no crea nuevas capacidades; usa las que ya posee.

La restricción del yo como método para evitar el displacer así como las diversas formas de negación, no pertenecen a la psicología de las neurosis sino al proceso normal del desarrollo del yo. En el yo joven y plástico, la sustracción de actividad de un lado, ocasionalmente se compensa con un sobrerrendimiento concentrado en otra esfera; mas cuando el yo se ha vuelto rígido o intolerante para el displacer y se halla compulsivamente fijado a la técnica de la huida, a tal limitación en la actividad se seguirán, como réplica, funestas consecuencias para el desarrollo del yo. A causa del abandono de una posición tras otra, el yo se torna unilateral. Pierde con exceso interés y se empobrece en sus capacidades.

La subestimación de las disposiciones del yo infantil para eludir el displacer ha contribuido a malograr muchas experiencias pedagógicas de los últimos años. La pedagogía moderna quiere asegurar al yo del niño en crecimiento una mayor libertad de acción, y sobre todo libre elección en su actividad y en sus intereses. Se persigue con ello lograr un mejor desarrollo del yo y la posibilidad de obtener todas las formas de sublimación. Pero el niño en período de latencia puede conceder más importancia a la evitación de la angustia y del displacer que a la satisfacción directa o indirecta de sus instintos. Cuando no está presionada por exigencias externas, en muchos casos la elección profesional no se halla determinada por el particular talento natural o las posibilidades de sublimación, sino por la esperanza de asegurarse lo más perentoriamente posible contra la angustia y el displacer. Para gran sorpresa del educador, de tal libertad electiva no resulta el satisfactorio desenvolvimiento de la personalidad, sino el empobrecimiento del yo.

Mediante tales expedientes defensivos contra el peligro *y* el displacer objetivos —los que he ilustrado con tres ejemplos— el *yo* infantil afronta, a su propio riesgo, la profilaxis contra la neurosis. Se guarece contra el desarrollo de la angustia *y* se inflige modificaciones o deformaciones a fin de precaverse contra el dolor. Pero estas medidas de salvaguardia adoptadas por el *yo* —huida de una actividad física hacia otra intelectual; o la invariable decisión femenina de igualarse a los hombres; o la reducción del trato social con gente más débil— hallándose en la vida, interior expuestas a toda suerte de enojosos contratiempos originarios del mundo exterior. Cuando a causa de alguna catástrofe —perdida del objeto de amor, enfermedad, miseria, guerra—, el individuo sufre un cambio inesquivable en su forma de vida el *yo* ha de enfrentarse nuevamente con 1a primitiva situación de angustia. Esta pérdida de la protección contra la angustia, así como la frustración de alguna satisfacción instintiva habitual, puede entonces constituirse en un motivo real para la formación de la neurosis.

La vida infantil se halla en tal dependencia de los adultos que, según la voluntad de éstos, un motivo ocasional podrá producir o evitar la formación de una neurosis. Un niño que en la escuela libre no aprende nada, *y* sólo mira, o dibuja, bajo las condiciones de enseñanza de un régimen, escolar más severo estará "inhibido". La forma, inexorable con que el mundo externo suele mantener sus exigencias sobre una cierta actividad, desagradable, da lugar a una sujeción a la actividad que promueve displacer. Pero el hecho de que al niño, no le sea posible evitarlo, le obligará a buscarse: nuevas, formas, de dominio. De otra parte, inclusive la inhibición ya establecida o el síntoma son susceptibles de ser modificados por una protección externa. La madre angustiada y lastimada en su orgullo ante la anormalidad de su niño, le suministrará protección, resguardándole de eventuales situaciones desagradables en el mundo externo. Mas esto implica que ella se comporta frente al síntoma del niño de la misma manera que el fóbico frente a sus ataques de angustia posibilita la huida y la prevención del dolor mediante una artificial restricción de la libertad de acción infantil. El esfuerzo en colaboración de la madre y el niño a fin de resguardar a este último contra la angustia y

el displacer acaso explique la un frecuente ausencia de síntomas en las neurosis infantiles. En tales casos, a fin de poder juzgar objetivamente la intensidad y extensión de los síntomas, es preciso quitar previamente al niño ese medio de protección.

C. DOS EJEMPLOS DE DEFENSAS TIPICAS.

Capítulo IX
LA IDENTIFICACION CON EL AGRESOR

Casos de fácil descubrimiento de un mecanismo de defensa habitual. Conflictos externos e internos; inhibición y restricción del yo. Complicación de la tarea de discriminación. Combinación de características en la identificación. Casos. Metamorfosis de la propia persona mediante identificaciones en los juegos infantiles. Nueva perspectiva para la comprensión del papel del comediante infantil. Un caso. Elaboración de una experiencia, angustiosa mediante la introyección. Un secundo mecanismo vinculado con la identificación o introyección. Transformación del niño amenazado en amenazador. La transformación en la angustia frente a un acontecimiento futuro. Casos de identificación con la amenaza de castigo. La '"identificación con el agresor como etapa intermedia en el desarrollo normal del superyó. Un paso decisivo para la formación del superyó: la internalización de las criticas externas. La introyección de cualidades del educador y la formación del superyó. Tres ejemplos ilustrativos. La proyección de los impulsos prohibidos. Esta etapa intermedia del desarrollo del superyó como fase preliminar de La moral, inhibiciones en la formación dei superyó. La "Identificación con el agresor" coma fose preliminar en el desarrollo del superyó y como fase intermedia en el desarrollo de los estados paranoicos. Carácter normal de la identificación con el agresor en su aplicación a los conflictos con la autoridad; su carácter patológico en La vida amorosa. Diversos modos en que suele emplearse el proceso de identificación. Posibilidad práctica de distinguir los asaques de ansiedad de los de agresión en la transferencia analítica.

El descubrimiento de un habitual mecanismo de defensa del *yo* es relativamente fácil cuando éste lo emplea, aisladamente *y* sólo en un conflicto de algún peligro específico. Así, frente a una negación inferimos que se trata de un peligro externo, *y* cuando se observa una represión deduciremos que el *yo* combare contra estímulos instintivos. La alta similitud de aspecto entre la inhibición *y* la limitación o restricción del *yo* torna, nítida la clasificación entre conflictos externos e internos. Pero el problema se complica aún más cuando se combinan los procesos defensivos o cuando se emplea un mismo mecanismo a la vez contra una fuerza interna *y* contra una externa. Ambas características se dan plenamente, verbigracia, en el proceso de la identificación. Mediante su empleo en la formación del superyó, sirve a la dominación de la vida instintiva; pero —según intentaré demostrarlo luego—, combinándose con otros más importantes instrumentes de que dispone el *yo* a fin de regular sus vinculaciones con objetos del mundo externo provocadores de angustia.
August Aichhorn relata el siguiente caso, extraído de su experiencia como consejero pedagógico. Se trata de un alumno de escuela primaria, al que trató a causa de su hábito de hacer muecas. El maestro se quejaba de que el joven reaccionaba de una manera completamente" anormal al reproche y a la amonestación: con muecas que promovían la hilaridad de su clase. El maestro se explicaba este comportamiento sólo como una broma, consciente, o bien como la consecuencia de un tic compulsivo. Los datos del maestro confirmáronse fácilmente; las muecas recurrieron también en la hora de la consulta. Pero la reunión de los tres procuró al mismo tiempo la explicación del problema. El examen atento de la situación demostró que las muecas del niño no eran, sino la caricatura de la expresión de enojo de su maestro. En el trance de soportar las

reconvenciones, el niño dominaba su angustia mediante una involuntaria imitación de la expresión de enojo de su maestro. se identificaba con la cólera de este y conforme iba hablando copiaba su expresión, aunque la imitación no era fácilmente reconocible. Por las muecas se asimilaba o identificaba con el objeto temido del mundo exterior.
Se recordará que la niñita cuyo caso relaté en capítulos anteriores, mediante la magia y el encantamiento procuraba dominar sus sentimientos de humillación asociados con la envidia al pene. Esta niñita cumplía su propósito por el uso consciente de un mecanismo que el niño de las muecas utilizaba de un modo involuntario. Por miedo a los fantasmas, aquélla no se animaba a cruzar a oscuras la antesala de su casa. No obstante en cierta oportunidad de pronto vuelve a afrontar esa situación, y a partir de entonces es capaz de cruzar la habitación temida, pero haciendo al mismo tiempo toda suerte de movimientos extraños. Poco después triunfalmente comunico a su hermanito el secreto de la dominación de su miedo: "No tienes nada que temer en la antesala" —le dijo. "Haz como si fueras el mismo fantasma que podrías encontrar". De esta manera aclarase el significado de los gestos mágicos: representaban los movimientos que ella imaginaba hacían los fantasmas.
Lo que en los ejemplos anteriores hemos considerado como peculiaridades infantiles, constituye, en rigor, un comportamiento de lo más natural y común en el yo primitivo, según lo testimonia el examen de las invocaciones de los espíritus y de las ceremonias religiosas de los tiempos primitivos. También en numerosos juegos infantiles esa metamorfosis de la propia persona que se identifica con el objeto temido sirve para transformar la angustia en una grata seguridad. Esto abre otra perspectiva para la comprensión del panel, del comediante infantil Pero la dramatización corporal del adversario sirve sólo a la elaboración de una parte del conjunto de experiencias angustiosas, cuyos elementos restantes —según lo demuestra la observación—, igualmente exigen una ulterior dominación.
Mi pequeño paciente de siete años —al que aludí repetidas veces en el transcurso de este trabajo— está bajo 1a asistencia de un dentista. Durante las primeras visitas todo anduvo espléndidamente y se burlaba de la gente que teme al dentista. Poco después Llegó a la sesión analítica. sobremanera contrariado el dentista acaba de hacerle daño. Se mostró malo, hostil y descargaba su mal humor sobre las cosas de mi habitación. Una, goma de borrar fue su primera inmolación. Quería que se la regalase, y al negarme tomó su cuchillo para cortarla en dos. Luego codició un ovillo de piolín y pretendió también que se lo obsequiase pintándome un cuadro muy conveniente de lo útil que le resultaría como brida para sus animales. Como yo le negara el ovillo entero, cortó un buen pedazo con el cuchillo. Pero no lo guardó sino que, un rato después, lo volvió — a seccionar en trocitos". Finalmente tiró el piolín y dirigió su atención a los lápices, entregándose infatigablemente a sacarles punta, con el cuchillo, a romperlas Y volverías a sacar. Sería equivocado decir que el niño jugaba, al "dentista"; la figura del dentista no se encuentra en su comportamiento. El niño no se identificó con el agresor sino con su agresión.
Otra, vez se presentó luego de un ligero accidente: en un juego a campo abierto en la escuela se dio a correr, a toda velocidad golpeándose contra el puño de maestro de educación física. Sangraba del labio, tenía los ojos llenos de lágrimas y ocultaba ambos hechos cubriendo su cara con las manos. Tracé de consolarlo y tranquilizarlo. Cuando me dejó hallábase en un estado lamentable. Sin embargo, al día siguiente se presentó muy erguido y vestido con un equipo militar completo. Llevaba sombrero militar, cargaba sable al costado y una pistola de juguete en la mano. A mi enorme sorpresa ante esta transformación, sólo contestó: "Quería estar arreglado así para jugar contigo". Pero no jugó. En lugar de ello se sentó y escribió una carta, a su madre: "Querida mamita,

por favor, por favor, por favor, por favor, regálame el cuchillo de bolsillo que me prometiste antes de que sea Pascua. Tampoco aquí diremos que desempeñaba el papel del maestro con el cual había chocado, a fin de dominar el acontecimiento que el día interior habíale provocado angustia. Tampoco entonces imitaba, la agresión del maestro. Sus armas y equipo —manifiestos atributos masculinos— simbolizaban la fuerza del profesor y —lo mismo que los atributos paternos en la fantasías de los animales— servía a la identificación con su masculinidad y de esta suerte a la defensa contra la injuria narcisistica y contra los posibles accidentes.

Los ejemplos que hemos mencionado hasta ahora ilustran un proceso bien familiar para nosotros. El niño introyecta alguna característica de la persona u objeto que le produce angustia elaborando de esta manera una experiencia angustiosa recientemente ocurrida. el mecanismo de identificación o introyección vinculase además con un segundo e importante mecanismo. al ejecutar el papel de agresor, asumiendo sus atributos o imitando sus agresiones, el niño simultáneamente se transforma de persona amenazada en la que amenaza. la significación de este cambio de la pasividad en actividad a fin de elaborar experiencias desagradables o traumáticas en la vida infantil, se describe ampliamente en Más allá del principio del placer: "Cuando el médico ha reconocido la garganta del niño, o le ha hecho su primera pequeña operación" —léese en esa obra— "es seguro que este suceso aterrorizante se convertirá. en seguida, en contenido de un juego. Más no podemos dejar de tener en cuenta otra fuente de placer muy distinta de la anteriormente señalada. Al pasar el niño de la pasividad de la experiencia a la actividad del juego, hace sufrir a cualquiera de sus camaradas la sensación desagradable por él experimentada" vengándose así en la persona de este representante. Lo que pasa en el juego puede transferirse a la conducta del niño. En el niño que hacía muecas y en la pequeña encantadora, no está muy bien definido al destino de la amenaza con la cual se identificaban. Pero en el otro niño la agresión tomada del dentista y del profesor, dirigíase en su resentimiento contra todo el mundo externo en "general"

Este mismo proceso de transformación opera de una forma más extraña cuando la angustia no se refiere a un acontecimiento pasado sino a uno futuro. En otro lugar referí el caso de un niño que tenía la costumbre de hacer sonar el timbre de su casa y con excesiva fuerza. Cuando se le abría la puerta abrumaba a la sirvienta con numerosos reproches por su tardanza y falta de atención en el intervalo entre el sonar y el estallido de rabia, experimentaba angustia por las posibles censuras de que se le podría hacer objeto por su desconsiderado modo de anunciarse y antes de que la mucama tuviera tiempo de presentar sus propias quejas la acusaba sorpresivamente. La vehemencia de su indignación preventiva corresponde a la intensidad de su angustia. Tampoco esgrimía su hostilidad, contra cualquier sustituto: apuntaba precisamente contra aquella persona del mundo externo de la cual esperaba la agresión. En este caso, la conversión de agredido llegaba hasta su fin.

En la historia de un niño de cinco años que tuvo en tratamiento JENNY WAELDER ha relatado un ejemplo instructivo de ésta especie. Hacia la época en que el análisis se acercaba al material del onanismo *y* sus fantasías, el niño, antes tímido e inhibido, cayó en un estado de salvaje agresividad. Desapareció su actitud habitualmente pasiva y todo rastro de sus características femeninas. Imaginando ser un león rugiente durante la sesión atacaba al analista. Llevaba consigo una vara y jugaba al "krampus" pegaba a la gente en la escalera, en la propia casa y en la sesión analítica. Su abuela y su madre se quejaban de que el intentara pegarles en el rostro. Cuando el niño empezó a jugar con los cuchillos de 1a cocina la intranquilidad de la madre culminó. El trabajo analítico puso en evidencia que la agresividad del niño no respondía a ninguna desinhibición de sus impulsos agresivos. En rigor, hallábase muy lejos aún de una liberación de sus

tendencias masculinas. Sólo tenía angustia. *El* hecho de tornar consciente aquel material y la necesaria confesión de su antigua y actual actividad sexual despertó en él la espera de castigo Según su experiencia, los adultos se volvían malos cuando descubrían tales prácticas en los niños.
Les gritaban, les intimidaban a bofetadas o les azotaban con una vara y acaso también les cortasen algo con un cuchillo. Cuando el niño asumía el papel activo, y rugía como un león blandía la vara o el cuchillo, no hacía sino dramatizar, anticipándose al castigo temido. Habíase introyectado la agresión de los adultos ante los cuales se sentía culpable y la reconducía activamente contra las propias personas de su mundo exterior. Naturalmente, su agresividad aumentaba conforme se acercaba a la comunicación del material peligroso. Poco después del descubrimiento, discusión e interpretación final de sus pensamientos y sentimientos prohibidos, repentinamente dejó en casa del analista la vara de "Krampus" ya innecesaria, que hasta ese momento había llevado constantemente consigo. La obsesión de segar desapareció al mismo tiempo que la ansiosa expectativa de ser castigado.
En esta "identificación con el agresor" se reconoce una etapa intermedia, que frecuentemente se da en el desarrollo normal del superyó. Cuando estos dos niños— cuyos casos describí arriba— se identificaron con la amenaza, de castigo de los adultos, dieron un paso decisivo haría 1a formación de aquella, instancia psíquica: internalizaron las críticas sobre su conducía provenientes del mundo externo. Mediante la constante reiteración de este proceso de progresivas internalizaciones; mediante la introyección de las cualidades del educador —del que se adopta sus características y opiniones— se procura el material permanente para la formación del superyó. Pero hacia ese momento el niño aún no toma en serio la erección de dicha, instancia. La crítica internalizada todavía no se transformará, en seguida en autocrítica. Según vimos en los ejemplos precedentes aparece disociada de propia conducta, o sea, que en lugar de dirigirse contra la acción infantil censurable o reprensible, se vuelve contra el mundo externo. Con ayuda de un nuevo proceso defensivo, la identificación con el agresor continúa el ataque activo sobre el mundo externo.

Si bien más complicado, el siguiente caso tal vez nos facilite una comprensión de este nuevo mecanismo en el proceso de defensa. Un niño, cuyo complejo edipiano había alcanzado el punto culminante, empleaba el método descrito para dominar su fijación a la madre. Las buenas relaciones con ella se vieron perturbadas por explosiones de despecho. Hacia los violentos reproches de toda clase, entre los cuales, de una manera incomprensible, se repetía siempre uno ya estereotipado: constantemente se quejaba de su curiosidad. Es fácil ver aquí el primer paso en la elaboración de los sentimientos prohibidos. En las fantasías del niño, su madre había descubierto sus pretensiones libidinales y las rechazó indignada. El niño reprodujo activamente la indignación en su mal humor contra la madre. Pero —en contraste con el paciente de Jeny Waelder— no dirigió sus inculpaciones de un modo general sino específico contra la curiosidad. El análisis dejó ver luego que esta curiosidad no era un elemento de la vida, instintiva materna sino que pertenecía a la suya propia. De todos los instintos parciales que entraban en su vinculación con la madre, la escoptofilia constituía el impulso más difícilmente dominable. El cambio de papeles es de los más perfectos: el niño adopta la actitud materna resentida y le atribuye su propia curiosidad.
Una paciente joven, en determinadas fases de resistencia, colmaba a su analista de vivas reconvenciones por su actitud misteriosa. Se quejaba de su excesiva reserva, lo abrumaba con preguntas relativas a detalles personales y cuando no recibía contestación se mostraba inconsolable. Luego los reproches desaparecían, para resurgir poco tiempo

después en forma, estereotipada, y automática. También en este caso podemos dividir el proceso psíquico en dos fases. A consecuencia de una determinada inhibición para hablar, la paciente conscientemente solía reservarse algún material íntimo. Sabía que así pecaba contra la regla analítica fundamental *y* aguardaba la amonestación del analista. Introyectaba el reproche imaginado y volvíalo activamente contra la persona del analista. Sus fases de agresión coincidían temporalmente con las otras fases de omisión del material secreto. La especial naturaleza de su falta se revelaba sin deformación en el particular carácter de su crítica. Ella reprochaba al analista las diversas faltas de las cae se sentía culpable. Su propio comportamiento, lleno de secretos, percibíalo como una conducta reprensible del analista.

Otra paciente joven periódicamente entraba en un estado de intensa agresividad. Dirigía su resentimiento casi por igual contra mí, sus padres y todo el mundo. Entre sus diversas quejas constantemente se repetían dos elementos: primero, durante tales fases surgió en ella el sentimiento de que se le ocultaba algo *y* de que todos, excepto ella, estaban al tanto de algún secreto. La atormentaba el deseo de conocerlo. Segundo, al propio tiempo sentíase profundamente desilusionada por la imperfección interior de las personas de su ambiente. Así como en la enferma del ejemplo anterior los períodos de ocultamiento de material coincidían con los de los reproches por la reserva, del analista, en esta paciente las fases agresivas correspondían automáticamente a las fases, en que sus fantasías de masturbación, reprimidas y desconocidas por ella, querían surgir a la conciencia. Las críticas contra sus objetos amorosos correspondían a la condenación que aguardaba de los mismos por su masturbación infantil. Se identificaba por entero con esta condenación y la volvía contra el mundo externo. El secreto que le velaban era el de su propia masturbación, que ella escondía de los otros y de sí misma. Su agresión correspondía cambien a la posible agresión ajena y el secreto en el mundo externo era reflejo de su propia represión.

El estudio de los tres últimos ejemplos permítenos incautarnos de origen de esta fase intermedia del desarrollo de la función del superyó. Aun después de la introyección de la crítica externa, la amenaza de castigo y la falta cometida quedaron sin conexión en el psiquismo del paciente. Desde el momento que se internaliza la crítica, la falta cometida se desplaza hacia el mundo externo. Esto significa qué el mecanismo de identificación con el agresor se completa con otro instrumento de defensa la protección de la culpa.

Un yo que con el auxilio de este mecanismo defensivo, atraviesa esta particular vía del desarrollo introyecta las autoridades críticas como superyó y puede así proyectar hacia afuera sus impulsos prohibidos. Tal yo será intolerante con el mundo externo anees que severo consigo mismo. Aprende lo condenable, pero mediante este proceso de defensa se escuda contra el displacer de la autocrítica. La indignación contra los culpables del mundo externo sírvele como precursor y sustituto de sus sentimientos culpa y automáticamente se acrecienta cuando la percepción de la propia culpa cobra mayor intensidad. Esta etapa intermedia del desarrollo del superyó corresponde a. una especie de fase preliminar de la moral la moral genuina empieza cuando la crítica internalizada e incorporada como exigencia del superyó coincide en el terreno del yo con la percepción de la propia falta. Desde ese momento la severidad del superyó se dirige hacia adentro en lugar de hacerlo hacia afuera, coa la consiguiente disminución de la intolerancia coa los demás. Pero lograda esta etapa del desarrollo del yo éste debe soportar un intenso displacer ocasionado por la autocrítica y el sentimiento de culpa.

Es posible que muchos individuos queden detenidos en esta fase intermedia de la formación del superyó y jamás puedan alcanzar del todo la internalización del proceso. A través de la autopercepción de la propia culpa mantiénense, pues, singularmente agresivos contra el mundo externo. En tales casos, el superyó ostenta tanta intran-

sigencia frente al mundo exterior como para con el propio yo en el proceso de la melancolía. Tales inhibiciones en la formación del superyó acaso correspondan asimismo a una iniciación abortada en la formación de estados melancólicos.
Así como, por un lado. la "identificación con el agresor" corresponde a una fase preliminar en el desarrollo del superyó, por otro parece constituir una fase intermedia en el desarrollo de las estados paranoicos. El uso de la identificación establece la afinidad con las primeras y el mecanismo de proyección la relación con el segundo grupo de fenómenos. De otra parte, la identificación y la proyección son formas normales de la actividad del yo que, según el material sobre el cual se apliquen, conducirán a los más variados resultados últimos.
La esencial combinación de introyección y proyección, a la que hemos designado como identificación con el agresor, pertenece a la vida normal sólo en tanto el yo se sirva de ella en sus conflictos con las autoridades, es decir, en sus esfuerzos por enfrentarse con los objetos de angustia. Ésta misma defensa pierde su aspecto inofensivo y toma carácter patológico si se la transfiere a la vida, amorosa, cuando un marido desplaza sobre su
mujer sus personales impulsos a la infidelidad y le hace violentas recriminaciones por su falta de lealtad, introyecta los reproches de la esposa y proveerá un elemento del propio ello Mas su intención no es la de escudarse contra una intervención agresiva del mundo exterior busca protección contra la ruptura de la fijación libidinal positiva a la compañera, causada por perturbaciones internas. Según esto el resultado es diferente. En lugar de la actitud agresiva contra un antiguo agresor del mundo exterior un enfermo de este tipo adquirirá una fijación en su compañera sexual, que roma la forma de celos proyectados.
Cuando el mismo mecanismo se emplea como defensa contra impulsos libidinales sexuales, combinase además con otros. La transformación en su contrario —en este caso del amor en odio— completa entonces el proceso iniciado por la introyección y la proyección, de lo que resulta la formación de ideas paranoicas. A estos dos últimos casos de defensa contra impulsos amorosos heterosexuales y homosexuales, el yo deja de comportarse en sus proyecciones de una manera arbitraria [5].
Además de este punto de vista teórico, el análisis del proceso de identificación con el agresor puede asimismo ayudarnos a comprender y diferenciar los diversos modos en que suele emplearse este específico mecanismo de defensa. En la práctica es dable distinguir así los ataques de ansiedad de los estallidos de agresión que se presentan en la transferencia analítica. Cuando por la labor analítica conseguimos llevar a la conciencia del analizado los verdaderos impulsos agresivos inconscientes, el efecto estancado busca alivio a través de la abreacción transferencial. Pero cuando la agresión aflorada corresponde a tal identificación con lo que el analizado supone o espera será nuestra crítica, ella se manifestará sin modificación, agotándose en su realización práctica en la abreacción. En tanto se mantiene la prohibición de los impulsos inconscientes, aumenta, y —como hemos visto en el caso relatado de aquel niño que confesó su masturbación— desaparece sólo cuando la angustia ante el castigo y el superyó queda solucionada.

CAPITULO X

UNA FORMA DE ALTRUISMO

Represión y proyección. Precocidad de la proyección. Perturbaciones en las relaciones ocasionales por la proyección. Proyección de los celos y de las propias agresiones. Su servicio en el establecimiento de importantes lazos positivos y en la consolidación de las relaciones humanas. La "renuncia altruista" como tipo normal y menos notorio de proyección los propios impulsos instintivos. Ejemplos. Similitud entre la renuncia de un deseo o impulso en favor de otros y el placer de contemplación de un juego. Doble fin de este proceso definitivo. La satisfacción del prójimo tomo medio de autosatisfacción instintiva indirecta prohibida por el superyó 'liberación de la actividad inhibida. Factores que persiguen la elección del objeto en favor del cual se enuncia. Esta abdicación como determinante de la vinculación de la mujer con el hombre en detrimento de una relación objetal genuina: combinación de egoísmo y altruismo. Renuncia altruista. Renuncia altruista y egoísta en las relaciones paterno-filiales. El desistimiento altruista en Cyrano de Bergerac. La angustia y el cuidado de los objetos de amor.

El mecanismos de proyección actúa rompiendo las conexiones entre el yo y las representaciones ideativas peligrosos. En este aspecto asemeja un proceso instintivo; en cambio, la represión y la proyección sólo impiden la percepción del material instintivo. Otros procesos de defensa —desplazamiento, transformación en lo contrario, vuelta contra sí mismo— afectan si propio proceso instintivo; en cambio, la represión y la proyección únicamente impiden que el sujeto perciba. En canto en la represión La idea censurable es rechazada hacia el ello, en la proyección queda desplazada hacia el mundo externo. La proyección también guarda similitud con la represión en que no se halla asociada con una particular situación de ansiedad, sino que puede motivarse por igual canto en la angustia objetiva cuanto en la angustia ante el superyó y la angustia instintiva. Los autores de la escuela psicoanalítica inglesa sostienen que ya en los primeros meses de vida el niño proyecta sus iniciales impulsos agresivos antes de realizar la menor represión, y que este proceso posee decisiva importancia para la representación infantil del mundo externo y para el curso del desarrollo de su personalidad.
En todo caso, el empleo de la proyección es inherente al yo del niño pequeño en la mis temprana infancia. Lo utiliza para repudiar sus propios deseos y actividades que devienen peligrosos, lo cual permítele encontrar un autor responsable en el mundo exterior. Un "niño extraño", un animal, los mismos objetos inanimados, todo indistintamente, sírvele para deponer sus propias faltas. De esta manera, entregándolos liberalmente a su ambiente, el yo infantil se alivia en forma constante y normal de sus impulsos y deseos prohibidos. Cuando estos últimos amenazan con el castigo de afuera, el yo desplaza el castigo entre las personas sustitutivas sobre las cuales ha proyectado; cuando son los sentimientos de cuica los determinantes de la proyección, el yo orienta la autocrítica en forma de incriminaciones contra el mundo externo. En ambos casos se aleja de los sustitutos culpables y se comporta, en sus juicios con excesiva intolerancia.
Pero el mecanismo de proyección no sólo produce perturbaciones en las relaciones humanas, proyectando celos y transfiriendo hada afuera las propias agresiones: sirve también al establecimiento de importantes lazos positivos, y con ello a la consolidación de tales relaciones humanas. A este tipo normal y menos notorio de proyección pareja designárselo "renuncia altruista" [1] de los propios impulsos instintivos en favor de los otros.
Veamos ahora un ejemplo de este mecanismo.
Una joven gobernanta relató en su análisis que en su infancia me preocupaba dos ideas: tener lindos vestidos y muchos niños. El modo en que realizaría ambos deseos la

inquietaban en sus fantasías de una manera casi obsesiva. Pero además de estos dos deseos principales, cambien quería realizar muchas otras cosas: tener todo cuanto poseían sus compañeros de juego mayores que ella; hacer lo que ellos e inclusive superarlos y ser admirada por su destreza. Su eterno *"yo* también" era un tormento para los adultos que la rodeaban. La mayoría de sus deseos eran apremiantes e insaciables.
En la edad adulta llamaba la atención por su humildad y modestia. Hacia la época del análisis, aún era soltera no tenía hijos y su manera de vestir era más bien pobre y sencilla. Acusaba poca envidia y menos ambición y entraba en competencia con los demás sólo cuando lo exigía alguna circunstancia externa. La primera impresión parece demostrar que —según ocurre tan a menudo— ella se ha desarrollado en una dirección completamente opuesta a la que aspiraba en su infancia; sus deseos sucumbieron a las represiones *y* fueron sustituidos en la conciencia por formaciones reactivas (la coquetería por la modestia, la ambición por la humildad Como causante de la represión esperaríase encontrar una prohibición sexual, que se hubiera extendido desde el placer exhibicionista y del deseo de tener hijos a toda su vida instintiva. Pero en su conducta actual no todo coincidía con esta primera impresión. Un estudio minucioso de su vida denunció la afirmación de sus viejos deseos de una manera, que habría parecido casi imposible efectuada ya la represión. El repudio de su propia sexualidad no le impedía mostrar un positivo interés en la vida amorosa de sus amigos y colegas. Era casamentera y confidente de muchas aventuras amorosas. Aunque no se interesaba por su vestimenta, se ocupaba mucho de los vestidos de las amigas. A la falta de hijos propios correspondía una paralela devoción por los hijos ajenos, manifiesta en su elección profesional. Podríamos decir: tenía sumo interés en que sus amigas llevaran lindos vestidos, se las admirase y tuviesen hijos. De una manera análoga, no obstante su conducía recatada, continuaba siendo ambiciosa con respecto a sus objetos de amor masculinos, cuya carrera seguía con agudo interés. Era como si su propia vida estuviera vacía de intereses y deseos personales, al punto que hasta La época de su análisis, hacía transcurrían casi sin acontecimientos. En lugar de emplear su actividad en la consecución de sus propios fines, gastaba su energía participando en el destino de sus semejantes. En lugar de experimentar algo en sí misma, vivía la vida de los demás.
El análisis de sus relaciones infantiles con la madre y el padre suministró decisivas informaciones acerca de la transformación ocurrida. Una temprana renuncia al instinto, que dio lugar a la formación de un superyó excepcionalmente severo, imposibilitó la realización de sus propios deseos e impulsos. El deseo del pene, con sus diversas derivaciones en forma de fantasías ambiciosas masculinas, deseos femeninos de tener hijos y deseas de ser admirada por el padre, sea desnuda o con lindos vestidos, tropezaron con la prohibición. Pero no fueron reprimidos. En el mundo externo encontró personas sustitutivas sobre las cuales colocar cada uno de estos impulsos. La vanidad de sus amigas constituyó el punto de partida sobre el que se proyectaba su propia vanidad; de este modo los deseos libidinales y las fantasías de ambición encontraban ubicación en el mundo externo. Sus impulsos instintivos prohibidos los proyectaba sobre los otros de la manera vista en los ejemplos descritos en el último capítulo. Sólo se nota una diferencia elaboración ulterior; en este caso se identificó con el prójimo o sustituto del mundo externo, en lugar de alejarse de él, como ocurría en aquellos casos anteriores. Frente a los deseos ce las personas sustitutivas se Comportaba en forma muy comprensiva e inclusive se sentía extraordinariamente cerca de ellas. Su superyó que había condenado un determinado impulso instintivo en relación con el propio yo lo toleraba de un modo sorprendente en los demás. Su goce instintivo consistía en un goce común a la satisfacción instintiva de los otros usando para ello la proyección y la identificación[2] Cuando trató de realizar los propios deseos proyectados

sobre un objeto extraño, fue dable anular la modesta actitud que le prohibición instintiva le había obligado adoptar en su propia vida el abandono de sus propios impulsos instintivos en favor de otras personas tenia, pues, un sentido egoísta: pero sus esfuerzos orientados hacia la satisfacción instintiva de sus semejantes promueve un comportamiento que debemos llamar altruista.

Esta relación entre el deseo propio y el extraño, expresada en la conducta de toda su vida, era observable con toda claridad en el análisis de pequeños incidentes aislados. A los trece años de edad, por ejemplo, se enamoró secretamente de un amigo de su hermana mayor —anteriormente principal objeto de sus celos. Solía pensar si este amigo no la prefería a ella y constantemente aguardaba de él pruebas de amor. Según había ocurrido muchas veces, también en esta ocasión fue despreciada. Inesperadamente el joven Llegó una noche para buscar a su hermana *y* llevarla de paseo. En el análisis recuerda con toda nitidez haberse sencido en un principio paralizado por la desilusión, a lo cual siguió una actividad repentina. Con todo apremio empezó a buscar todo cuanto podía embellecer a la hermana para su paseo, ataviándola con todo afán. Haciéndolo sentíase feliz, olvidando por completo que no era ella sino su hermana la que iría a divertirse. Había proyectado sobre su rival su deseo de amor y de admiración, gozando de su realización en la identificación con el objeto de envidia.

Al tratarse de una frustración y no de una satisfacción repite el mismo proceso. Gustosamente daba de comer a los niños que se le confiaban. En cierta ocasión una madre se negó a sacrificar un manjar especial en favor de su niño. Esta negación de la madre provocó en nuestra paciente una furiosa indignación, aun cuando ella, misma profesa una particular indiferencia por los placeres de la mesa. La frustración de aquel deseo del niño la vivió como propia, de la misma manera que antes había experimentado como propia la realización de los deseos de su hermana. Es evidente que lo que había desistido en favor de los demás era el derecho a una realización de deseos sin interferencias.

Es dable verificar este último rasgo con mayor claridad aún en la experiencia de otra paciente del mismo tipo. Una mujer joven, cuyas relaciones con "el suegro eran sumamente amistosas, reaccionó de una manera extraña a la muerte de su suegra. Junto con otras mujeres de la familia debía repartirse la herencia de los vestidos de la muerta. En contraste con las demás se negó a aceptar para sí la más pequeña prenda, tomando en cambio un tapado para regalar a una prima pobre. Pero como la hermana de la muerta quiso quedarse con el cuello de piel del tapado, nuestra paciente, que hasta ese momeara se había mostrado indiferente y desinteresada, entró en un estado de indescriptible enojo. Volcó su agresividad, habitualmente inhibida, contra la tía, logrando al final que su protegida recibiera lo que ella le había destinado. El análisis de este incidente reveló que sus sentimientos de culpa le impedían aceptar algo que había pertenecido a su suegra. La prenda le significaba para ella una realización simbólica del deseo de sustituir a la suegra. De ahí que cediéndoselo a la prima, renunciase para ella misma al deseo de heredar de la "madre". Pero experimento el deseo y su frustración en toda su intensidad, pudiendo defender en nombre de otra lo que no hubiera sido capaz para sí. El superyó, tan inexorable frente a un impulso instintivo propio, coincidía con este deseo instintivo en cuanto éste aparecía como alejado del propio yo. Cuando se trata de satisfacer o realizar un deseo ajeno, el comportamiento agresivo, de ordinario inhibido, se transforma súbitamente en un impulso sintónico con el yo.

Casos similares a los ya expuestos no es dable observar diariamente cuando fijamos nuestra atención en este proceso de defensa resultante de una combinación de los mecanismos de proyección e identificación. Una jovencita, cuyos escrúpulos de conciencia le impedían tomar la resolución de casarse, activaba en cambio

enérgicamente el enlace de su hermana. Una paciente que sufría una inhibición neurótica de tipo obsesivo cuando debía gastar dinero para sí, al comprar regalos repentinamente se tornaba generosa. Otra, enferma cuya angustia no le dejaba realizar sus proyectos de viaje, aconsejaba calurosamente a sus amigas que lo hicieran. La identificación con la hermana, la amiga o el obsequiado se traduce en la súbita aparición de un vinculo de cálidos sentimientos que perdura mientras se cumple el propio deseo en la persona sustitutiva. La imaginación popular ha bromeado siempre con las solteronas "casamenteras" y con los "mirones" que apuestan con dinero ajeno. La renuncia de un deseo o impulso en favor de otra persona y el cuidado de su ejecución en el sustituto es, evidentemente, similar ai interés y al placer que encuentran ciertas personas en la contemplación de un juego en el cual no arriesgan apuesta alguna.
Por este proceso defensivo tiene doble filo. No solamente asegura la benevolencia del sujeto hacia la satisfacción del prójimo, permitiendo así la autosatistacción instintiva por vía indirecta a pesar de la prohibición del superyó, sino que, simultáneamente, libera la actividad inhibida y La agresividad que debían garantizar los desees primitivos. La paciente incapaz de hacer nada en procura de placeres orales para sí, se permitía se rebelarse contra la madre que imponía tal renuncia oral al hijo ajeno; a la nueva a quien le estaba prohibido usar los derechos de la suegra fallecida, érale permisible defender con toda la fuerza de su agresión el derecho simbólico de una persona extraña; una empleada que jamás se animaría a pedir un aumento de sueldo para sí, de pronto asedia, a su jefe a fin de hacer valer los derechos de otra compañera. El análisis de tales situaciones demuestra que este proceso de defensa proviene de un conflicto infantil con una autoridad parental en relación con alguna, forma de gratificación instintiva. La agresividad contra, la madre, velada en tanto se exprese en el propio deseo instintivo, se ejecuta, cuando en apariencia se trata, de la satisfacción de deseos extraños. El representante más popular de este tipo es el del bienhechor público, que con toda agresividad, activamente exige a un grupo de gente una entrega de dinero para regalárselo a otro. Quizá el ejemplo más extremo lo dé el ácrata que en nombre del oprimido ejecuta un asesinato en la persona del opresor. EL objeto contra el cual se dirige la agresión liberada es, siempre, el representante de aquella autoridad que en la época infantil impuso la renuncia instintiva.
El objeto en favor del cual se renunciará al propio impulso instintivo puede ser escogido con arreglo a varios factores. Es posible que la percepción del impulso instintivo condenado en el mundo exterior sirva al yo como punto de apoyo suficiente para la proyección. En el caso de la herencia de la suegra, el hecho de que la persona sustitutiva no perteneciera al estrecho circulo familiar confiérele a un deseo el sello de inofensividad que el propio individuo adquiriría significación incestuosa. En la generalidad de los casos se escoge como persona sustitutiva a un antiguo objeto de envidia, la gobernanta altruista del primer ejemplo transfiere sus fantasías ambiciosas a sus amigos y sus deseos libidinales a sus amigas. Los amigos representan en su afecto los sucesores del padre y del hermano mayor, que fueron, ambos, objeto de su envidia al pene; las amigas representan a una hermana, a quien en un período algo más tardío de la infancia envidió su belleza como desplazamiento de su primitiva envidia al pene. La paciente se sentía, obstaculizada en la realización de sus proveeros ambiciosos por ser mujer; y como no se sentía lo suficientemente bonita para gustar de veras a los hombres, en su desilusión de sí misma desplazó sus deseos sobre objetos mejor doradas. En su vida profesional los hombres deben lograr para ella 1o que ella misma no puede alcanzar, y lo mismo deben hacer en la esfera amorosa las amigas más bonitas que ella. El renunciamiento altruista constituyese aquí en el método por el cual se domina la mortificación narcisista.

Tal abdicación del deseo instintivo en favor de un objeto más apropiado para el cumplimiento de los deseos, a menudo determina, la relación de la mujer con el hombre elegido por ella como representante, en detrimento de una relación genuina con el objeto. En virtud de tal fijación "altruista", exige que él cumpla en su vida los planes que ella no pudo realizar por habérselo impedido su feminidad; por ejemplo que, en lugar suyo, estudie, elija una determinada profesión, adquiera fama o riqueza, etcétera. Egoísmo y altruismo se combinan aquí en las proporciones más diversas. Es sabido que tal desistimiento, al par del niño, se encuentra en las relaciones paterno-filiales. A través del niño. —como el objeto más apropiado— los progenitores acaso deseen cumplir aquellos designios ambiciosos que no les fue dable cumplir, en su propia existencia. Quizá cambien la relación materno-filial puramente altruista se halle determinada en forma amplia por un renunciamiento de los propios deseos en favor del objeto "mejor calificado" por su masculinidad. El éxito de un hombre compensa acabadamente a sus familiares femeninos del desistimiento a las propias ambiciones.
El estudio más hermoso y pormenorizado de un renunciamiento altruista en beneficio de un objeto más apropiado se encuentra en el drama de Edmon Rostand**,** *Cyrano de Bergerac.* El héroe de la obra es la figura histórica de un noble francés, poeta *y* oficial de guardias del siglo XVII conocido por su ingenio y valentía, pero que a cansa de su nariz, particularmente fea no. podía inspirar amor en las mujeres. Se enamora de su linda prima Roxana, pero la conciencia de su fealdad oblígale a claudicar enseguida toda perspectiva de correspondencia. En lugar de utilizar su temible destreza de espadachín y triunfar sobre sus rivales, abandona sus propias reivindicaciones amorosas en beneficio de un hombre más bello. A partir de esta abdicación pone su energía, su valor *y* su cerebro al servicio de su rival mejor agraciado, haciendo todo cuanto está a su alcance a fin de ayudarle en sus deseos. El punto culminante de la obra es una escena nocturna entre los dos hombres bajo el balcón de la mujer amada. Cyrano sopla a su rival las palabras que habrán de asegurarle el éxito. Luego, en la oscuridad, toma su lugar y habla por él, mas en el ardor de su enamoramiento olvida que él no es el pretendiente, y sólo vuelve a la realidad, resignadamente, en el último instante, cuando si bello Cristián es aceptado y trepa el balcón para recibir el beso. Cyrano se hace cada vez más amigo de Cristian y durante la guerra protege la vida de su rival arriesgando la propia. Tras la muerte de Cristián, objeto sustituto; Cyrano renuncia acortejar a Roxana pues siente esta conducta como prohibida Que en el "altruismo" de su Cyrano el poeta quería describir algo mis que una extraña aventura de amor, pruébalo el paralelo que traza entre la vida amorosa de Cyrano y su destino como poeta. Así como Cristian se gana, el amor de Roxana con el auxilio de las cartas y poemas de su amigo, escritores como Corneille, Moliere y Swift toman escenas enteras de las obras desconocidas de Cyrano y se Llevan la gloria que legítimamente le pertenece. En la obra, Cyrano acepta este destino. Entrega al bello Cristián el mérito de sus palabras tan generosamente como su genio ai famoso Moliere. El defecto que despreciaba en sí mismo le hacía pensar que otros, mis favorecidos, serían objetos más adecuados para la realización de los propios deseos y fantasías.
Por último, a través de una pequeña observación, estudiamos desde un nuevo enfoque este mecanismo de renunciamiento altruista, relacionándolo con el fenómeno de la angustia de la muerte. La angustia de la muerte hállase ausente cuando el individuo proyecta ampliamente sobre los demás sus propios impulsos instintivos. En el momento de peligro un yo de esta índole no experimenta ninguna aprensión real por su propia vida. Pero, en su lugar, siente angustia y observa un cuidado intenso por la vida de sus objetos de amor. El estudio de este fenómeno demuestra que estas personas u objetos de amor, cuya seguridad es tan necesaria, son los mismos sustitutos sobre quienes se

desplazaron los deseos instintivos. Por ejemplo la joven gobernanta —cuyo caso relaté — caía en un estado de honda angustia en que temía por la vida de sus amigas durante los trances de partos y embarazo que debían, afrontar. Igualmente hemos visto que en la guerra Cyrano prefería a su personal seguridad, la de Cristian. Sería erróneo suponer que aquí se trata de una rivalidad, reprimida que reaparece como deseos de muerte inhibidos y secundariamente desviados. A la luz del análisis cabe pensar que tanto la angustia como la ausencia de la misma se deben más bien al sentimiento de que la propia existencia sólo se estima valiosa y digna de vivirse en tanto se encuentre en ella posibilidades de satisfacción instintiva. Cuando esta realización instintiva ha sido delegada en beneficio de otro, se considera a la vida, extraña, más valiosa que la propia. El aniquilamiento del objeto sustantivo significa —como la muerte de Cristián para Grano— el aniquilamiento de toda esperanza y perspectiva de cumplimiento.

Después de su análisis, en ocasión de una, enfermedad, la joven gobernanta, sintió, por primera vez, que la idea de la muerte le producía un sentimiento de displacer. Ante su gran sorpresa, deseaba, ardientemente vivir el tiempo necesario para, amueblar su nueva, casa y rendir un examen que le aseguraría su promoción profesional. Aunque en forma sublimada, la casa y el examen significaban el cumplimiento de los deseos instintivos que el análisis le había permitido transferir de nuevo a su propia vida[3].

[3] Existe una gran similitud entre la situación de renunciamiento altruista y las conocidas condiciones determinantes de la homosexualidad masculina. También el homosexual transfiere a un hermano menor —anteriormente objeto de envidia— sus reinvidicaciones de ser amado que tu adoptar luego una actitud maternal satisface por si mismo esta exigencia y goza de una manera activa y pasiva en relación madre - hijo. Difícil es precisar en qué medida este proceso participa de las situaciones que se describieron arriba como renunciamiento altruista. Es seguro que el placer obtenido por Cyrano y la joven gobernanta altruista no empero sólo al compartir el goce del triunfo de las personas sustitutivas. La embriaguez de dar y ayudar a otros muestra que el renunciamiento constituye en sí mismo una satisfacción instintiva. Al igual que en la identificación con el agresor, la pasividad es transformada en actividad, la mortificación narcisista es compensada por la sensación de fortalecimiento del propio poder que acompaña al papel de benefactor, en tanto la experiencia, pasiva de frustración se compensa con la prosperidad activamente brindada a los otros.

Queda en suspenso el problema de la existencia de una relación auténticamente altruista hacia el prójimo, en la que la propia, satisfacción instintiva, aun en forma desplazada o sublimada, no desempeñe papel alguno. Sea cual fuere, es evidente que la proyección y la identificación no constituyen los únicos medios disponibles para establecer un comportamiento aparentemente altruista. Otro camino, fácil de seguir para la consecución del mismo fin, puede conducir, por ejemplo, a las diversas formas de masoquismo.

D. DEFENSA POR ANGUSTIA ANTE LA FUERZA DE LOS INSTINTOS

(Con un estudio psicoanalítico, de la pubertad)

Capitulo XI

EL YO Y EL ELLO EN LA PUBERTAD

Interés de la psicología oficial por la pubertad. Dos explicaciones opuestas: la adolescencia como fenómeno anímico concomitante o independiente de lo fisiológico. Coincidencia: la adolescencia como principal residencia y *raíz de la vida sexual. La discrepancia del psicoanálisis. La pubertad como mera faz del desenvolvimiento humano* y *primera recapitulación de la sexualidad infantil. Instalación de la genitalidad en el primer plano y dominio de los instintos parciales pre-genitales. Los tres periodos de agitada sexualidad. Capacidad de transformación del yo humano. Desemejanzas entre el yo de la primera infancia y el de la pubertad. Necesitada de conocer las etapas anteriores para penetrar en el último nivel del desarrollo del yo y de los instintos y explicar los trastornos que pueden invadirlo en la pubertad. El conflicto entre el yo y el ello en los pequeños: angustia objetiva y exigencias instintivas; los síntomas de la neurosis infantil como intento para resolverlo. ¿Problema de educación o de neurosis? Otros rasgos característicos en la oposición del yo infantil. Tregua en la guerra defensiva e iniciación de la latencia. Introyección de los principios Invocados por los educadores; instalación del superyó. Sustitución de la angustia frente al mundo externo por la angustia ante los nuevos representantes del antiguo poder. Angustia frente al superyó. Sentimiento de culpa y defensa en la latencia. El intervalo entre la Latencia y la pubertad. El periodo prepuberal como redención del contenido de la temprana sexualidad. Diversidad de condiciones que encuentra la sexualidad infantil renovada. Rigidez y firme consolidación del yo del Período prepuberal. Lucha entre el yo y el ello por la supremacía. Éxitos parciales del ello y éxitos parciales del yo. Cambios de carácter en la pubertad. Mayor importancia psíquica de la genitalidad. Relegamiento de las tendencias pre-genitales. Espontánea, mejoría de la pre-genitalidad. Inquietante aguzación de su índole morbosa. Dos posibilidades de terminación de los conflictos. Relatividad de los factores que determinan la marcha de la pubertad y su pronóstico.*

Entre todos los períodos de la vida humana en que los procesos instintivos adquieren alguna importancia, ninguno ha atraído tanto la atención como el de la pubertad. Desde largo tiempo atrás los fenómenos psíquicos que anuncian *y* acompañan el advenimiento de la madurez sexual han sido tema de estudios psicológicos. En los trabajos extraanalíticos encontramos frecuente y notables observaciones acerca de los cambios de carácter, de los trastornos del equilibrio afectivo y —ante todo— de los procesos contradictorios, incomprensibles y en ocasiones inconciliables que se manifiestan en la vida psíquica del individuo durante esta época. Los adolescentes son por demás egoístas, se consideran el centro del universo y único objeto de interés; sin embargo, nunca como en esta época de la vida se revela tanta capacidad de abnegación y de sacrificio. Inician las más apasionadas relaciones de amor para interrumpirlas con la misma brusquedad con que las empezaron. Participan con entusiasmo en la vida social por otra parte, se sienten invenciblemente atraídos por la soledad. Oscilan entre una ciega sumisión al líder elegido por ellos y una obstinada rebeldía contra toda autoridad. Son egoístas, materialistas intencionados, y, simultáneamente, alientan grandes, ideales. Son ascetas que súbitamente se hunden en los placeres instintivos de más primitiva

naturaleza. Su conducta suele ser brusca y desconsiderada aun cuando ellos mismos se muestren en extremo sensibles a la ofensa. Su estado *de* ánimo fluctúa entre el optimismo más infundado y el más profundo pesimismo. En ciertas ocasiones trabajan con infatigable entusiasmo y en otras son perezosos y apáticos.

La psicología oficial intenta explicar estos fenómenos de dos maneras muy diferentes. Según una primera teoría, este borrascoso tránsito de la vida se debería a cambios químicos directamente resultantes del despertar funcional de las glándulas sexuales. La adolescencia no sería sino el concomitante anímico de modificaciones fisiológicas. La otra teoría rechaza la relación entre lo físico y lo psíquico y acepta que esa conmoción producida en la esfera anímica es simplemente la señal de que el individuo ha alcanzado su madurez anímica así como los cambios corporales paralelos son los signos de la madurez física. Intentan demostrar que la simultaneidad de los procesos físicos y psíquicos no es prueba de recíproca dependencia. Esta teoría sostiene, pues que el desarrollo psíquico es enteramente independiente de los procesos glandulares e instintivos. Ambas escuelas psicológicas coinciden en un único punto: en la afirmación de que los dos grupos de fenómenos de la pubertad no sólo revisten la más grande importancia en el desarrollo individual, sino que allí también reside el principio y raíz de la vida, sexual, de la capacidad de amar y de la totalidad, del carácter. A diferencia, de la psicología académica, hasta, el presente el psicoanálisis ha demostrado escasa inclinación a concentrarse en los problemas psicológicos de la pubertad, si bien, en cierta medida, a menudo ha tomado las contradicciones psíquicas de este período como punto de referencia para sus investigaciones. Si se exceptúan algunos trabajos en los que se planean los bases para un estudio de la pubertad, podernos decir que los autores analíticos más bien han descuidado este período y que se han dedicado de preferencia a otras etapas de la evolución. La razón es clara. El psicoanálisis no comparte la opinión de que la vida sexual de los seres humanos empiece con la pubertad. Según nuestra teoría, la vida, sexual humana brota en dos tiempos. Se inicia en el primer año de vida, y es en el período sexual de la primera infancia y no de la pubertad cuando se cumplen los pasos decisivos para el desarrollo, "cuando se atraviesa importantes fases pregenitales en las que los instintos parciales, componentes de la organización sexual, se establecen y desarrollan, determinando la normalidad o anormalidad del individuo, su futura capacidad o incapacidad de amar. En ese estudio esperamos alcanzar sí conocimiento del período originario y de desarrollo de la sexualidad que la psicología académica busca en la pubertad. La pubertad no constituye más que una de las fases en el desenvolvimiento de la vida humana. Es la primera recapitulación del periodo sexual infantil. Una segunda revisión sobrevendrá en un período ulterior de la vida —el climaterio. Cada uno de los períodos sexuales constituye una renovación y reviviscencia del precedente y cada uno aporta, a su turno, algo propio a la vida sexual. Como en la pubertad se arriba a la madurez sexual física, en este período la genitalidad ocupa el primer plano y las tendencias genitales dominan los instintos parciales pre-genitales. En el climaterio, en que las funciones sexuales físicas declinan, los impulsos genitales se despiertan por última vez y los impulsos pre-genitales retoman a su formación primitiva.

Hasta, ahora los autores psicoanalíticos se han concretado a señalar la similitud entre estos tres períodos de agitada, sexualidad de la vida humana. Es en las relaciones cuantitativas entre las fuerzas del yo y las de los instintos donde esta analogía se expresa con mayor claridad. Durante la primera infancia, la pubertad y el climaterio, un ello relativamente fuerte enfrenta a un yo relativamente débil. Se trata, pues, de períodos caracterizados por el poderío del ello y la debilidad del yo. Junto a esta semejanza cuantitativa entre los tres períodos, verificamos una semejanza analítica, al menos en lo

relativo a uno de los factores que forma esa pareja de fuerzas establecidas por el yo y el ello.
En efecto, el ello del hombre conserva en todas las épocas de su vida su carácter ampliamente constante. Es verdad que los impulsos instintivos pueden transformarse al entrar en colisión con el yo y con las exigencias del mundo exterior pero dentro del propio ello —si se exceptúa el progreso que se realiza en los fines del instinto en su evolución de lo pre-genital a lo genital poco o ningún cambio tiene lugar. Ante cualquier forzamiento de la líbico, los deseos sexuales siembre están dispuestos a emerger de la represión, junto con sus correspondientes cargas de objeto y fantasías se mantienen más o menos iguales, salvo ligeras fluctuaciones en la infancia, en la pubertad, en la edad adulta y en el climaterio. Vemos, pues, que las semejanzas cualitativas entre los tres períodos de la vida caracterizados por un aumento de las cargas libidinales, se basan en una relativa inmutabilidad del ello.
El tema, de las diferencias entre los tres períodos ha sido escasamente estudiado en la literatura psicoanalítica. Dichas disimilitudes nacen del segundo factor que integra la relación ello-yo: de la gran capacidad de transformación del yo humano. La inmutabilidad del ello va acompañada por la mutabilidad del yo. Elegiremos como ejemplo el yo en la primera infancia y el yo en la pubertad. En ambos períodos el yo se diferencia en su extensión, contenido, conocimiento, capacidad, grado de dependencia y predisposición a la angustia. Por consiguiente, en los diversos períodos de su organización, el yo emplea distintos mecanismos de defensa para resolver el conflicto con los instintos. Un examen detallado de estas desemejanzas entre la primera infancia y la pubertad permitirá comprender mejor la formación del yo, así como el estudio de la vida instintiva nos facilitó la comprensión de sus analogías.
Sólo puede penetrarse en el último grado de desarrollo del yo, como en el de los instintos, una vez bien conocidas las etapas anteriores. Antes de pretender explicar los trastornos que pueden invadir al *yo* en la pubertad, debemos tratar de comprender La naturaleza, de su situación en la primera infancia. En les niños pequeños el conflicto entre el yo *y* el ello se produce bajo condiciones características de esta época. Tanto las exigencias de satisfacción instintiva que surgen de los deseos típicos de las rases oral, anal *y* fálica, cuanto los afectos *y* fantasías vinculados con los complejos de Edipo y castración, son extraordinariamente intensos; en cambio, el yo que los afronta se encuentra apenas en su proceso de formación; no está del todo desarrollado y es, por tanto, débil. No obstante, el pequeño ni es un ser instintivo desenfrenado, ni en circunstancias ordinarias, tampoco posee exacto conocimiento de la angustiosa presión de los instintos que se desarrollan dentro de él. En el mundo extremo, a través de las influencias de educación que lo dominan, su yo endeble tiene un poderoso aliado contra, su vida, instintiva. La situación no es la de tener que medir su propia y escasa fuerza contra los impulsos instintivos, mucho más poderosos, ante los cuales, de estar solo, debería inevitablemente sucumbir: Apenas, se le deja, tiempo para que llegue a conocer sus propios deseos o estimar su propia, fuerza o debilidad en relación con sus instintos. Su actitud para con el ello le está meramente dictada por las promesas y amenazas del mundo exterior, o sea, por la esperanza, de amor y la expectativa del castigo.
Bajo tal influencia externa, en el curso de algunos años los pequeños adquieren una muy considerable capacidad de control sobre su vida instintiva; pero es imposible precisar en qué grado debe atribuirse esta capacidad a su yo *y* en qué grado a la presión directa de las fuerzas del mundo externo. Si en esta situación conflictual el *yo* del niño se adhiere a las influencias educacionales o del mundo externo, dícese que el niño es "bueno"; si se pone de parte del ello y lucha, contra la restricción de la gratificación instintiva impuesta por la educación se dice que es "malo". La Pedagogía es la ciencia que se ha

dedicado al estudio minucioso de esta fluctuación del *yo* infantil entre el ello *y* el mundo exterior. Busca los medios que conduzcan a estrechar aún más la alianza entre las fuerzas educacionales *y* el *yo,* así como los instrumentos para realizar con mayor eficacia el combate común para el dominio del instinto.
Pero en el niño pequeño también existe un conflicto endopsíquico, que escapa al alcance de la educación. Bajo la forma de angustia real o ansiedad objetiva, el mundo externo muy pronto instala un representante suyo en la psiquis del niño. La aparición de esta ansiedad no prueba en sí misma la formación de una instancia superior. Sólo es el primer precursor de lo que luego será la conciencia o superyó. La ansiedad objetiva es la anticipación del dolor que los agentes exteriores podrían infligir al niño como castigo; una especie de "predisplacer" que gobierna la conducta del yo, con independencia de que se cumpla o no el castigo esperado. Esta angustia real es, de una parte, tanto más intensa cuanto más peligrosa y amenazante es la conducta del ambiente. De otra, esta angustia se ve reforzada por la retirada de los procesos instintivos, combinándose a menudo con accesos de ansiedad procedentes de la fantasía y que ignora los cambios objetivos acaecidos en el mundo externo. Esto equivale a decir que dicha angustia mantiene muy vagas conexiones coa la realidad. No obstante, en el niño pequeño se produce un conflicto interno entre esta angustia objetiva aguda y las exigencias de satisfacción del instinto. Los síntomas de la neurosis infantil constituyen un intento para resolver este conflicto. El estudio y descripción de estos combates interiores son terreno de disputa entre los hombres de ciencia. Algunos sostienen que aún caen dentro del dominio de la Pedagogía, al paso que nosotros estamos convencidos que tocan ya el territorio de la teoría de las neurosis.
Hay otro rasgo característico en la oposición del yo infantil que no se reproduce jamás en la vida, ulterior. En todos los conflictos ulteriores, los dos antagonistas se presentarán en otra situación: el instinto enfrentará un yo más o menos rígido, con el cual debe entenderse. Aquí el conflicto lo plantea el yo, en tanto en el pequeño el yo es producto del conflicto mismo; lo que durante la vida ulterior será el yo encargado de dominar los instintos, en este primer período infantil surge bajo la presión combinada de las exigencias instintivas del ello y de esa angustia, objetiva nacida al contacto con el mundo externo. Cabría decir que el yo está hecho "a la medida" para, adaptarse y sostener el equilibrio entre ambas fuerzas: la presión interna del instinto y la presión de afuera o mundo exterior.
Cuando la, organización del yo ha llegado a una cierta etapa; cuando el yo ha tomado adecuada posición en su pugna con el ello, e primer período infantil toca a su fin. El *yo* decide la cantidad de satisfacción *y* de renunciamiento del instinto, actitud que él mantendrá en la solución de todos los conflictos. En cierto modo, se ha habituado a demorar o posponer la satisfacción de sus deseos. Es lícito indicar que entre el ello y el yo se ha establecido un "modus vivendi", un particular modo de transacción al que ambos se adaptarán o ajustarán de ahora en adelante. Pero los mecanismos de defensa que se utilizan muestran el sello de la ansiedad objetiva.

En el curso de algunos años la situación se altera. El período de latencia se inicia con una decadencia de la fuerza instintiva, condicionada fisiológicamente y caracterizada por el yo. Ha llegado el tiempo de dedicarse a otras tareas, en las que adquiere nuevos contenidos, conocimientos y capacidades Simultáneamente, se fortifica en relación al mundo exterior; se siente frente a él menos desamparado *y* sometido *y ya* no lo concibe tan poderoso como antes. Poco a poco, supera la situación edipiana; todas, sus actitudes frente a los objetos del mundo exterior cambian. La completa dependencia anterior respecto de los padres disminuye, y la que fue carga de amor u objeto, es gradualmente

sustituida por la identificación. Todos los principios invocados por los padres y educadores —deseos, exigencias e ideales— los introyecta el niño en gran medida. El mundo exterior no es recibido en su vida interna como lo fue en la época de la angustia objetiva. Dentro del yo se ha instalado una institución permanente, coro representante de las exigencias ambientales: el superyó. En forma simultánea con este desarrollo, se opera un cambio en la angustia infantil: la angustia frente al mundo externo amengua en forma, paulatina se ve sustituida por la angustia ante los nuevos representantes del poder antiguo. Hace su entrada la angustia ante el superyó; el sentimiento de culpa ante la conciencia. Esto significa que el yo del período de latencia ha adquirido un nuevo aliado en la lucha destinada a dominar los procesos instintivos. El sentimiento de culpa o ansiedad ante- la conciencia prepara la defensa contra el instinto en el período de latencia, así como la angustia objetiva lo hizo en la temprana infancia. Otra vez se presentan dificultades para discernir en qué medida el dominio adquirido sobre el instinto durante el período de latencia habrá, de atribuirse al propio yo o a la enérgica influencia del superyó.

Mas el reposo del período de latencia no dura mucho tiempo. Apenas se ha alcanzado un acuerdo en la lucha entre ambos antagonistas, el yo y el ello, cuando los términos de-este arreglo sufren una radical alteración por el reforzamiento de uno de los combatientes. El proceso fisiológico indicador del comienzo de la madurez sexual física acompáñase de una estimulación de los procesos instintivos, que se transfieren a 1a esfera psíquica bajo la forma de un avance de libido. La relación establecida entre las fuerzas del yo *y* del ello se trastorna; el equilibrio psíquico penosamente logrado se derrumba, reeditándose los conflictos internos entre ambas instancias.

En un principio, tales modificaciones —resultado de los cambios del ello— acúsanse poco. Sólo en el intervalo entre la latencia y la pubertad —el período llamado prepuberal— prepárase la madurez sexual física. Hasta este momento no se ha producido en la vida instintiva ningún cambio cualitativo; únicamente se ha operado un-aumento de la cantidad de energía instintiva. Este; acrecentamiento no se confina a la vida sexual. El ello dispone de una mayor cantidad de libido que emplea sin discriminación con cualquier impulso a su alcance. Los impulsos agresivos suelen intensificarse hasta la crueldad sin freno; el hambre llega a ser voracidad y la maldad del período de latencia transfórmase en conducta criminal. Los intereses oral - anales, durante tanto tiempo sumergidos, retornan a la superficie. Los hábitos de limpieza, laboriosamente instalados en el período de latencia, ceden al placer de la suciedad y del desorden, y en el lugar del pudor y de la compasión, aparecen las tendencias exhibicionistas y la brutalidad y crueldad con los animales. Las formaciones reactivas, que parecían firmemente establecidas en la estructura del yo, amenazan derrumbarse. Al mismo tiempo, antiguas tendencias ya abandonadas reaparecen en la conciencia. Los deseos edipianos se cumplen bajo la forma de fantasías poco deformadas y en sueños diurnos; en los niños las ideas de castración y la envidia al pene en las niñas ocupan una vez más el centro del interés. En rigor, en las fuerzas invasoras hay muy pocos elementos nuevos. La embestida no hace sino traer una vez más a la superficie el contenido ya familiar de la temprana sexualidad.

Mas la sexualidad infantil así renovada no encuentra ahora las condiciones anteriores. El yo del período infantil precoz no estaba desarrollado, era indeterminado e impresionable y plástico bajo la influencia del ello. Por el contrario, en el período prepuberal se muestra rígido y firmemente consolidado. Ya se conoce a sí mismo y sabe qué desea. A fin de conseguir la gratificación instintiva, el yo infantil era capaz de súbita rebelión contra el mundo exterior y de aliarse con el ello; pero si el yo del adolescente lo hace, se crea intrincados conflictos con el superyó. Establece de una

parte firmes relaciones con el ello y con el superyó de la otra —que es lo que denominamos carácter, lo cual torna inflexible al yo. Sólo persigue un propósito mantener el carácter desarrollado durante el periodo de latencia; la antigua relación entre sus propias fuerzas y las del ello y oponerse con esfuerzos redoblados de defensa a la mayor necesidad de demandas instintivas. En su lucha por preservar su propia existencia inmutable, el yo hallábase por igual impelido por la angustia real u objetiva y por la angustia de consciencia. Emplea indistintamente todos los métodos de defensa, inclusive a aquellos que nunca recurrió durante la infancia o durante el periodo de latencia. Reprime, niega invierte los instintos y los vuelve contra sí mismo; produce fobias y síntomas histéricos y reduce la angustia mediante el pensamiento y la conducta obsesivos.

Examinada a fondo toda esta lucha entre el yo y el ello por la supremacía, se observa que casi todos los fenómenos inquietantes del periodo prepuberal corresponden a diferentes fases de su evolución. El aumento en la actividad de la fantasía, la satisfacción sexual progenital —o sea perversa—, la conducta agresiva o criminal, significan éxitos parciales del ello, al paso que la aparición de las diversas formas de angustia, el desarrollo de rasgos ascéticos la acentuación de síntomas neuróticos y inhibición, son la consecuencia de una defensa mucho más vigorosa, es decir, el éxito parcial del yo. Alcanzarse la madurez corporal y entrar en la pubertad propiamente dicha sobrevienen los cambios cualitativos de carácter que se combinan con los índole cuantitativa. Hasta aquí la intensificación de las cargas instintivas era de una naturaleza general indiferenciada. A partir de este, momento prodúcese un cambio —al menos en la pubertad masculina.— en la que los impulsos genitales adquieren las más poderosas cargas. En la esfera, psíquica esto significa que la carga de libido es retirada de los impulsos pregenitales y concentrada sobre la genitalidad, y que aparecen representaciones y fines objetivos. La genitalidad reúne mayor importancia psíquica, al paso que las tendencias pregenitales quedan relegadas al segundo piano. Primer resultado de este cambio es una aparente mejoría de la situación. Los encargados de la educación del adolescente, inquietos e intrigados durante el período prepuberal por el carácter pregenital de la vida instintiva, observan ahora con alivio que todo aquel tumulto de agresión, perversión y grosería se ha desvanecido como una pesadilla. La masculinidad genital que lo sigue se encuentra con un juicio mucho más favorable e indulgente, aun cuando transgreda los límites de la convención social. Sin embargo, esta mejoría espontánea o fisiológica de la pregenitalidad —consecuencia de la natural evolución puberal—, es sobremanera decepcionante. Sólo es dable observar una compensación puberal beneficiosa en aquellos casos -en que previamente hubo fijaciones pregenitales dominantes.

Por ejemplo, un niño cuya actitud fue pasiva y femenina, de pronto cambiará súbitamente adoptando una posición masculina - activa cuando la carga de libido se trasfiere a los genitales. Pero esto no significa que la angustia de castración y los conflictos que dieron nacimiento a su actitud femenina hayan sido resueltos o abolidos: han *sido* simplemente recubiertos por la cara genital del aumento libidinal transitorio. Una *vez* que la presión puberal de las fuerzas instintivas haya retomado al nivel normal de la vida adulta, la angustia y el conflicto reaparecerán probablemente intactos e interferirán de nuevo en la masculinidad. Lo mismo puede *decirse* de las fijaciones oral - anales, que disminuyen su importancia en forma transitoria, mientras dura el exceso de carga libidinal de la pubertad. Pero en el fondo conservan idéntica importancia que antes, y la antigua fuerza de- atracción patogénica de estas formaciones pregenitaies reaparecerá incambiada en la vida ulterior.

Cuando los intereses fálicos la predominan sobre los oral - anales en la infancia y en el período prepuberal, vale decir, en los niños con tendencia a un exhibicionismo falico, no puede darse ningún efecto compensatorio en la pubertad. En tales casos, la oleada de libido genital de la: pubertad no sólo no amengua el trastorno sino que lo actualiza, e intensifica.
No se advierte mejoría espontánea alguna de la perversión infantil. Por el contrario, preséntase una aguzado extremadamente inquietante de su índole morbosa. Las tendencias fálicas alcanzan tal grado que la masculinidad genital tómase anormalmente exagerada y llega a ser incontrolable. Estos particulares fines instintivos no son evaluados o exactamente calificados como normales por el yo del adolescente; este juicio de valor acerca de la normalidad o anormalidad de la conducta instintiva pertenece más bien al mundo externo de los adultos. El conflicto interno defensivo prosigue al margen de todo juicio de valor relativo a la conducta instintiva. En la la adolescencia la actitud del yo hacia el ello estará preferentemente determinada por factores de orden cuantitativo y no cualitativo. El problema planteado no consiste en la satisfacción de tai o cual deseo instintiva aislada, sino en la estructura psíquica global y general durante los períodos de la infancia y la latencia. Los conflictos que surgen tienen dos posibilidades de terminación o bien el ello, ahora fuerte, puede vencer al yo, en cuyo caso no persistirá ningún rasgo del carácter anterior del individuo, que a través de satisfacciones instintivas tumultuosas y desenfrenadas iniciará, su entrada en la vida adulta; o bien el yo saldra victorioso, y en este caso, el carácter adquirido por el individuo durante el periodo de latencia, se manifestara en forma definitiva caso, el carácter adquirido por el individuo durante el.

Cuando ocurre esto último, los impulsos del ello del adolescente se confinarán a los estrechos límites prescritos para la vida instintiva del niño. El exceso de libido inaplicable exige un gasto constante de contracargas, de mecanismos de defensa y formación de síntomas a fin de subyugarlo. El que el yo victorioso adquiera una estructura rígidamente fijada, no sólo produce un menoscabo para la vida instintiva, sino también un perjuicio permanente para el individuo. Las instancias del yo que han resistido sin ceder a los asaltos de la pubertad, mantiénense luego durante toda !a vida ulterior inflexibles, inatacables e inaccesibles a las rectificaciones que pudieran exigir los cambios de la realidad.
Parecía natural suponer que el resultado último de este conflicto, en una a otra de las soluciones extremas atadas, o también en el caso de una feliz solución que conduciría a un nuevo acuerdo entre las instancias psíquicas y las diferentes rases intermedias que en su transcurso se suscitan, defendería asimismo de un factor pulsional cuantitativo, es decir, de las oscilaciones intrínsecas absolutas de las fuerzas instintivas. Pero esta simple explicación queda invalidada por la observación analítica del proceso puberal en los diferentes individuos. Por supuesto que no se trata de admitir que un incremento de las fuerzas instintivas por factores fisiológicos ponga al individuo a merced de éstas o lo transforme en un ser instintivo, ni tampoco que el debilitamiento de dichas fuerzas alce a un primer plano aquellos fenómenos anímicos en los que el yo y el superyó tienen un papel dominante en relación al ello. Por el estudio de los síntomas neuróticos y de los del período premenstrual, sabemos que en la medida que aumenta la intensidad y urgencia de los instintos, el yo se ve impelido a redoblar sus o actividades defensivas. Y, de otro lado, que cuando la tensión instintiva decrece, también se aminora el peligro concomitante, de lo cual resulta, una disminución de la angustia instintiva del yo. En tanto no se trate de invasiones del ello, la situación es, pues, inversa. Cualquier

reforzamiento de las exigencias instintivas aumenta la resistencia del YO contra el instinto y aguza los síntomas, inhibiciones, etcétera, basados sobre la resistencia, en tanto que si las necesidades ¿instintivas disminuyen, el yo se torna más complaciente *y* accesible para permitir satisfacciones. Esto significa que el valor absoluto de la fuerza de los instintos durante la pubertad —que en ningún caso puede ser mensurada *y* evaluada independientemente— no constituye ningún dato consistente: de_ pronóstico acerca del resultado final del proceso púberal. Los factores que determinan la marcha de la pubertad son relativos. De un lado la fuerza de los impulsos del ello, a su vez condicionada por el proceso fisiológico de la pubertad; del otro, la tolerancia o intolerancia de las instancias del YO frente al instinto actitud que depende del carácter formado durante el periodo de latencia; por fin —como factor cualitativo que decide este conflicto cuantitativo—, abordamos, la naturaleza y eficacia de los mecanismos de defensa empleados por el yo, que varía con la particular constitución del individuo —por ejemplo, con arreglo a su disposición histérica u obsesiva— y con las líneas sobre las que ha trazado su desarrollo individual.

Capítulo XII
LA ANGUSTIA INSTINTIVA DURANTE LA PUBERTAD

La investigación analítica del ello. Etapas de incremento libidinal; su importancia para el estudio del yo. Dos actitudes frente a la actividad instintiva especialmente acusadas en la pubertad: el ascetismo y la intelectualización del adolescente. El ascetismo de la pubertad. La represión instintiva en el adolescente y en ¡a vida habitual. La adecuación - y la indiscriminación como diferencias respectivas entre la represión instintiva del neurótico y del adolescente. Otra diferencia: los virares del ascetismo a los excesos instintivos. Los excesos instintivos del adolescente como autocuración transitoria espontánea. Una transformación psicótica. Licitud de distinguir el repudio puberal del instinto del proceso de rechazo habitual por represión. Hipótesis de ¡a existencia de una disposición al rechazo de los instintos. El concepto de ambivalencia de Bleuler. El ascetismo puberal como la manifestación de un antagonismo innato primitivo y primario entre el yo y el instinto. La intelectualización en la pubertad. —*Acrecentamiento de la vida intelectual. Su relación con el desarrollo instintivo y las modificaciones defensivas del yo progresiva versión de los intereses concretos de la fase de latencia hacia lo abstracto a partir de la prepubertad. Los procesos intelectuales y su escasa o nula vinculación con la conducta. Los intereses intelectuales en el adolescente, en el adulto y en el niño en el periodo de latencia. El intelectualismo del adolescente como aparente contribución a los ensueños diurnos. Temas que polarizan su interés. Reflexión o intelectualización del conflicto instintivo. La "intelectualización de la pubertad' y el dominio de los instintos. Aguzamiento de la inteligencia y peligro instintivo; torpidez y calma de la vida instintiva; la vida intelectual en la latencia j en la vida adulta.* El amor objetal y la identificación en la pubertad. — *Dos singularidades de los fenómenos de la pubertad en relación con el proceso de represión del yo. El ascetismo y la ruptura de las relaciones con el superyó. El aislamiento y el alejamiento de los objetos amorosos. Particularidades del amor*

adolescente. Casos. Mecanismos de los procesos de transformación. Las fijaciones amorosas apasionadas y efímeras de la pubertad como identificaciones primitivas. Caso. Deslibidización del mundo externo. La consecuencia del antagonismo con los instintos, el ascetismo y la ruptura de las antiguas relaciones con los objetos. Regreso del amor objetal al narcisismo. El narcisismo y la identificación como sustracción a los peligros. Las tormentosas relaciones obietales como tentativas de curación similares a las observables en 'os estados iniciales de los accesos psicóticos. Factores determinantes del destino normal o anormal de los procesos puberales. Situación en que es difícil discernir por la- observación lo normal y lo ya patológico.

Siempre han sido consideradas de enorme importancia para la investigación analítica del ello las etapas de la vida humana caracterizadas por un ostensible aumento de la libido. Los deseos, fantasías y procesos instintivos," habitualmente inadvertidos o reducidos al inconsciente a causa del incremento de la carga libidinal, cuando es necesario vencen los obstáculos de la represión, emergen a la conciencia y a medida que se exteriorizan se tornan, accesibles a la observación.

Mas estos períodos de incremento libidinal tienen p reja, importancia para el estudio del yo. Según se ha visto, el aumento de las exigencias instintivas produce en el individuo como efecto indirecto la intensificación de los esfuerzos defensivos que persiguen la dominación de sus instintos. Las tendencias generales del yo —apenas notables en las épocas apacibles de la vida instintiva— revélanse entonces con nitidez, y sus mecanismos, tan visibles durante el período de latencia o de la vida adulta, pueden exagerarse hasta ei grado de promover una deformación morbosa del carácter. Entre las diversas actitudes que el yo suele asumir frente a la actividad instintiva, hay dos que, al aparecer especialmente acusadas en la pubertad, causan viva extrañeza en el observador y explican algunas de las típicas particularidades de este período: me refiero al ascetismo y a la intelectualización del adolescente.

El *ascetismo de la pubertad.* — Alternando con los excesos instintivos, las irrupciones del ello y otras actitudes aparentemente contradictorias, en el adolescente siempre podemos observar un antagonismo frente a los instintos, cuya magnitud sobrepasa en mucho la habitual en la represión instintiva de la vida normal y en las condiciones más o menos graves de las neurosis. En la modalidad y extensión de sus manifestaciones este ascetismo no se asemeja tanto al de la neurosis declarada, cuanto a la actitud frente a los instintos propia de ciertos fanáticos religiosos.

En la neurosis siempre hallamos una relación entre la represión de un instinto y la naturaleza, o cualidad del instinto recriando Así, el histérico reprime los impulsos genitales que se asocian con los deseos del objeto edipiano, pero se conserva más o menos indiferente o tolerante con respecto a otros deseos instintivos; por ejemplo, con los impulsos anales o agresivos. El neurópata obsesivo reprime sus deseos analsádicos, los cuales, a consecuencia. de la regresión, se transforman en vehículos de su sexualidad, mas admiten las gratificaciones orales *y* no exhiben recelo especial alguno frente- a cualquier deseo exhibicionista, siempre que dichos impulsos no guarden relación directa con el núcleo de su neurosis. De un modo análogo, en la melancolía las tendencias particularmente rechazadas son las orales, en tanto el fóbico reprime los impulsos que se vinculan con el complejo de castración. En ninguno de estos casos observase una represión indiscriminada del instinto: en el análisis siempre encontramos una definida relación entre la calidad del instinto reprimido y los motivos del individuo para rechazarlo de la conciencia.

Un cuadro muy diverso acusa el análisis de los adolescentes al investigar su rechazo de los instintos. Aquí, es cierto, también encontramos que el proceso de la represión toma su punto de apoyo en aquellos centros instintivos sujetos a una especial prohibición,

como las fantasías incestuosas del periodo prepuberal o el incremento instintivo expresado en actividades onanísticas corporales en las que tales impulsos y deseos encuentran su descarga; pero *a* partir de aquel punto de apoyo original, el proceso represivo se extiende más o menos indistintamente a la vida entera. Según va hice notar, el problema del adolescente no se relaciona con la satisfacción o frustración de especiales deseos instintivos, sino con el goce o renunciamiento instintivos en sí. Los adolescentes que pasan por tal período ascético parecen temer más la cantidad que la calidad de sus instintos. En general desconfían del goce o placer en sí-mismos, y su sistema más seguro consiste simplemente en oponer al incremento y apremio de sus deseos las prohibiciones más estrictas. A la manera de los padres severos en el proceso de la primera educación de los pequeños, cada vez que el instinto dice "yo quiero", el yo replica "no debes". Este recelo del adolescente para con el instinto muestra una peligrosa tendencia a generalizarse. Puede empezar con los deseos instintivos propiamente dichos y extenderse luego a las triviales necesidades físicas cotidianas. En nuestra observación habitual tropezamos con adolescentes que niegan radicalmente todo impulso con matiz sexual; que evitan la sociedad de personas de su propia edad: renuncian a participar en toda clase de recreaciones y, llevados por un verdadero puritanismo, rechazan ocuparse de todo cuanto se vincule con el teatro, la música o el baile. Fácil es comprender que existe una estrecha conexión entre el renunciamiento a una indumentaria viscosa y atractiva y la prohibición de la sexualidad. Pero empezamos a inquietarnos cuando el renunciamiento se extiende a cosas inofensivas *y* necesarias. Por ejemplo, cuando el adolescente se niega la más común protección contra el frío, se mortifica la carne de rodas las maneras posibles y expone su salud particulares especies de placer oral sino que "por principio", también reduce al mínimo su alimentación diaria se obliga a madrugar luego de haber sido afecto a noches de largo *y* profundo sueño; cuando le repugna el reír o sonreír, o cuando, en casos extremos, difiere el defecar *y* el orinar el máximo de tiempo posible en razón de que no debe ceder inmediatamente a todas sus necesidades físicas.

Hay aún otro punto en el que esta suerte de repudio del instinto se diferencia de la represión ordinaria. Estamos acostumbrados a ver que cuando en las neurosis se reprime una particular gratificación instintiva aparece algún sustituto de satisfacción para ella. La histeria se sirve para este fin de la conversión, o sea que la excitación sexual logra descargarse utilizando otras zonas corporales o funciones fisiológicas que se han sexualizado. La neurosis obsesiva se procura un placer sustitutivo de carácter regresivo, al paso que en la fobia hay por lo menos una ganancia secundaria de la enfermedad. Además, mediante procesos de desplazamiento y formaciones reactivas, los modos de satisfacción prohibidos se cambian por otros modos de placer, mientras que los verdaderos síntomas neuropáticos —ataques histéricos, tics, actos obsesivos, hábito de pensar, etc.— son, como sabemos, formaciones de compromiso en las cuales las exigencias instintivas del ello no se realizan con menos eficacia que las órdenes del yo y del superyó. El repudio del instinto —de otra parte característica del adolescente— no deja, ninguna escapatoria a tal gratificación sustitutiva: ei mecanismo parece ser diferente. 'En lugar de las formaciones de compromiso que corresponden a los síntomas neuróticos y de los habituales procesos de desplazamiento, de regresión, de vuelta contra sí mismo, casi invariablemente bailamos un trueque del ascetismo por los excesos instintivos. El adolescente, súbitamente se entrega a todo cuanto antes había considerado prohibido, sin reparar en restricciones de ninguna especie provenientes del mundo exterior. En razón de su carácter antisocial, dichos excesos instintivos del adolescente constituyen en sí mismos inoportunas manifestaciones mal acogidas por el ambiente. Sin embargo, desde el punto de vista analítico, representan curaciones

transitorias espontáneas del estado ascético. Cuando la autocuración de esta índole no se produce; cuando de alguna manera inexplicable el yo dispone de fuerza, suficiente para llevar a terminar el consecuente repudio del instinto, resulta una parálisis de las actividades vitales del sujeto, una especie de actitud catatónica, a la que no puede considerarse ya como un fenómeno normal de la pubertad, sino como una especie de transformación psicótica:

Se plantea pues, el problema de saber si realmente es lícito distinguir entre el repudio del instinto durante el acceso, puberal y el proceso habitual de rechazo por el hecho de que en el adolescente el proceso se inicia preponderantemente por una angustia ante la cantidad instintiva, más bien que ante la calidad de cualquier exigencia instintiva particular, *y* no culmina en satisfacciones sustitutivas a formaciones de compromiso, sino en una brusca yuxtaposición o en una sucesión de renuncia *y* exceso instintivos o, mejor dicho, en un cambio o alternancia de ambos. De otra parte, es sabido que también en la represión neurótica habitual la carga cuantitativa del instinto rechazado constituye un factor importante, *y* que inclusive en la neurosis obsesiva ocurre con frecuencia que la prohibición *y* la indulgencia se suceden entre sí. No obstante, conservamos aún la impresión de que en el narcisismo del adolescente acera un proceso más primitivo *y* menos complejo que en la regresión propiamente dicha; posiblemente el primero representa un caso especial o más bien una faz preliminar de la regresión. Hace ya tiempo que el estudio analítico de las neurosis nos ha sugerido la hipótesis de la existencia en la naturaleza humana de una disposición para rechazar ciertos instintos, en particular los sexuales, con independencia de toda excedencia individual. Tal disposición parece ser de carácter filogenético, una suerte de cristalización hereditaria de actos represivos practicados por muchas generaciones *y* que simplemente continúan sin reiniciarse en la vida individual. A objeto de denominar esta doble actitud de la especie humana frente a la vida sexual —aversión constitucional coincidente con un tiránico deseo—, Bleuler introdujo el término de ambivalencia.
Durante los períodos tranquilos de la vida, el antagonismo primario del *yo* con el instinto, su angustia ante 1a fuerza de los mismos —como la hemos designado— sólo es un concepto teórico. Cuando el individuo desarrolla angustias .instintivas suponemos que ellas constituyen la base invariable de toda angustia en general. Pero tiende a ocultarse a la observación, velada por las manifestaciones mucho mis evidentes y ruidosas que surgen de la angustia objetiva y de la angustia de conciencia vinculables con los incidentes de la evolución instintiva que operan a modo de traumas durante la vida del individuo.
Tal vez el aumento cuantitativo de las cargas instintivas durante la pubertad u otros períodos de la vida caracterizados por un súbito incremento de la energía instintiva, acentúe este antagonismo primario en tal grado que llegue a constituir un mecanismo de defensa específicamente activo. No debe interpretarse el ascetismo de la pubertad, como una serie de actividades represoras condicionadas cualitativamente, sino como la manifestación de un antagonismo innato primitivo y primario entre el yo y el instinto.
La *intelectualización en la pubertad.* — Si es la conclusión a que hemos arribado, de que en los períodos de la vida caracterizados por un brusco incremento libidinal las actitudes generales del yo pueden organizarse en definidos métodos de defensa, esta explicación quizá pueda extenderse a otras modificaciones que se observan en el yo durante la pubertad.
Sabemos que la mayoría de las transformaciones de este período ocurren en la esfera de la vida instintiva y afectiva *y* que cada vez que el yo debe intervenir en forma directa a fin de "dominar los afectos e instintos sufre siempre una modificación secundaria. Pero

con esto no se agotan las posibilidades de alteraciones del yo durante la pubertad. Con el acceso púberal el adolescente.-transfórmase-en-un ser más instintivo, lo que es fácil de comprender. Pero a causa del conflicto planteado entre el yo y el ello, asimismo se-hace mis moral y ascético.

Al mismo tiempo sus facultades intelectuales aumentan, haciéndose más prudente y sagaz. A primera vista, no se comprende cómo este progreso intelectual pueda relacionarse con el desarrollo instintivo *y* las modificaciones defensivas de las instancias del *yo* para resistir los avances de ello.
En realidad, esperaríamos encontrar todo lo contrario: que la avalancha instintiva o afectiva condujera a una relación inversa con la actividad intelectual del sujeto. Ya en el estado normal de enamoramiento la capacidad- intelectual del hombre tiende a decrecer, en el sentido de que su razón es menos fiable que de ordinario. En general, cuanto más apasionado sea su deseo por realizar los impulsos instintivos, tanto menor inclinación tendrá a aplicar su intelecto en el examen *y* discriminación ce los mismos.
En la adolescencia sucede en apariencia algo muy diferente. Hay un tipo de imberbe cuyo brusco salto en el desarrollo intelectual no es menos notable y sorprendente que su acelerado desenvolvimiento en otras esferas. Es común que en el período de latencia los niños concentren unilateralmente todo su interés sobre cosas de existencia real y objetiva. Algunos muestran propensión a lecturas relativas a descubrimientos y aventuras y a estudiar números y operaciones matemáticas o descripciones en torno a extraños animales y objetos, al paso que otros confinan su atención en toda dase de maquinarias, desde las más simples a las más complicadas. El rasgo habitualmente común entre ambos es que el objeto por el cual se interesan ha de ser concreto, de existencia real; ya no producto de la fantasía, como los cuentos de hadas y fábulas de que se disfrutaba en la primera infancia. A partir del período prepuberal, estos intereses concretos de la fase de latencia se vuelcan cada vez más sobre lo abstracto. En particular los adolescentes que berkfeld ha caracterizado como de "pubertad prolongada", exhiben un insaciable deseo de meditar, sutilizar *y* platicar alrededor de temas abstractos. Muchas amistades de la juventud se basan *y* mantienen en esta común necesidad de meditar *y* discutir tales problemas de gran fuste que tratan de resolver. Por lo común discurren sobre el amor libre, el matrimonio, los fundamentos de la vida familiar, la libertad, la vocación o la bohemia, o se afanan sobre conceptos de orden filosófico, como la rebelión versus sometimiento a la autoridad *y* la amistad misma en todas sus formas» Si, como ocurre algunas veces, recibimos en el análisis un relato fiel de las conversaciones de la gente joven, o bien. —como han hecho muchos investigadores estudiando la pubertad— examinamos los diarios apuntes de los adolescentes, no sólo quedaremos extrañados de la ilimitada amplitud y libertad del pensamiento juvenil sino, también, impresionados por el grado de empatía *y* comprensión que reveían, por su aparente superioridad y, en ocasiones, por su ingenio en el trato de- los más arduos problemas.
Esta primera, impresión se modifica si nos apartamos del examen de los procesos intelectuales en sí mismos para considerar el modo general en que se ajustan a la vida del adolescente. Entonces descubrimos con sorpresa que esta elevada calidad intelectual tiene poca o ninguna relación con su conducta. Su empatía por la vida anímica ajena no le impide demostrar la más grosera desconsideración para con las personas que lo rodean. Su elevado concepto del amor *y* de los deberes del amante, no le impide incurrir

en constantes deslealtades o inescrupulosidades en sus variados amoríos; su comprensivo interés por la estructura social —que excede en: mucho a la de los años anteriores— no le facilita en lo más mínimo su adaptación al medio social; tampoco la multiplicidad de sus intereses impídele concentrarse sobre un objeto único: la preocupación en torno a su propia personalidad.

Si investigamos esos intereses intelectuales mediante el análisis, reconoceremos que estamos en presencia de algo bien diferente en el sentido ordinario del término. Cuando un adolescente reflexiona en torno a los diversos aspectos del problema del amor o a la elección de una profesión, no lo hace con el fin de escoger una línea genuina de conducta, según podría hacerlo un adulto, o a la manera en que un niño estudia en el período de latencia una maquinaria a fin de poder desmontarla y armarla de nuevo el intelectualismo del adolescente no parece tener otra mira que la de contribuir a los ensueños diurnos. Tampoco las fantasías amorosas del período prepuberal están destinadas a realizarse. Cuando un adolescente se hace la fantasía de ser un gran conquistador no siente obligación alguna de dar en la vida real una prueba de su coraje o fortaleza. De un modo similar, es evidente que él deriva su satisfacción ya del simple proceso ideativo, al pensar, sutilizar o discutir. Su conducta está dirigida por otros factores y no se halla necesariamente determinada por los resultados del juego intelectual.

EL análisis de estos procesos intelectuales reveía, otro importante aspecto. Les temas que polarizan el interés de primer piano del adolescente demuestran ser a la luz de una observación más profunda, los mismos que promovieron los conflictos entre las diferentes instancias psíquicas. Repítese aquí el problema fundamental de la conexión entre la instintividad *y* otras actividades de la vida; de decidir entre la realización *y* el renunciamiento a los impulsos sexuales; de la libertad *y* la restricción; de la rebelión contra la autoridad *y* el sometimiento a la misma Hemos visto va que el ascetismo, con su rotunda, negación del instinto, defrauda en general las esperanzas del adolescente. Dada la omnipresencia del peligro, debe valerse de cuantos medios tiene a su alcance a fin de dominarlo. La reflexión sobre el conflicto instintivo, su intelectualización, parece ser un medio conveniente. Mas la huida ascética ante el instinto transformase en un retorno a él, aunque esto sólo se produzca en la esfera del pensamiento, es decir, como proceso intelectual. Las abstractas polémicas de orden intelectual y las producciones, que son actitudes especulativas del - adolescente, no representan tentativa, alguna de resolver los problemas que la realidad le impone. Su actividad mental es más bien, signo de una actitud de censa vigilancia frente a los procesos instintivos cuya, percepción se expresa por desplazamiento en el piano del pensamiento abstracto. La filosofía que el adolescente edifica teóricamente, acaso no sea sino la percepción de las nuevas exigencias instintivas del precio ello que amenazan revolucionar su vida entera, si bien referida a una imperiosa necesidad de innovación del mundo exterior. Sus ideales de amistad y perenne fidelidad son simple reflejo de la inquietud de un yo que percibe lo efímero de sus nuevas y tumultuosas relaciones con el objeto[1]. El deseo perentorio de guía y protección en el combate, a menudo desesperado, contra las propias fuerzas instintivas, suele trocarse en ingeniosas disquisiciones acerca de la incapacidad del hombre para asumir decisiones políticas independientes. Los procesos instintivos se expresan, pues, en términos intelectuales. El motivo de que la atención se concentre

---

1 Agradezco a *Margit DUvitz*, de Budapest, por la sugestión de que el sutilizar del adolescente acerca del sentido de vida y de la muerte- no significa sino un reflejo da las actividades destructivas en su propio psiquismo.

sobre los instintos constituye una **tentativa** de adueñarse de ellos y dominados en **un** nivel psíquico diferente.
Es preciso señalar que la conexión de procesos instintivos y afectos con representaciones verbales ha sido considerada en la metapsicología psicoanalítica como el paso inicial y fundamental nada la dominación del instinto que debe dar el individuo durante su desarrollo. En estos trabajos, el pensamiento descríbese en general "como una actividad de truena realizada con mínima inversión de energía instintiva". Esta intelectualización de la vida instintiva, el intento de acoderarse de los procesos instintivos asociándolos con representaciones accesibles a la conciencia, constituye una de las adquisiciones más decisivas y primarias del yo humano. La estimamos como uno de los componentes indispensables del yo y no como una actividad del mismo.
De nuevo cenemos aquí la impresión de que los fenómenos a los que hemos calificado como "intelectualización de la pubertad", sólo son la exageración de esta común actitud del yo en particulares circunstancias, caracterizadas por un repentino incremento de la libido. Por un simple aumento cuantitativo libidinal se hace visible una función que en otras circunstancias el yo ejecuta de un moco espontáneamente silencioso e inadvertible. Según este concepto, el exaltado intelectualismo del adolescente —y acaso también su tan notable comprensión intelectual de los procesos psíquicos, característicos siempre del comienzo de todo acceso psicótico— no sería sino un esfuerzo común en el yo por dominar los instintos mediante la labor intelectual.
De esta serie de observaciones tal vez se derive una sumaría deducción a modo de beneficio secundario. Si cada vez que se acrecientan las cargas instintivas automáticamente aumentan también los esfuerzos del yo para elaborar intelectualmente los procesos instintivos, podre- reos comprender el hecho de que en los seres humanos el peligro instintivo aguce la inteligencia. Por consiguiente, en los períodos de tranquilidad de la vida instintiva, exentos de peligro, el individuo puede permitirse un efecto habitual de la angustia real u objetiva. El peligro objetivo y las privaciones reales estimulan al hombre hacia rendimientos intelectuales e ingeniosas tentativas para resolverlos; al paso que la seguridad objetiva *y* la abundancia tienden a volverlo cómodamente estúpido. El enfoque intelectual sobre los procesos instintivos es análogo- a la vigilancia que el yo humano hubo de aprender a adoptar frente a los peligros de la realidad.
Hasta ahora la declinación de la vivacidad intelectual de los niños al entrar en el período de latencia ha sido explicada de otra manera. La brillante capacidad intelectual de la primera infancia hallase estrechamente ligada a sus investigaciones en como a los misterios sexuales. Con la prohibición de lo sexual, en esa época exciéndese también la inhibición y prohibición del pensamiento a otras esferas de la vida. No ha de sorprender pues, que con el recrudecimiento de la sexualidad en el período prepuberal y con el derrumbe de la represión sexual de la primera infancia, se observe en el individuo una revivificación de su antigua capacidad intelectual.
Tal es dar explicación ordinaria, que ahora estamos en condiciones de completar. Es posible que durante el período de latencia el niño no sólo no deba dedicarse a una actividad abstracta del pensamiento, sino que tampoco tenga necesidad alguna de ella. Sabemos que la primera infancia y la pubertad son períodos plenos de peligros-instintivos y que el "desarrollo intelectual" que los- caracteriza sirve, al menos en parte, para dominarlos. Por el' contrario, durante la latencia y la vida adulta el yo goza de una mayor *y* proporcional fortaleza, *y* por tanto, sin perjuicio para el individuo, puede relajar sus esfuerzos tendientes a intelectualizar los procesos instintivos. Tampoco se echará en olvido que estas producciones mentales —en particular lis de la pubertad—, son, por deslumbrantes y notables que se presenten, infructuosas en gran medida. Inclusive los tan ponderados *y* admirados rasgos intelectuales de la primera infancia participan en

cierto grado de esta particularidad. Bástenos recordar que todas las investigaciones sexuales infantiles —estimadas por el psicoanálisis como ¡a más evidente expresión de la capacidad intelectual infantil— casi nunca conducen a un conocimiento real de los verdaderos hechos de la vida sexual adulta. Los resultados de investigación sexual del niño *y* sus teorías acerca de la sexualidad, no son, en general una concepción de la realidad, sino un reflejo de los procesos instintivos en el espíritu del observador infantil.
El trabajo intelectual cumplido por el yo durante el período de latencia *y* edad adulta tiene una solidez *y* precisión incomparablemente mayor *y,* ante todo, hallase mucho más estrechamente vinculado con la acción.
El amor objetal y la identificación en la pubertad. — Cuando intentamos situar el ascetismo y la intelectualización —fenómenos característicos de la pubertad— dentro del esquema trazado para la ordenación de los procesos defensivos con arreglo a las fuentes de angustia y peligro, advertimos inmediatamente que aquellos dos mecanismos corresponden al tercer tipo de defensa descrito. El yo se ve amenazado por el peligro de ser sumergido por los instintos; lo que angustia al yo es ante todo la cantidad de la fuerza instintiva. El origen de esta angustia hemos de buscarla en períodos muy tempranos del desarrollo individual. Cronológicamente, pertenece al período durante la cual, mediante un paulatino y gradual aislamiento, el yo surge indiferenciado del ello. Los arbitrios defensivos que se adoptan bajo la presión de la angustia ante las tuerzas de los instintos, están destinados a mantener esta diferenciación entre el yo y el ello, así como a asegurar la permanencia de la organización del *yo* recién establecida. El ascetismo busca mantener al ello dentro de prudentes límites por medio de simples prohibiciones; la intelectualización procura conectar ceñidamente los procesos instintivos con los contenidos de imágenes y representaciones, tornándolos así accesibles y dominables.
Cuando a causa- de un brusco acceso libidinal el individuo recae en este primitivo nivel de la angustia ante la fuerza instintiva, necesariamente tendrá ello consecuencias para el resto de los procesos instintivos y del yo. Entre las diversas singularidades que ofrecen los fenómenos de la pubertad, a continuación tomaremos dos de las más significativas a fin de estudiarlas en relación con este proceso de regresión del yo.
Las más notables manifestaciones en la vida de los adolescentes están fundamentalmente vinculadas a sus relaciones con los objetos. En este terreno es donde el conflicto entre las dos tendencias opuestas se hace más transparente La represión proveniente de la general aversión ante el instinto, toma de ordinario su punto de partida inicial en las fantasías incestuosas del período prepuberaL La desconfianza del yo *y* su actitud ascética dirígense en especial contra la fijación amorosa a todos los objetos infantiles- Resulta de esto que el adolescente tiende, de un lado, a aislarse, a vivir entre sus familiares como si fueran extraños. Pero no es sólo esta relación con los objetos exteriores de amor lo que suscita la innata oposición del yo a los instintos; también se extiende a la relación con la instancia, del superyó. En vista que durante, este período el superyó está cargado con la libio derivada, de las relaciones con los padres, habrá de considerárselo como un objeto sospechoso e incestuoso y sucumbirá víctima de !as consecuencias del ascetismo. El yo se retira también del superyó. El adolescente experimenta esta parcial regresión del superyó, este parcial extrañamiento de sus contenidos como uno de sus más grandes trastornos. El principal efecto de la ruptura de la relación entre el yo y el superyó contribuye a aumentar el peligro que amenaza del lado de los instintos. El individuo tornase antisocial. Antes de que dicha perturbación se hubiera producido, fueron la angustia de conciencia y el sentimiento de culpabilidad proveniente de la relación del yo con el superyó los mejores medios del primero en su combate contra los instintos. En las etapas iniciales de la pubertad puede observarse evidente

ensayo de sobrecarga transitoria de todos los contenidos del superyó. Quizá el llamado "idealismo" de los adolescentes se aclara para este proceso. De esta suerte surge la siguiente situación: el ascetismo —que en sí mismo es consecuencia de un incremento del peligro instintivo— conduce luego a la ruptura de las relaciones con el superyó. De este modo deja sin erecto las medicas defensivas surgidas ante la angustia del superyó, y con esto el yo repliégase aún más enérgicamente hasta el nivel de la angustia instintiva pura y sus primitivos mecanismos de protección característicos de tal nivel.

El aislamiento y el alejamiento de los objetos amorosos sólo constituye una ce ¡as tantas tendencias en juego en las relaciones del adolescente con el objeto. En lugar de las fijaciones reprimidas a los objetos infantiles, surgen nuevas fijaciones de amor. A veces el individuo se enamora de jóvenes de su misma edad, en cuyo caso la relación adquiere la forma de una amistad apasionada o de un toral enamoramiento: otras, el afecto apunta a una persona de más edad, que adopta el carácter de guía y la real significación de un sustituto de los objetos parentales abandonados. Estas relaciones amorosas son apasionadas y exclusivas, pero breves. Las personas elegidas como objetos serán luego dejadas de lado y sustituidas por otras, sin consideración alguna. Los objetos abandonados se olvidarán rápida y completamente, pero el tipo de relación mantenida con ellos conservase hasta en el más mínimo detalle, que generalmente se repite con el nuevo objeto, de una manera obsesivamente fiel.

Aparte de esta extraordinaria deslealtad para con el objeto de amor, en las relaciones objétales durante la pubertad observamos otra particularidad: el adolescente no desea, tanto la posesión del objeto en el sentido corporal u ordinario del término. Su fin parece ser la mayor asimilación posible de la persona amada en ese momento.

La observación diaria nos demuestra la capacidad de transformación del adolescente. En su manera de escribir, de hablar, de peinarse, de vestirse; en toda suerte de hábitos adaptase- mucho más fácilmente en esta época que en cualquier otra de su vida. Una simple mirada sobre un adolescente a menudo descubre al amigo may0r admirado por él. Pero su capacidad de transformación va más lejos aún. Su filosofía de la vida, sus ideas -religiosas y políticas cambian con el modelo, cese a lo cual muéstrese firme y apasionadamente persuadido de la consistencia de sus opiniones voluntariamente adoptadas.

En este aspecto, el adolescente se asemeja a aquél tipo de paciente descrito por Helene Deutsch —en un trabajo clínico acerca de la psicología de los adultos [2]— que estaba en el límite entre la neurosis y la psicosis. La autora los denomina tipos del "como- si" estuvieran viviendo realmente su propia vida *y* expresando sus propios sentimientos, opiniones y pensamientos.

En una adolescente analizada por mí se denuncia con toda nitidez el mecanismo sobre el que se basan estos procesos de transformación. En el término de un año —y según la forma antes referida— dicha adolescente cambió repetidas veces de objeto, sustituyendo una relación amistosa por otra, yendo de muchachas en muchachas y luego a mujeres de más edad. En cada cambio no solo llegaba a ser indiferente para con el objeto de amor abandonado, *sino* que experimentaba una aversión particularmente violenta, casi despectiva, resultándole insoportable cualquier encuentro accidental o inevitable con él. Tras larga ratea analítica pudimos finalmente comprender que esos sentimientos experimentados hacia sus ex amigas no eran realmente suyos. A cada cambio, la adolescente sentíase obligada a adoptar, interior y exteriormente, las actitudes, conducta y opiniones de nuevo objeto de amor, de suerte que no reaccionaba con arreglo a sus propios afectos sino según los de su nueva amiga. Mediante un proceso de empatía

2[2] *HELENE DEUTSCH: Über EINE Typus der Pseudoaffektiviait* ("Als 0b"). (Acerca de un tipo de pseudo afectividad — "como si") Inst Ztschr. f. Psychoanalyse, XX. 1934, pág. 323 ss.

compartía los afectos del nuevo objeto; de ahí que la aversión experimentada hacia las personas abandonadas no era en rigor suya. Así vivía celos imaginarios, los que podría sentir su nueva amiga hacia los antiguos amados; o bien desprecio, pero no el suyo, sino el que aquel podría albergar contra un rival eventual.
En pocas palabras podemos describir tal situación psíquica y las similares de esta fase de la pubertad estas fijaciones amorosas tan apasionadas como efímeras de la pubertad no son, en modo alguno, relaciones objétales en el sentido que damos a esta expresión al aplicarla a la vida adulta. Son identificadores de la especie más primitiva, tal como observamos durante las etapas precoces del desarrollo infantil, antes de que exista ningún objeto de amor. Así, la característica inconstancia de la pubertad no significa cambio interior alguno en el amor o en las convicciones del individuo, sino más bien una pérdida de su personalidad condicionada por el cambio en las identificaciones.
El siguiente análisis de una niña de quince años nos servirá para comprender mejor el panel de esta tendencia a la identificación. La paciente era una joven graciosa *y* particularmente bella, que *ya* desempeñaba un papel en su círculo social, no obstante lo cual vivía atormentada por frenéticos celos en relación con una hermana aún niña llevada por el único deseo de lograr la admiración y el amor de los jóvenes y hombres de su amistad postergo durante la pubertad todos los anteriores intereses de la vida. Se enamoró a la distancia *y* violentamente de un joven que le llevaba, algunos años *y* con el que solía encontrárseles reuniones sociales *y* bailes. Fue en esta época cuando, me escribió una carta comunicándome sus dudas y preocupaciones amorosas.
Me decía: "Aconséjeme cómo tengo que comportarme cuando me encuentro con él. ¿Debo aparecer seria o alegre? ¿Me querrá más si *yo* le demuestro que soy inteligente o sí aparento ser tonta? ¿Es-mejor hablar sólo de él todo el tiempo o debo hablar de mí también?..." Yo contesté personalmente a estas preguntas en la entrevista siguiente. Le sugerí que quizá no fuera realmente necesario adoptar un plan anticipado de conducta. Llegado el momento ¿no podía ser ella misma y comportarse como sentía? Me aseguró que eso no resultaría, y me hizo una larga disertación acerca de la necesidad de adaptarse a los gustos *y* deseos de la gente: única manera de hacerse amar. Y si no conseguía el amor del joven le sería absolutamente imposible continuar viviendo.
Poco tiempo después la paciente me relató una fantasía, que era una especie de fin del mundo. Qué ocurriría —preguntó— ¿si todos se muriesen? Recorrió con la imaginación toda la serie de sus amigos y parientes, hasta que, finalmente, fantaseó que se quedaba enteramente sola. Por el tono de su voz, por el énfasis y la manera con que describía rodos los detalles, tratábase evidentemente de una realización de deseos en la fantasía. En su - relato experimentaba un placer desprovisto de poca angustia.
Entonces le recordé su deseo tormentoso de ser amada. En la víspera, la simple idea de desagradar y de perder el amor de uno de sus amigos había bastado para sumirla en la desesperación. ¿Quién la iba a querer si fuese la única sobreviviente de la raza humana; Con toca tranquilidad rechazó la causa de sus preocupaciones del día anterior. "En este caso me querría a mí misma', contestó, y dio un profundo suspiro de alivio, como si por fin se hubiera librado de rodos sus motivos de angustia.
Creo que esta ligera observación analítica en torno a este caso aislado, prueba algo característico de ciertas relaciones objétales durante la pubertad. A consecuencia del antagonismo con los instintos *y* del ascetismo, a través de la ruptura de las antiguas relaciones con los objetos el mundo externo del adolescente será desestabilizado. El adolescente está expuesto al riesgo de retirar su libido objetal del mundo hacia la propia persona, o sea de regresar, en su vida libidinal del amor objetal al narcisismo, en proporción *y* paralelismo con la regresión que sufre su yo. Sustráese de estos peligros mediante convulsivos esfuerzos dirigidos a establecer una vez más conexión con los

objetos del mundo externo, lo que sólo puede lograr apoyándose en el narcisismo y por medio de la identificación. Las tormentosas relaciones objétales del adolescente tendrían, según este concepto, el carácter de tentativas de curación, similarmente a lo que se observa, en los estados iniciales de los accesos psicóticos.

En páginas anteriores me fue dable realizar tan frecuentes comparaciones entre las particularidades características de esta etapa con los fenómenos graves de la enfermedad mental que, no obstante lo Incompleto de este estudio, acaso proceda agregar algo más con respecto al concento de normalidad o anormalidad del proceso puberal.

La base de confrontación entre los fenómenos puberales y los iniciales de los accesos psicóticos es —tomo hemos visto— el efecto de los cambios cuantitativos en la carga instintiva. En ambas actuaciones el incremento de la carga libidinal del ello, de una parte acrecienta el peligro instintivo y, de otra, los esfuerzos del yo orientados a defenderse por todos los medios posibles. En virtud de estos procesos cuantitativos, todo período de la vida, humana en el que se produce un aumento de libido, puede constituirse en el punto de partida de una enfermedad neurótica y psicótica, tal como siempre ha sostenido el psicoanálisis.

Otra especial-analogía entre la- pubertad y los accesos psicóticos reposa en la prevalencia de las actitudes defensivas de carácter primitivo que vinculamos con la angustia del yo ante la fuerza de los instintos —angustia harto más antigua que cualquier angustia objetiva o de conciencia.

La impresión que recibimos del carácter normal o anormal de. los procesos de la pubertad dependerá del predominio de uno a otro de estos rasgos en el mismo individuo,, o de la combinación de varios de ellos. El adolescente asceta nos parece normal en tanto su intelecto funcione libremente *y* mantenga múltiples *y* adecuadas relaciones con el objeto. Esto es aplicable al tipo de adolescente que intelectualiza los procesos, al tipo idealista, y asimismo a los que, impulsados por un arrebatado entusiasmo, cambian una amistad por otra. Pero si la actitud ascética se mantiene rígidamente; si el proceso de intelectualización invade la totalidad de la vida mental y las relaciones con el mundo exterior se establecen sobre la base exclusiva de versátiles identificaciones al pedagogo o al analista no le será fácil decidir por la observación que pertenece aún a una época de transición en el desarrollo normal, *y* que es ya estado patológico.

CONCLUSIONES

Clasificación de ¡os mecanismos de defensa, según las situaciones de angustia. El progreso en el conocimiento de la actividad inconsciente del yo y la mayor exactitud de esta clasificación. Oscuridad de la relación histórica entre las experiencias típicas del desarrollo individual y el origen de las particulares formas de defensa. Paralelismo entre la actividad defensiva del yo contra un peligro interno y otro externo. Represión, negación, formación reactiva, fantasía de transformación en lo contrario, vuelta contra el mismo. La elección del tipo de defensa. ¿En qué medida el yo seguirá en la defensa instintiva sus propias leyes, y en qué magnitud se dejara determinar por el carácter del propio instinto? Un proceso análogo: la deformación onírica. Solidez del proceso defensivo. Absoluta libertad del yo en la creación de las normas de defensa. Magnitud de la función del yo. El triunfo del yo: la armonía entre el ello, el superyó y las fuerzas del mundo externo.

En los capítulos precedentes he intentado establecer una clasificación de los diferentes mecanismos de defensa según determinadas situaciones de angustia, ilustrándola con algunos ejemplos. Esta clasificación acaso se hará más exacta conforme avancemos en el conocimiento de la actividad inconsciente del yo. Asimismo permanece aún en gran parte oscura la relación histórica entre las experiencias típicas del desarrollo individual y el origen de particulares formas de defensa. Los ejemplos citados permiten suponer que las situaciones típicas en las que el *yo* recurre al mecanismo de negación se vinculan con la elaboración de ideas de castración y con experiencias de pérdida de objeto. El renunciamiento altruista a los impulsos instintivos, bajo ciertas condiciones impresiona como específicamente apropiado para la dominación de las mortificaciones narcisísticas.

En el estado actual de nuestros conocimientos nos es dable expresarnos con mayor certeza acerca del paralelismo entre La actividad defensiva del yo contra un peligro interno y otro externo. La *represión* sirve para rechazar los derivados del instinto, así como la *negación* para apartar los estímulos externos displacientes. La *formación reactiva* sirve como garantía contra el retorno de lo reprimido desde adentro, y la *fantasía de transformación en lo contrario* como garantía de la negación contra las conmociones provocadas por el mundo externo. La *inhibición* frente al impulso instintivo corresponde a la *restricción del yo* a fin de evitar el displacer emanado de fuentes externas instintivos como precaución contra el peligro interno, es análoga a la *vigilancia* constante del yo contra los peligros del mundo externo. Todos los otros procesos defensivos del tipo de la *conversión en lo contrario* o la *vuelta, contra el sí mismo* consisten en un cambio interno de los procesos instintivos mismos, cuyos equivalentes en el exterior son las tentativas del yo —que no trataremos ahora— dirigidas a provocar una activa modificación de las condiciones del mundo externo.

La enunciación de estos pares de opuestos conduce al problema de precisar de dónde extrae el yo el tipo de mecanismo de defensa o sea, si el conflicto planteado con el mundo externo será conducido de acuerdo con el modelo de la defensa instintiva o si, por el contrario, las formas de la defensa instintiva se constituyen de conformidad con los modelos de los conflictos con el mundo externo. La respuesta a esta alternativa difícilmente podrá ser unívoca. El yo infantil experimenta el ataque de los estímulos instintivos y los del mundo externo en forma simultánea; por tanto, si desea conservar su existencia, ha de emplear en ambos lados y a un tiempo sus medios defensivos. Es sobremanera probable que en este combate con los diferentes estímulos a dominar, el *yo* se adapte ampliamente a las exigencias particulares, ora del mundo interior, ora del exterior.

En qué medida seguirá el *yo* en la defensa instintiva sus propias leyes, y en qué magnitud se dejará determinar por el carácter del propio instinto, es un problema que acaso nos será más fácilmente comprensible si lo comparamos con un proceso de naturaleza análoga: la *deformación onírica.* La transformación de los pensamientos latentes del sueño en sueño manifiesto cúmplese a exigencias de la censura que reemplaza al yo en el sueño. Sin embargo, el trabajo del sueño en sí mismo no es ejecutado por el yo. La capacidad de condensación, desplazamiento, así como el uso de los diversos y extraños medios de representación onírica, son propiedades del ello, que son utilizadas con el simple propósito de la deformación. De la misma manera, los métodos de- defensa tampoco son puras producciones del yo. En tanto éstos influyen en el proceso Instintivo mismo sírvense también de las propiedades del instinto. El designio del yo de alejar el objeto instintivo de lo verdaderamente sexual a fin de dirigirlo a un objeto socialmente estimado como más valioso, puede ejecutarse, por ejemplo, empleando meramente el *desplazamiento* de los procesos instintivos, o un

mecanismo de *sublimación*. Al asegurar la represión mediante la formación reactiva el yo se vale de la capacidad del instinto para la conversión en lo contrario. Cabe conjeturar que la solidez de un proceso defensivo que cuente con este doble apoyo depende, por un lado, del yo, y por el otro, de la naturaleza del proceso instintivo.

Pero aun cuando admitamos que el yo no es absolutamente libre en la creación de las formas que emplea en su actividad defensiva, a través del estudio de los mecanismos de defensa quedamos profundamente impresionados por la magnitud de la función del yo. La existencia de los síntomas neuróticos es ya en sí misma una prueba de que el yo es subyugado. Todo *retorno* de lo reprimido que conduce a una formación de compromiso significa una falla de la función defensiva, un fracaso del *yo.* El yo triunfa cuando sus funciones defensivas cumplen su propósito; cuando con su ayuda logra limitar el desenvolvimiento de la angustia y del displacer y asegurar al individuo —inclusive en circunstancias difíciles— alguna satisfacción por medio de las transformaciones instintivas necesarias: por tanto, cuando en la medida de lo posible, logra establecer una armonía entre el ello, el superyó *y* las fuerzas del mundo externo.

FREUD, Anna: *Introducción al psicoanálisis para educadores.* Buenos Aires, Paidós, *4ª* ed., 1961.
Freud, Anna: "La agresión en relación con el desarrollo emocional, normal y patológico". *Revista de Psicoanálisis.* Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, Vol. VII, N° 3.
Freud, S.: "Esquema del Psicoanálisis" y "La escisión del yo en el mecanismo de defensa". *Revista de psicoanálisis,* Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, Vol. VIH; N» 1.
Freud, S.: *Obras Completas.* 3uenos Aires, Ed. Americana. En particular los siguientes trabajos: El yo y el ello, t. IX; Los instintos y sus destinos, t. EX; Inhibición, síntoma y angustia. La neuropsicosis de defensa, t. XI; Psicología de las masas y análisis del yo, t. IX; Más allá del principio del placer, t. II; Celos, paranoia y sexualidad, t. XIII; Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad, t. XIII.
FrOMM, E.: *El miedo a la libertad.* Buenos Aires, Paidós, 6ª ed., 1961.
Garma, A.: La proyección y la vuelta de los instintos contra el yo en el sueño. *Rev. Psicoterapia,* N9 3, 1936.
Gemelli, A.: *Introducción 1 la psicología.* Barcelona, Mira- de, 1953, 215.
Gero, G.: "El concepto de defensa". *Rev. de Psicoanálisis.* Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1952, VoL. IX.
hInsie, L. E.: *Conceptos y problemas de psicoterapia.* Buenos Aires, Kraft, 1943.
HoRNEY, K.: *El nuevo psicoanálisis.* México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
Horney, K.: *El autoanálisis.* Buenos Aires, Poseidón, 1943.
Horney, KL: *La neurosis y el desarrollo humano.* Buenos Aires, Psique, 1955, cap. 7.
Horney, K.: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo.* Buenos Aires, Paidós, 5ta ed., 1960.
Klages, L y otros: *Le diagnostic du carácter.* París, P.U.F., 1949, 14, 142-156, 161.
Klein, G. S.. "Percepción, mocives ind personaiity". En la Psychology of Personality, *irr. cit.*
Martins, m.: "Mecanismos de defensa en la epilepsia". *Revista de Psicoanálisis.* Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 195 5, cap. XII.
Mas de Ayala, I.: *Por qué se enloquece la gente.* Buenos Aires, El Ateneo, 1937.
Matte Blanco, I.: *Estudios de psicología dinámica.* Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1955.
Meye?., M. A: Mecanismos e interpreación de los sueños. En Lorand, S. y otros: *E! psicoanálisis de hoy,* arr. cit.
Mira y LÓPEZ, E.: *Manual de psiquiatría.* Buenos .Aires, El Ateneo, 1946.
Mira y López, *E.uWanual de psicoterapia.* 3uenos Aires, Ar*senio López, 1942. mulles.-Freienfels, R.:* Biotipología. Tu alma y la ajena. *De los distintos tipos psicológicos en la convivencia social, México, BabeL*

Este libro se terminó de imprimir el 24 de agosto de 1979 en la Imprenta de los Buenos Aires 5.A. Rop.aeau 3274. Buenos Aires. Argentina.
La edición consta de cinco mil ejemplares.

[1] W. Reich: *Charakteranalysse*. (Análisis del carácter). Viena. 1933.
[2] **De una nota de** *Inhibición, síntoma, y angustia.*
[1] *Inhibición, Síntoma, y Angustia.* Obras completas, tomo V XI, pág. 92. Ed. Americana, 1943. [T.]
[2] sobre algunos mecanismos neuróticos véase: celos, paranoia, y homosexualidad. Obras completas, ed. Americana, Vol. XIII.
[3] los instintos y sus destinos. Obras completas, Ed. Americana, t. IX.
- Sobre algunos mecanismos neuróticos véase: *Celos, Paranoia, y Homosexualidad.* Obras completas, Ed. Americana.
[4] Según una observación de Jeanne Lampl-de GaooT durante una discusión en la Sociedad de Viena.
[5] Según, una observación de Helen Deutsch.
[6] I. c.V. XI, pág. 94. Ed. Americana.
[7] Además de la concepción de la escuela inglesa, a la cual ya me he referido anteriormente, véase: Freud: *Tótem y Tabú,* Obr. Compl T. X.
[1] wilhem reich es el representante más intransigente de esa opinión, pero muchos otros comparten su punto de vista.
[2] Inhibición, síntoma, y angustia. Obr. Compl. T. XI. Ed. Americana.
[3] *El yo y el estilo.* Obr. Compl. T. IX. 279. ed. Americana. Ver también *Inhibición, -Síntoma y Angustia.* Obr. Compl. T. XI, pág. 17, donde se previene contra, el riesgo de sobreestimar el papel del superyó en la represión y se pone de relieve la importancia de los factores cuantitativos como, verbigracia, un exceso de estímulo.
[4] R. WAEIDEr: Das Prinzip der mehrfachen Funktion (El principio de La función múltiple). Int. Ztchr. f. Psycho- analyse, XVI, 1930, página 287. S.
[5] F. ÁLEXANDER:. Ueber das Verhaltnis von Struktur und Triebkonflikten- (Sobre la relación entre los conflictos estructurales e instintivos). Inc. Ztschr. f. Psychoanalyse XX, 1934, pág. 33 ss.
[1] *De la descripción en* Inhibición, Síntoma *y Angustia.*
[2] Berta Bernstein relata las fantasías de un niño de siete años en las cuales podía observarse de una manera similar esta, .transformación de animales buenos en malos. Todas las noches colocaba alrededor de su cama los animales
[3] Cabe citar aquí también el "tema de los animales bondadosos", que se encuentran en los mitos y del cual se ha ocupado ocasionalmente la literatura psicoanalítica, aunque tratándolo, hasta ahora, desde otros puntos de vista. Ver también O. Rank: Der- Mythus von der Geburt des Helden (EL mito del nacimiento del héroe), Schriften zur angewandten Seelenkunde, 5, pag. 87 ss.

* *ALICZ* hodgson *Buxtrrrr:* Llttu Lord Fxcntltroj. 3 Akniz Feixows Johnston: Liltlt Colonel.

[6] Es de recordar que las conexiones entre el mecanismo de negación con la enfermedad psíquica y la formación del carácter, ha sido objeto de múltiples trabajos en los últimos años. HELENE DEUTSCH (Zar *Psjcbologie der manisch*depressi vén Zustände. insbesondere der chronischen Hypomanie. Inst. Ztschr. f. Psychoanalyse, XIX, 1933, pág. 371), se ocupa de la importancia de este proceso de defensa en la génesis de la hipo manía crónica. BERTRAM D. LEWIN *(analyse und Struktur einer passagerent Hjpomanic.* Int. Ztschr. f. Psychoanalyse, XX, 1931, pág. 33) describe su empleo a través del placer nuevamente formado por el yo del paciente hipomaníaco. ANNY AN*GEL (Einige bermerkungen über den Optimismus.* Inc. Ztschr. f. Psychoanalyse, XX, 1934) indica los vínculos entre la negación y el Optimismo.
[1] me gusta, me gusta. (T).

[2]comparase con el concepto de S. Rado acerca del "deseo del pene" en las niñitas, que él describe como una reproducción alucinatoria del miembro viril visto. (Die kastrationangsdes Weibes; Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Viena, 1934)

[3] "EL juego al teatro" en los niños —que no trataré de analizar *en* detalle aquí— configura una suerte de puente- entre "la negación en actos y palabras" y "la negación en la fantasía" presentar objetos protectores. La única excepción acaso se dé en el.

4 Compárese con el concepto *de* R. LAFORGUE acerca de la escotomización. (*Veberlegungen zum Begriff der Verdrängung),* Int. Ztschr. f. Psychoanalyse, XIV, 1928.

1. S. Freud: *Nuevas aportaciones al Psicoanálisis. Obr. Compl. T. XVIII pág. 277. Ed. Americana.*

2. FREUD: Obras completas, t. II, pag. 289. Ed. Americana

3. De una comunicación verbal hecha en el Seminario de niños de Viena.

Diablo que acompaña a San Nicolás. Según una tradición vienesa. este diablo llega la víspera de la festividad del Santo, castiga a los niños malos con [a vara *y se* los lleva en una bolsa y premia en cambio a los buenos dándoles chocolate y dulces. [T]

4 FREUD: Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad, *T. XIII,* Ed. *AMERICANA, PÁG. 277.*

5 Obr. cit. *T. XIII* pág. *277.*

1 Esta designación qué propuesta, por 'ElWarD BIBRING.

2 comparese en esta relación el concepto de PAUL FEDERN sobre la identificación participante y sus observaciones en este respecto. Imago, XXII, 1936.

2 *Podría,* definirse los esfuerzos de la pedagogía ultramoderna como *una* tentativa de construir un mundo "a la medida" del niño.